



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

GALAS DEL INGENIO.

CUENTOS,

PENSAMIENTOS Y AGUDEZAS

DE LOS POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO DE ORO,

COLECCIONADOS Y ANOTADOS

POR 15

EDUARDO BUSTILLO

Y

EDUARDO DE LUSTONÓ.

LOPE DE VEGA.—CALDERON.—ALARCON.

MADRID.
LIBRERIA DE A. DE SAN MARTIN, EDITOR.
Puerta del Sol 6—Carretas, 39.
EL LIBRO DE ORO.

Milton A. Buchanan
Univ. of Toronto 1902

GALAS DEL INGENIO

90 h.

LS.C
B9824g

GALAS DEL INGENIO.

CUENTOS,

PENSAMIENTOS Y AGUDEZAS

DE LOS POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO DE ORO,

COLECCIONADOS Y ANOTADOS

POR

EDUARDO BUSTILLO

Y

EDUARDO DE LUSTONÓ.

LOPE DE VEGA.—CALDERON.—ALARCON.

486976
28. 2. 49

MADRID.

LIBRERIA DE A. DE SAN MARTIN, EDITOR.
Puerta del Sol 6 —Carretas, 39.
EL LIBRO DE ORO.

Es propiedad del Editor.

Madrid.—Imp. de José García, á cargo de J. Peña.

PRÓLOGO.

No ha de encontrar gran satisfaccion, seguramente, el artista que da la última mano al frontispicio de un palacio, de estos improvisados á la moderna, por la persuasion en que ha de hallarse de que su trabajo se perderá en breve entre los escombros de un edificio más próximo á la ruina cuanto su construccion fué más fácil y rápida.

Cobra aliento y regocíjase en medio de su trabajo el más humilde restaurador de la portada de uno de esos castillos ó alcázares levantados por la virtud de una labor lenta y persistente, en que la firmeza de los materiales y la sufrida constancia de la mano de obra, fueron y serán igual y concertadamente partes á que el edificio viva y dure como desafío perenne contra las inclemencias de los siglos.

Podrá, sí, borrarse la nueva portada

que nosotros, míseros embadurnadores, hemos pintado al literario edificio que el gigante y concertado esfuerzo de los ingenios del siglo de oro levantó para gloria de España, de tal manera que, á medida que el tiempo avanza con sus inclemencias destructoras, más firme y áun más alto aparece ese blasonado monumento de la pátria grandeza.

Pero ¿qué decimos de borrarse? Nuestro exterior, humildísimo trabajo, tiene por garantía de vida la misma mágica fuerza que tras él atesora la virtud de las galas imperecederas del ingenio de nuestros dramaturgos clásicos.

Recoger, acumular y ordenar despues esas galas, dispersas en las innumerables páginas de nuestro antiguo teatro, es lo mismo que formar un collar inestimable de piedras preciosas; y, al ofrecer al público esta coleccion, sentimos ya de antemano un placer parecido al que siempre causa la seguridad de que ha de agradar con estremo á una persona querida el obsequio que se le previene.

En nuestra tarea, dulce y sencilla, aunque para el impaciente trabajosa, hemos encontrado la satisfaccion inmensa de ir saboreando de nuevo y con más espacio

todas las bellezas que ya conocíamos, como el avaro que se deleita en ver juntos los tesoros que vió dispersos antes de amontonarlos su pasion insaciable.

Algo de eso serán tambien las *Galas del Ingenio* para la inmensa mayoría del público. Graciosísimos cuentos, pensamientos delicados, profundas sentencias, agudos chistes, que, ya en el libro, ya en el teatro, sobre todo, ha oido de boca del gracioso, del galan ó de la dama, y que tantas veces se esfuerza en vano en recordar para una cita oportuna en una ocasion conveniente.

Pero tampoco son las obras que más conoce el público las únicas que encierran bellezas imponderables, como las que ahora nosotros reunimos, y áun sucede que las más olvidadas hoy por dificultades para la representacion escénica, ó porque realmente sean de ménos mérito absoluto, contienen acaso las perlas más finas escondidas en sus páginas, como esas conchas abandonadas y perdidas con su tesoro en lo más profundo de los mares.

Esto se comprende si se tiene tambien en cuenta que los mejores dramáticos de nuestro siglo de oro, dieron vivas mues-

tras de ser poetas líricos de caudal inmenso, y que el público de entonces, más que el de ahora, se deleitaba en dejarse arrastrar por la abundosa corriente de la poética vena de los felicísimos ingenios, aplaudiendo con entusiasmo ya las pintorescas descripciones en boca del galan, ya los discreteos, á veces con esceso cultos, de las damas, ya los cuentos y agudezas que brotaban de los labios del gracioso, en ocasiones tan salpimentados, que no los sufririan el gusto y el mayor decoro del arte en nuestros dias.

De cualquier modo, estamos seguros de que el público en general, y en particular los amantes de las letras, han de agradecernos una tarea que facilita el recuerdo de las bellezas de todo género dispersas en las obras más conocidas, y el hallazgo de aquellas otras que guardan las que no se conocen ni áun por muchos de los que las poseen en la riquísima *Biblioteca de Autores Españoles*, editada por Rivadeneyra con el auxilio histórico-crítico de nuestros más autorizados escritores contemporáneos.

No es esta, seguramente, la ocasion de hacer un estudio de cada uno de los autores cuyas galas de ingenio colecciona-

mos; pues ni es tarea en que podamos añadir nada á los concienzudos y brillantes juicios de los grandes críticos españoles y extranjeros, ni la consentiria tampoco el carácter sencillo y francamente popular de que el editor, como nosotros, quiere revestir á esta publicacion, sencilla y popular tambien en su forma. Por esto mismo nos hemos reducido á introducir algunas breves notas, ora para esplicar tal cual palabra ó aclarar algun oscuro concepto á los ojos de los lectores ménos ilustrados, ya para fijar la atencion en alguna superior belleza, ya, en fin, para señalar la costumbre ó vicio, objeto de alguna alusion ingeniosa, ó para hacer aplicacion moral á nuestra época de ciertas sabrosas críticas de otros tiempos.

No hemos seguido un órden cronológico en la presentacion de los ingenios dramáticos del siglo de oro, pues, para nuestro propósito, tampoco era esto en manera alguna preciso. Pero sí hemos querido empezar la exhibicion gloriosa cuanto amena de las *Galas*, por aquellas más preciadas de los dos más grandes y famosos autores de nuestro envidiable teatro clásico.

Porque Lope está reconocido por propios y extraños como el cimentador del edificio monumental de nuestra dramática, para el que sus predecesores no habian hecho otra cosa que allegar materiales, débiles los unos, faltos del sello popular los otros, y todos incoherentes é incompletos para un próposito cuya gigantesca realizacion solo estaba reservada á aquel que reunia todas las grandes condiciones de muchos y distintos ingénios, y al que con tanta admiracion como fundamento apellidó Cervantes *Mònstruo de la Naturaleza.*

Él—como dice el sábio crítico D. Agustin Duran,—fué el que halló la forma y la esencia del verdadero drama español, y, presentando su obra al pueblo: «Hé aquí —le dijo—tu poema; hé aquí la verdadera creacion que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos, es propia tuya; porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos, tus sentimientos, tus creencias y, en fin, de tu propia sustancia.»

Se comprende, pues, la inmensa y duradera popularidad de que gozó Lope,

alimentada como un fuego sagrado y como constante y glorioso estímulo por su fecundidad monstruosa, en menoscabo, por otra parte, de la calidad de los productos de su ingenio.

Y en cuanto á Calderon, aunque llegó al terreno despues de cultivado por Lope, Tirso, Moreto, Alarcon y Rojas, es, sin duda alguna, el que puso digno coronamiento y sello de grandeza al edificio monumental y puramente español, cuya base firmísima se debe al *Fénix de los ingenios*.

Aparte de que reunia en sí las mejores cualidades de los que le precedieron, Calderon creaba más y daba mayor fuerza de vida á sus creaciones, y bastaria el príncipe Segismundo de *La Vida es Sueño* para acreditarle como legítimo el título glorioso de «*Príncipe* de los ingenios dramáticos» que le reconocen, con los compatriotas, los más sábios críticos extranjeros, en especial de la Alemania, donde es el estudio y la veneracion de nuestro poeta una especie de fé consagrada que debe enorgullecernos, como debiera avergonzarnos que de los extraños hayamos tenido que esperar las más luminosas lecciones históri-

co-críticas acerca de nuestra literatura.

Para completar el primer volúmen de las *Galas*, hemos elegido á Alarcon; pues si en vida no fué apreciado como era justo, y su infortunio alcanzó á ser tan grande como sus méritos, pues se llegó hasta negarle la paternidad de los hijos más hermosos de su ingenio, la fama póstuma le debe compensaciones; que nunca serán tantas que no las merezca el que ha servido de modelo á los grandes dramaturgos extranjeros y sirve de legítimo orgullo á la literatura pátria.

La originalidad; el vigor sobrio de su estilo; la acertada eleccion de sus asuntos, siempre morales; su gusto exquisito y elegante en la forma; la clara profundidad de sus pensamientos; todas las cualidades, en fin, del autor de *La Verdad sospechosa*, hacen que se distinga y brille, en cierto modo, al par de sus más insignes predecesores, y justifican el lugar preferente que le damos en la variada y amena coleccion que hoy ofrecemos al público.

Claro es que, lo mismo ahora respecto á Lope, Calderon y Alarcon, que luego con relacion á Tirso, Moreto, Rojas y otros insignes ingenios, nuestras *Galas*

constituyen precisamente la parte más característica, más genial, más popular de sus obras; es decir, lo que habla más de las costumbres, los gustos, los sentimientos y las preocupaciones, y reviste mejor en la forma *la sustancia*—como dice Durán—del pueblo español de aquellos tiempos.

Y constituyen todo eso, además de presentar los rasgos más característicos de cada uno de los ingenios, porque los cuentos epigramáticos, las relaciones descriptivas y los pensamientos, bien agudos, ó ya profundos y filosóficos, de los autores dramáticos de una época, llevan siempre el sello de la misma y encarnan, digámoslo así, la naturaleza moral de un pueblo, revelando sus virtudes ó acusando sus vicios.

Repetimos, pues, que ni un instante hemos dudado del éxito de nuestro modestísimo trabajo de coleccionadores, porque las *Galas del ingenio*, lo mismo han de servir de deleite á aquellos lectores que solo buscan en los libros solaz y esparcimiento, que de estudio y áun de consulta á los que, ya familiarizados, por su profesion, con las obras de nuestros clásicos, hallarán aquí medio llano y fácil de

registrar y recordar, para oportunas citas, las mas sobresalientes expresiones de fondo y de forma de los famosísimos ingenios españoles del siglo de oro.

De todos modos, y aunque fallasen nuestras legítimas esperanzas, jamás nos arrepentiriamos del largo cuanto agradable trabajo de buzo que hemos empleado en buscar perlas de valor inestimable en el fondo de los vastos, serenos y riquísimos mares de que se enseñorea con orgullo nuestra antigua musa dramática.

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid, Agosto de 1879.

LOPE DE VEGA.

Cantaban la vez primera
Con su voz ronca los gallos.
Respondiéndose muy léjos
Los del lugar y del campo.
Cuando de nuestra viüda.
Como un reló concertado.
La ventana con los ojos
Y la calle mido á pasos.
Estaba el cielo más negro
Que un portugués embozado. (1)
Y á esta causa, erré la reja.
Dos ventanas más abajo.
Vivia un buen zapatero
Donde yo con gran cuidado
Puse los ojos, por ver

(1) No es esta la única alusion que los escritores españoles de aquel tiempo hacen á las negras y largas capas que distinguian á los portugueses, y que, embozados, los cubrian desde el ala del sombrero abajo, de tal modo que, caminando, «más parecian sombras que hombres.»

La casa en que viven tantos:
Y vi en un balcon un bulto,
La mitad del cuerpo blanco:
Y creyendo ser la viuda,
Así la requiebro y hablo:
—«Angel, cuya alba es la toca
Y cuya estela el rosario.
Oid un secreto solo
Deste enamorado esclavo.»
No lo hube dicho, señores,
Cuando el zapatero honrado,
Que estaba en camisa al fresco.
Dijo, un ladrillo tomando:
—«A mi mujer requiebritos!
Por estas barbas, bellaco,
Que yo os conozca de dia.»
Y si al tirar no me bajo,
Con los polvos del ladrillo
Me deja allí rociados,
Como escudilla de arroz,
Los sesos entre los cascos.

(La Viuda Valenciana.)

—

Lo que enflaqueco es deber,
Es fiar y es confiar;
Mujer que quiere mandar,

Que basta decir mujer.
El servir á ingrato dueño,
El pleitear con razon,
El forzar la inclinacion,
El poco sustento y sueño,
El andar en opiniones
La honra, que hartos padecen:
Los estudios enflaquecen,
Y las largas pretensiones.
Enflaquece el intentar,
Y el sufrir verse sujeto,
A un necio, que por discreto
Le quieren canonizar.
Tambien enflaquece oir
Malos versos, cantar mal,
Y al que era ayer vuestro igual
Hoy mandar y hoy presumir.
Enflaquece una visita,
Si no os da mucho contento;
Un noble lleno de viento,
Que á nadie el sombrero quita;
Un lindo, todo alfeñique,
Hecho mujer con bigotes,
Y unos ciertos marquesotes
Que os hablan por alambique;
El ver á un tonto reir,
Y el querer á una mujer

Que, habiendo pedido ayer,
Tambien hoy vuelvo á pedir.
(El Bobo del Colegio.)

—

La mujer siempre apetece
Aquello que se le vá,
Porque lo que en casa está,
Como á seguro, aborrece.
(La Noche Toledana.)

—

—¿A quién pesa que le dén?
Dime tú en el mundo, ¡á quién!
¡No hay nadie?
—Escúchame.
—Dí.
—El médico está mirando
Cuando el de á ocho le encajas:
El letrado cuando bajas
La mano al párrafo, dando:
El jüez cuando le toca
La parte del denunciado:
El procurador no ha dado
Paso hasta que el plus le toca:
El que escribe, solo atiende
Cuando sacas el doblon:

Cualquiera negociacion
De solo el dinero pende.
El que viene á ser tu amigo,
Si nunca le has dado nada,
Culpa tu amistad honrada
Y deja de andar contigo.
El que se pone á mirar,
No está mirando aquel rato
Si es flux, sino el barato
Aguarda que le has de dar.
¿Quién ha hecho algun placer,
Que no espere el galardon?
Pues la misma condicion
Tiene cualquiera mujer. (1)
Llega dando, y llegarás
Siempre en ocasion tan buena,
Que, excusando mucha pena,
Lo que quisieres harás.

(La Noche Toledana.)

—

Oí cantar en mi aldea
Que la fortuna tenia

(1) Como se vé, Lope, que pasa con razon á los ojos de los críticos por el dramático que más honra á la mujer en sus obras, no se queda corto en satirizarlas en este y otros muchos pasajes.

Un árbol, donde ponia
El bien que el mundo desea;
Y que en las ramas colgadas
Estaban joyas, banderas,
Libros, honras, armas, fieras,
Dineros, sogas, espadas,
En fin, todo estado humano:
Debajo estaba la gente,
Y la fortuna insolente
Con una vara en la mano.
Con ella en el árbol daba,
Cayendo en varias cabezas
Alegrías ó tristezas,
Como la suerte alcanzaba.
(La Noche Toledana.)

—

Una gallarda mujer
Que pisa con aire y brío,
Es como ver un navío
Que lleva viento á placer.
Son los chapines la quilla,
Las sayas las obras muertas,
Con las jarcias que cubiertas
Salen de la verde orilla;
El pecho es árbol, los brazos
Mesana, la gavia el cuello,

Velas, tocas y cabello,
Del viento prision y lazos.
Y como llevando viento
Parte con gala y donaire.
Y no puede andar sin aire,
Que, el aire es su movimiento:
Ansí la mujer sin él
Es como un navío en calma,
Porque en la mujer es alma
El aire, y se mueve en él.
(El Ausente en el Lugar.)

—

En Valladolid habia
Un astrólogo estudioso.
Que un pronóstico famoso
Todos los años hacía.
Este tenia un criado
Que todo al revés de aquel,
Escribia otro papel,
Y era siempre el acertado.
Murió el astrólogo en fin,
Y el criado no escribió,
Y á quien se lo preguntó,
Confesó que era un rocin.
Y que acertaba despues
Que al amo contradecia;

Que alquimia y astrología
Se han de entender al revés.
(El Ausente en el Lugar.)

—

Considera una mujer
A tu lado al acostar,
A tu lado al levantar,
Y al mismo lado al comer:
Luego otra noche á tu lado,
Si el pié alargas, mujer topa,
Si quieres tirar la ropa,
Mujer te gana el cuidado:
Si echas un brazo, mujer:
Si miras, á mujer miras:
En mujer dás si respiras,
Y aun te sabrá responder.
Considérala tambien
Con dos mil imperfecciones,
Que no caben en razones
Ni en boca de hombre de bien:
Y verás que esta Diana,
Que hoy como el sol maravilla,
Por cualquiera fregoncilla
Querrás trocarla mañana. (1)
(El Ausente en el Lugar.)

—

(1) Del deseo á la posesion encuentra el amor una dis-

Dos de diversas naciones,
Marcela, vivir podrán
Juntos, juntos vivirán
Dos tigres y dos leones,
Un hidalgo y un villano,
Y dos poetas en paz, (1)
Cosa extraña é incapaz
De trato y concierto humano;
Y dos damas no podrán
Vivir juntas, siendo hermosas:
Que envidiosas y celosas
Eternamente andarán.

(La Niña de Plata.)

—

Que si tu en las niñas tuyas
Retratas prendas agenas,
Niñerías son que pueden
Hacer gigantes ofensas.

(Los Melindres de Belisa.)

—

tancia que siempre ha sido apreciada con el mismo tono y en el mismo valor por los poetas satíricos dentro y fuera del teatro.

(1) Aqui dá Lope una idea de las rencillas y miserables celos que dividian á los poetas de su época y de que él mismo no se vió libre. No andamos hoy mucho mejor avenidos.

De cierto rey se contó
Que le dijo á un gran privado:
—Un papel me dá cuidado.
Y si bien le he escrito yo,
Quiero ver otro de vos,
Y el mejor escoger quiero.—
Escribióle el caballero,
Y fué el mejor de los dos.
Como vió que el rey decia
Que era su papel mejor,
Fuese, y díjole al mayor
Hijo, de tres que tenia;
—Vámonos del reino luego:
Que en gran peligro estoy yo.—
El mozo le preguntó
La causa, turbado y ciego:
Y respondióle:—Ha sabido
El rey que yo sé más que él.
(El Perro del Hortelano.)

—

César llamaron, Señor,
A aquel duque que traia
Escrito por gran blason:
«César ó nada»; y en fin
Tuvo tan contrario el fin,
Que al fin de su pretension

Escribió una pluma airada:
«César ó nada, dijiste,
Y todo, César, lo fuiste,
Pues fuiste César y nada.»
(El Perro del Hortelano.)

—

Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenia un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñian á la comida,
A la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar no habia remedio.
Estando en licion un dia,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió al ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo: ¡Gracias á Díos
Que una vez en paz os veo!
(El Perro del Hortelano.)

Yo conozco una mujer,
A donde un galan hablaba,
Que toda la noche estaba
A una ventana, por ver
Y por escuchar los toques;
Y obligóle, descompuesta,
A traer una ballesta
Y disparalle bodoques.
Mas ella, con la flaqueza
De escuchar, ó la porfía,
Cada noche se ponia
Un caldero en la cabeza,
Conque el galan que tiraba
Hacia tanto rüido,
Que despertaba al marido,
Y á la señora llamaba.
(Quien Ama no haga Fieros.)

—

A Garci-Sanchez pedia
Un sacristan, que le hallase
Una invencion que sacase
Su manga de cruz un dia.
Pero viéndole el calzon
Roto, y en pedir prolijo,
—Saca unas calzas, le dijo,
Y será buena invencion.
(Quien Ama no haga Fieros.)

Preguntaron á un letrado
Cómo firmeza tendria
Una mujer, y aquel dia,
Despues de haberlo estudiado,
Dijo, mil libros leidos,
Y advirtiendo sus antojos:
—Como naciera sin ojos
Y tapados los oidos.

(Quien Ama no haga Fieros.)

—

Cuál era de todo el mundo
El más discreto, queria
Saber un rey, y aquel dia
Dante, en las letras profundo,
Le dijo que el más discreto
Fué Demócrito: aquel sabio,
Sin hacer á nadie agravio,
Más prudente y más perfeto:
Y era porque se reia
De todo cuanto pasaba,
Que si Heráclito lloraba,
Fué necia filosofía.
Ciento veinte años vivió
Demócrito con su risa:
El lloron se dió más prisa,
Que á sesenta no llegó.

(Quien Ama no haga Fieros.)

¿Por qué piensas que llamaron
A las de los ojos niñas?
Porque fué su condicion
Ver cuanto pasa, y tambien
El desear cuanto ven:
Que así las mujeres son.

(El Premio del Bien hablar.)

—

Que si alguna mujer miente,
Veinte mil tratan verdad,
Aman, quieren y aventuran,
Cantan bailan y entretienen,
Solicitan, van y vienen,
Limpian, regalan y curan.
Nuestro descanso procuran;
Por ellas hay tanta historia
Que guarda eterna memoria:
La casa en que no hay mujer
Como limbo viene á ser,
Ni tiene pena ni gloria.
Lisonja te hago en decir
Que las quieras y las creas,
Porque yo sé que deseas
Honrallas hasta morir.
Sin mujeres no hay vivir,
Que áun Dios vió que convenia

Darle á Adan su compañía;
Que el más valiente que vés.
Lloró, en naciendo á sus piés,
Pensando que las perdia.

(El Premio del Bien hablar.) (1)

—

En un librillo he leido
Que en un jumento llevaban
Una diosa que adoraban
Con el respeto debido.
Los que la oian pasar,
Hincándose de rodillas:
Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Como en fin era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo con voz furiosa:
—No es á tí, sino á la diosa.

(Los Tellos de Meneses. 1.ª Parte.)

(1) El pensamiento moral de la obra está expresado sencillamente en estos tres versos de la misma:

»Es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien.»

Murióselé á una casada
Su marido, y no quedó
Muy triste, pues le envolvió,
Como si fuera pescada,
En un pedazo de angeo:
Y sin que cumpliese manda,
Con largas tocas de holanda
Salió vertiendo poleo
En un reverendo coche;
Pero el muerto, mal contento,
Del sepulcro á su aposento
Se trasladó aquella noche,
Y díjole: —¡Vos holanda,
Y yo angeo, picarona!...
¡No mereció mi persona
Una sábana más blanda?—
Esto diciendo, el difunto
En las tocas se envolvió,
Y el angeo le dejo:
Ocasion desde aquel punto
Conque sin tocas las veo;
Y cuerdo temor ha sido,
Porque no vuelva el marido
A dejarlas el angeo.

(La Moza de Cántaro.)

—

Allá en mi lugar un dia
Un muchacho en un jumento
Llevaba una labradora,
Y perdonad, que iba en pelo.
—Hazte allá, que le maltratas,—
Iba la madre diciendo;
Y tanto hácia atrás se hizo,
Que dió el muchacho en el suelo.
Díjole: —¿Cómo caiste?—
Y disculpóse diciendo:
—Madre, acabóseme el asno.

(La Moza de Cántaro.)

—

Conocí un hombre en Atenas
Que pidió á Vénus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas.
Una gata dominica
Quiero decir, blanca y negra.
Estando en su estrado un dia
Con moño y naguas de tela,
Vió pasar un animal
De aquestos, como poetas,
Que andan royendo papeles:
Y dando un salto ligera
De la tarima al raton,
Mostró que en naturaleza

La que es gata será gata.
La que es perra será perra.

(El Castigo sin Venganza.)

—

Doña Madama Roanza
Tan alta y flaca vivia.
Que mandó su señoria
Enterrarse en una lanza.
Y áun hubo dificultad.
Porque lo alto faltó.
Y do lo ancho sobró
La mitad de la mitad.

(La Dorotea.)

—

Bebía un cordero humilde (1)
De un arroyo en la corriente
Por lo bajo, y en lo alto
Un lobo voraz y aleve:
Y como matar queria
El corderillo inocente.
—Mira que me enturbias, (dijo)
El agua; tan recio bebes.—
El cordero respondió:

(1) En estos versos Lope hizo una sencilla traduccion de la tan conocida fábula de Esopo.

—Lobo amigo, pleito quieres.
Si estoy en bajo y tú en alto.
Tú la enturbias, tú me ofendes.
(La Hermosura Aborrecida.)

—

No sé: contáronme un dia
Que una mujer principal
Dió en querer, aunque hizo mal,
Un criado que tenia;
Y pediale el zapato,
La media, el chapin, la liga:
Y diciéndole una amiga
Que aquello era humilde trato,
No lo habiendo menester
Y siendo pobre el galan,
Respondió con ademan: (1)
—¿Cómo me puede querer
Este, sin costarle nada
De lo que me puede dar?
Que en lo que suele costar
Es una cosa estimada.
(La Llave de la Honra.)

—

(1) *Con ademan* significa aquí lo mismo que «con soltura» «con resolucion.»

Dijo un rey á un secretario
que escribiese á cierto reino
Le hiciesen cien alabardas.
Los reyes nunca hablan recio:
Y por no le preguntar,
Escribió al reino que luego
Le enviasen cien albardas.
Despacháronselas presto:
Y estando el rey á un balcon
Con el secretario mesmo,
Vió venir las cien albardas:
Y diciéndole: —¿Qué es esto?
Le respondió que traian
Lo que él mandó, á quien discreto
Replicó el rey: —Repartamos
De esta manera las ciento:
Las cincuenta para mí
Que firmo lo que no leo.
Y las otras para vos,
Pues más ligero que cuerdo
Haceis lo que no entendeis. (1)

(La Llave de la Honra.)

—

(1) Algunas albardas se repartirian hoy, y les vendrian que ni pintadas, á muchos gobernantes y delegados de estos, si el cuento tuviera extensa y justa aplicacion en nuestros dias.

—Bien se ve en tu noble pecho
Que eres hombre bien nacido.
—¡Pena tal! Llegando ahí.
Mi madre me lo decia;
Que al tiempo que me paria,
Con tanta furia salí,
Que la comadre al ruido
Con las manos acudió,
Y dijo: —¡Oh qué bien nació!—
Mira si soy bien nacido. (1)
(La Llave de la Honra.)

—

—¿Que hallasen, Marin, los hombres
Una invencion tan extraña
Como esta que llaman honra,
Y que toda está fundada
En cosa que es imposible
Guardarla si no se guarda?
¡Vive Dios, que fué crueldad!
—Antes fué ley necesaria.
Porque estimasen los hombres,
Que no saben estimarla,
La virtud de las mujeres.
(La Llave de la Honra.)

(1) Así puede tenerse por bien nacidos á muchos que por sus acciones no lo son en otro concepto.

Fileto el nombre *villano*,
Del que en la *villa* vivía
Se dijo, cual se diria
De la *córte* el *cortesano.*
El *cortesano* recibe
Por afrenta aqueste nombre,
Siendo villano aquel hombre
Bueno, que en la villa vive.
Yo, pues nos llama *villanos*
El cortesano á nosotros,
Tambien os llamo á vosotros
Por afrenta *cortesanos.*

(El Villano en su rincon.)

—

El llamar á un rey *alteza*,
Que lo llaman á una torre,
Aunque es lenguaje que corre,
No es propiedad ni pureza.
Si á señor es *señoría*,
Y al excelente le dan
Excelencia, bien dirán
A una infanta *infantería*.

(El Villano en su rincon.)

—

—No hay cosa más inconstante
Que el hombre.
—Dices verdad,
Porque en esa variedad
A ninguno es semejante.
Admiraba á Filemon,
Filósofo de gran nombre,
Ver tan diferente al hombre.
Y era con mucha razon.
Decia que en su fiereza
Los animales vivian:
Pero que solo tenian
Una igual naturaleza.
Todos los leones son
Fuertes, y todas miedosas
Las liebres, y las raposas
De una astuta condicion:
Todas las águilas tienen
Una magnanimidad,
Todos los perros lealtad,
Siempre con su dueño vienen.
Todas las palomas son
Mansas, los lobos voraces:
Pero en los hombres, capaces
De la divina razon,
Verás variedad de suerte,
Que uno es cobarde, otro fiero.

Uno limpio, otro grosero,
Uno falso y otro fuerte,
Uno altivo, otro sujeto,
Uno presto y otro tardo,
Uno humilde, otro gallardo,
Uno necio, otro discreto,
Uno en extremo leal,
Y otro en extremo traidor,
Uno compuesto y señor
Y otro libre y desigual.

(El Villano en su rincon.)

—

La vida humana, Sócrates decia,
Cuando estaba en negocios ocupada,
Que era un arroyo en tempestad airada,
Que turbio y momentáneo discurria.

Y que la vida del que en paz vivia
Era como una fuente sosegada,
Que sonora, apacible y adornada
De várias flores, sin cesar corría.

¡Oh vida de los hombres diferente,
Cuya felicidad estima el bueno,
Cuando la libertad del alma siente!

Negocios á la vista son veneno:
Dichoso aquel que vive como fuente,
Manso, tranquilo, y de turbarse ageno. (1)

(El Villano en su rincon.)

—

Entróse en una despensa
Por un agujero estrecho
Una zorra; ahora piensa
Cuál puso barriga y pecho
De aquella abundancia inmensa.
Probó á salir; no cabia,
Porque el haber engordado
La puerta le defendia:
Lloraba el placer pasado,
Y el mal futuro temia.
A las que á verla vinieron
Consejo entonces pidió,
Y dicen que la dijeron:
—Quien por estar flaca entró
A donde lugar la hicieron,
Y ya de gorda no cabe,
Vuelva á ayunar y saldrá.—
. . . .
—Esa fábula viniera

(1) Este soneto, bien poco conocido, es, por su pensamiento y por su forma, uno de los más bellos de la poesía castellana.

A un rico por malos medios
Harto mejor cuando espera
En los últimos remedios
Enflaquecer, si él pudiera.
Con esto y con tarde oir
Consejos, viene á morir
Gordo en la agena despensa.
Porque tan tarde lo piensa.
Que es imposible salir.

(Santiago el Verde.)

—

Símbolo dicen que son
De las mujeres las manos:
Que quien las quiere tener
Buenas, y adobarlas trata,
Como lo deje de hacer
Dos dias, la mano ingrata
Se vuelve á echar á perder.

(Santiago el Verde.)

—

No os espanteis, don García,
Que de Leonida Espartano
Cuentan que al uso greciano
Se casó en Esparta un dia;
Y que á su mujer mirando

Ciorto amigo, muy pequeña
De cuerpo, con voz risueña
Dijo á Leonida burlando:
—¿Qué pensábades hacer,
Aunque es tan breve la vida,
Cuando os casastes, Leonida,
Con tan pequeña mujer?—
Y él respondió: —Deste error
Nadie me debe culpar:
De los males del casar
Quise escojer el menor.
—Filósofo majadero.
—Pues muchos debe de haber
De ese mismo parecer,
Y uno referirte quiero
Que en cierto libro he leido.
—¿Sabes leer?
—¡Bueno estás!
Y aun sé latin.
—Si sabrás,
Porque yo nunca he tenido
El saber latin ni griego
Por hazaña, pues que es
Lo mismo saber francés,
Y lo sabe cualquier lego. (1)

(1) Esto es un ligero alfilerazo que dirige Lope á los literatos de aquel tiempo, que cifraban todo su orgullo en conocer el idioma de Ciceron.

Mas dime, por vida mia,
Tu cuento.
—El sábio que digo
Tenia un grande enemigo,
Y una hija que tenia
Dicen que casó con él,
Y que á quien le reprendió,
Que á su enemigo la dió,
Dijo, por vengarse de él.
—Si ese filósofo viera
Que ganando Federico
Cierto lugar noble y rico,
Dió licencia que pudiera
Sacar cualquiera mujer
Lo que pudiese llevar
Acuestas; y que en lugar
De hacienda (que suele ser
Lo que más puede obligar)
Sacaron castas y honestas
A sus maridos á cuestas.
¿Qué dijera del casar?
A mi libertad apelo,
Aunque ciertos licenciados
Decian que los casados
Estaban cerca del cielo.
—¿Del cielo?
—Sí, claro está.

Si están en el purgatorio.
Pues dél, es caso notorio
Que solo al cielo se vá. (1)

(Santiago el Verde.)

—

—¿Qué quieres
Más, de que ya las mujeres
Se han convertido en altares?
¿Qué capilla, ó yo me engaño,
Tiene ornamentos mejores?
Ellas tienen sus colores
Para las fiestas del año:
Que ya, para ser querida.
Los hombres ¡qué extraña cosa!
No buscan la más hermosa.
Sino la más bien vestida.

(Santiago el Verde.)

—

—Quien pone en ellas firmeza
Ara el viento y siembra el mar.
—Bien las puede disculpar
Su flaca naturaleza.
Un griego antiguo escribió
Que á la vihuela de Apolo

(1) Las sátiras contra el matrimonio menudean, como se vé, en el teatro de Lope, á pesar del respeto de éste á la hermosa mitad del género humano.

Saltó la prima, y que solo
A quejarse dél subió
—¡Justicia, eternos jueces!
Dijo al trono de marfil,
Que siendo la más sutil,
Me toca Apolo tres veces.
Todos sus redobles son
En mí flaqueza, y no advierte
En tocar más la más fuerte:
Pues menos toca el bordon,
Que no tenga á razon poca,
Cuando su canto celebre,
De que alguna vez me quiebre,
Pues tantas veces me toca.—
Dando con esto á entender
(Comparacion extremada)
Que en la cuerda más delgada
Y sutil, que es la mujer,
Pone un hombre tanto honor,
Confianza, amor, verdad,
Cuidado, gusto, lealtad,
Retrato, hacienda y valor,
Que no es mucho, si la toca
Tantas veces, que la pierda,
Y rota en parte la cuerda,
Venga á parecernos loca.

(Santiago el Verde)

Hércules fuerzas tenia,
Y como mujer hilaba,
Porque una mujer que amaba
En mujer le convertia.

(Santiago el Verde.)

—

Quiero que en breve sepais
Las cosas de nuesa aldea.
Primeramente hay un cura
Con su poco de poeta.
Gran hombre de villancicos
Destos de la Noche-buena;
Que las tuviera mejores
Si menos de estos supiera.
Hay su alcalde y su alguacil.
Aunque no hay gente que prendan.
Sinó al sastre y al barbero,
Que uno cose y otro amuela.
Al que cose no se atreven.
Porque si ha menester media.
Pedirá cuarenta varas.
Que en él es costumbre vieja.
Pues al barbero, ya veis
Que el gaznate se le entrega.
Y que un villano enojado
Ninguna barba respeta.

Hay tabernero: es buen hombre,
Porque con arroba y media
Enjuaga todos los cueros,
Y cuando el vino les echa,
Por flaqueza de memoria
El agua dentro se deja,
Con que nos quita el cuidado
De aguar el vino en la mesa.
Teníamos escribano,
Y fuése de una esquilencia
Solo á dar fé de que hay muerte,
Para que algunos lo crean.
Hay un sacristan casado
Que tiene la boca tuerta,
Y que canta un *Parce mihi*,
Que parece que reniega.
Hay zagalas y zagales,
Con su tamboril las fiestas.
Y entre ellas Flora, casada
Con Bato, y mujer de prendas,
Que á cuatro meses y medio
Parió como unas candelas
Un muchacho, que parece
Notablemente á su suegra.

(El Hijo de los Leones.)

—

Cuentan acá los pastores
Que á Júpiter se quejó
Un monte (presumo yo
Que de los montes mayores).
Diciéndole: —Gran señor.
Cuanto has criado se muda:
Si yo estoy firme. es sin duda
Que tengo poco valor.
Los que estaban encumbrados
Bajan tan bajos que espantan.
Y á sus puestos se levantan
Los que estaban derribados.
Alguno fué pobre ayer.
Que hoy tiene suma riqueza.
Y otro viene á gran pobreza.
Que tuvo inmenso poder.
¿Cómo yo nunca soy más
De aquel sér en que nací?—
Pero respondióle así:
—¡Oh. necio! engañado estás.
Déjalo todo mudar.
Pues firme puedes vivir:
Que quien no pudo subir.
Tampoco pudo bajar. (1)

(El Hijo de los Leones.)

(1) Precioso apólogo, cuya leccion moral es provechosa en todos los tiempos. y áun más en los nuestros.

—¿Tienes tú amor?
—¿Qué es amor?
No daré por cien mujeres
Un ochavo de alfileres.
¡Mujeres! ¡Jesús qué hedor!
—Parece que no has sabido
Que naciste de una, Hernando.
—Por eso nací llorando
Y sentí el haber nacido.

(Los Milagros del Desprecio.)

—

En una huerta del prado
Bebió largo un extranjero.
Y en la puerta de Alcalá
Se le dejaron sus deudos.
Cuando los coches partian
Al anochecer, creyendo
Que entre muchos que allí aguardan
Sentados era uno de ellos,
Dijéronle que se entrase
Con los demás, los cocheros:
Lo que él hizo, sin saber
Si era coche ó aposento.
Durmió como niño en cuna,
Y á la mañana despierto,
Preguntaba por su casa,

De los amigos creyendo
Que le llevaron en coche:
Hasta que del coche el dueño
Pidióle el dinero á voces.
El extranjero pidiendo
Que le volviese á Madrid,
Pues sin causa ni concierto
Le trujeron á Alcalá,
Estando en Madrid durmiendo.
Los que á las voces se hallaron.
Celebraron el suceso;
Y él dando su ropa y armas
Para prendas del dinero
Del porte, volvió á Madrid
A pié, desnudo, sin cuello,
Sin zapatos, sin espada,
Sin comer y sin sombrero.

(El Desprecio agradecido.)

—

—No te quejes: que no es bueno
Verlas en paños menores,
A donde lo más es huesos:
Que en mujeres y empanadas
De figon, hay mucho hueso.
Una vez compré un besugo
Tan pequeño. en pan tan hueco.

Que dije, alzando la tapa:
—¿Qué haces aquí, pigmeo?
Y me respondió con risa:
—Soy engaña-majaderos.
Que compran lo que no ven,
Y afirman lo que no vieron.

(El Desprecio agradecido.)

—

—¿Sientes que me quiere mucho?
—De la manera que ama
El trigo al sol en Agosto,
La tierra en Abril el agua,
Un avariento su hacienda,
Un extranjero su pátria,
Y un marido á su mujer
Las primeras tres mañanas. (1)

(El Desprecio agradecido.)

—

Hay en los campos de Orán
Unos moros, Inés bella,
A quien llaman Benarajes,
Que aquella noche primera

(1) Bien pudo ajustarse al *asonante* diciendo *tres semanas*; pero le pareció largo plazo para la vida del amor conyugal.

Que se casan, á la novia,
Ya que desnuda se acuesta,
En vez de dulces amores,
Azotan con unas riendas.
Y preguntando la causa
Un cautivo de mi tierra,
Le dijo un moro:—Cristiano,
Esto se hace por muestra
De valor y valentia:
Porque si con tal fiereza
Tratan lo que más adoran,
Hieren lo que más desean,
¿Qué harán con sus enemigos
Cuando vayan á la guerra?

(El Desprecio agradecido.)

—

Cierto emperador habia
Que tal vez se disfrazaba,
Y por la ciudad andaba,
Donde él mismo oia y via.
Murmuraban á un rey griego
Una noche unos soldados,
Por mil pantanos, cargados
De una máquina de fuego,
Y él, que iba entre ellos, desnudo
Del cetro y la monarquía,

—Murmuradle, les decia:
Mas no de mí, que os ayudo.
(Querer la propia desdicha.)

—

—A cierta mujer oí
Que un galan la enamoraba
Cada vez que la miraba.
—¿Supiste la causa?
—Sí.
Era tuerto, y en lugar
Del ojo que le faltó,
Uno de oro se encajó,
La niña haciendo esmaltar:
Y porque un doblon pesaba,
Decia aquella mujer
Que le daba gran placer
Cada vez que le miraba.
Tratáronse, y la aficion
Tal puso al buen caballero,
Que faltándole el dinero,
Vendió el ojo en un doblon.
(La mal casada.)

—

Hablando cierta persona
De los zapatos, decia:

Que era bien hacerlos grandes
A las damas más pulidas;
Que los chicos hacen callos,
Y las mujeres sentian
Que las hiciesen callar,
Aun por los piés, sólo un dia.
(La mal casada.)

—

Muy nécio fuera el pintor
Si procurara pintar
Feo á quien le ha de pagar:
Pues el ejemplo mayor
Puedes tomar del barbero.
Que con ser precio tasado,
Deja un hombre renovado.
Tan falso y tan lisonjero,
Que le entresaca las canas:
Y de aquí vino llamar
Hacer la barba, afeitar.
Y siempre por las mañanas.
(La mal casada.)

—

Hombres hay que un dia oscuro
Para salir apetecen,
Y el sol hermoso aborrecen

Cuando sale claro y puro.
Hombres que no pueden ver
Cosa dulce, y comerán
Una cebolla sin pan.
Que no hay más que encarecer.
Hombres en Indias casados
Con blanquísimas mujeres
De extremados pareceres.
Y á sus negras inclinados.
Unos que mueren por dar
Cuanto en su vida tuvieron:
Y otros que en su vida dieron
Sinó es enojo y pesar.
Muchos duermen todo el dia.
Y toda la noche velan:
Muchos hay que se desvelan
En una eterna porfía
De amar sola una mujer.
Y otros que, como haya tocas.
Dos mil les parecen pocas
Para empezar á querer.

(La Hermosa fea.)

—

Casóse ayer un galan
Con sesenta á letra vista.
Buen cristiano y calvinista,

Sobre ser algo alazan.
Los dientes habian dejado
Su pátria, y uno que habia.
Ermitaño parecia
De aquel lugar despoblado.
La novia, que, por lo bayo.
Era requeson con miel.
Llegábase cerca de él
Como si la diera un rayo.
No sé cómo sucedió
La borrasca levantada,
Que el diente á la desdichada
En la boca le dejó.
Sacóle, y haciendo gestos.
Dijo, vuelta á la pared:
—Tómelo vuesa merced:
Que yo tengo doce destos.

(Los Peligros de la ausencia.)

—

Pintar la desdicha á Apeles
Alejandro le mandó,
Y pintándola sin ojos
Le preguntó la razon.
—Porque no sabe á quién dá
(Dijo el célebre pintor),
Pinté la desdicha ciega:

Que si viera, cierto estoy
Que no diera al virtuoso,
Ni al sábio, ni al que guardó
Su honor, porque los tuviera
En alta veneracion.

(Los Peligros de la ausencia.)

—

Mandóle pintar la cena
Un hidalgo bachiller.
Y acabada, fuéla á ver.
Y hallóla de gente llena.
Trece apóstoles contó.
Y dijo muy espantado:
—Todo este lienzo está errado:
No pienso pagarle yo.
Un apóstol aquí está
Demás. Y el sábio pintor
Dijo:—Llevadle. señor:
Que éste, en cenando, se irá.

(Amar sin saber á quién.)

—

Cierto poeta decia
Que eran todos los amantes
Unos vestidos danzantes
A quien són el tiempo hacia:

Que, como no es la razon
La que ha de guiar la danza,
No hay más duda en la mudanza
Que en hacer el tiempo el són.

(El Mayor imposible.)

—

Que muchos que se han casado,
Forzados de un amor loco,
Suelen despues hallar poco
De lo mucho que han pensado.
Quien se quisiere casar
Ha de mirar en la dama
Buena casa, honesta fama:
Y adios, que me hecho á nadar.
Casarse es azar ó encuentro,
Como quien bebe con jarro,
Donde bebe el más bizarro
Aquello que viene dentro.
Cuentan que dos se casaron,
Y la noche de la boda,
En quietud la casa toda,
Ya entiendes, se desnudaron.
Él dijo:—Ya no hay que hacer
Secretos impertinentes:
Postizos traigo los dientes:
Paciencia, sois mi mujer.

Ella, quitando el tocado.
El cabello se quitó,
Y en calavera quedó
Como un guijarro pelado.
Diciendo:—Perdon os pido:
Postizo traigo el cabello:
No hay que reparar en ello:
Paciencia, sois mi marido.

(El Mayor imposible.)

—

Juntáronse los ratones
Para librarse del gato.
Y, despues de un largo rato
De disputas y opiniones.
Dijeron que acertarian
En ponerle un cascabel:
Que andando el gato con él
Guardarse mejor podian.
Salió un raton barbicano.
Colilargo, hociquirromo,
Y encrespando el grueso lomo.
Dijo al senado romano.
Despues de hablar culto un rato:
—¿Quién de todos ha de ser
El que se atreva á poner
Ese cascabel al gato?

(La Esclava de su galan.)

Desde una reja miraba
Un canónigo en Toledo
Una mula que, sin miedo,
De una peña en otra daba.
Para despeñarse al rio.
Dábanse priesa á salir.
Y él, sin cesar de reir,
Daba en aquel desvarío
Hasta verla despeñar:
Pero viendo como un rayo
Ir tras ella su lacayo,
Volvió el placer en pesar.
Sabiendo que era la suya.

(La Esclava de su galan.)

—

Escriben que Ciceron
Oyendo al representante (1)
Galo, que en Roma triunfante
Tuvo excelente opinion,
Vió silbar y murmurar.
Y que comenzó á decir:
—Mancebos, el escribir
Es ingénio, y no el silbar.
Y esto al hombre se prohibe.
Porque en diferencia igual.

(1) Comediante.

Silba cualquier animal:
Pero solo el hombre escribe. (1)
(Lo que ha de ser.)

—

Un hombre dicen que habia.
Que en las pendencias tiraba
Un plomo atado á un cordel.
Y luego, tirando de él.
Con el plomo se quedaba.
¡Oh! si diésemos así.
¡Qué linda cosa que fuera,
Y que cuanto un hombre diera.
Luego lo volviera á sí!
(Lo que ha de ser.)

—

Existen muchas mujeres.
Que apenas padre ó hermano
De casamiento las hablan,
Cuando, con el desenfado
Que si fuese para un dia
Lo que es para tantos años,

(1) Fué Lope el escritor más halagado por el aplauso porpular en el teatro, si bien tuvo su época de desgracia, en que le alcanzó el desafuero de los silbos *mosqueteriles*. La leccion ingeniosa del poeta se dirige contra desafueros tales, sin duda.

Cierran con él, sin mirar
Si es azul ó colorado:
De que nace que el oficio
De marido, carga ó cargo,
Le sustituyan tenientes.
(La Boba para otros, y discreta para sí.)

—

Confesábase una dama, (1)
De estas de bonito aseo:
Preguntóle el confesor,
Como suelen, lo primero
El estado que tenia,
Y ella, con rostro modesto,
Respondió que era doncella.
Fuése el caso prosiguiendo,
Y confesó en el discurso
Ciertos casos poco honestos.
Díjole el padre:—Al principio
Dijiste, si bien me acuerdo,
Que érades doncella, pues.
Y ella respondió de presto:
—Si, padre, de una señora.
(La Boba para los otros y discreta para sí.)

(1) Este y otros cuentos de Lope y demas escritores de aquel tiempo, demuestran que, cuando la Inquisicion era tan sutil en buscar herejes, no lo era, ni muy escrupulosa, en punto á pública moralidad.

¡Oh, bien haya aquel discreto,
Que cuando se mejoró
De fortuna, se quedó
Con aquel mismo sujeto!
No disminuye el valor,
Antes muestra en parte alguna,
Quien desprecia la fortuna,
Que la merece mayor.

(Las Bizarrías de Belisa.)

—

Dicen que Pálas dormia
En una selva, quitada
La guarnecida celada
De plumas y argentería:
Y Vénus por bizarría
Se la puso; á quien, severo,
Dijo Amor:—Madre, no quiero
Esos laureles y palmas:
Con almas se matan almas,
Que no con armas de fuego.

(¡Si no vieran las mujeres!...)

—

Preguntóle un caminante
A un labrador qué llevaba
En una carga; y él dijo,

Previniendo la desgracia:
—Yo, nada, si cae el jumento.—
Que era de vidrios la carga.
(¡Si no vieran las mujeres!....)

—

¡Brava cosa, ser mujer.
Si no llegaran á viejas!
Mas, como al fin les alcanza
Tan notable diferencia,
Allí dan su residencia,
Allí tomamos venganza.
Allí llega el que gastó
Su hacienda. y la cobra en risa:
Allí el despreciado pisa
La hermosura que adoró:
Allí la rosa y jazmin
Que el poeta encareció,
Seca se muestra, y quedó
Sólo al serafin el fin.
(¡Si no vieran las mujeres! ...)

—

Pero escucha el retrato
Del bien que adoro.
Que á Tristan favorece
Por no hallar otro.

Tres peregrinas calvas
Su gracia aumentan:
Una tiene en el pelo,
Dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
Son tan serenos,
Que me da romadizo
De solo verlos.
Su nariz, que del rostro
Los campos parte.
Afilada, parece
Jabon de sastre.
No son pues sus mejillas
Color de Tiro.
Pero fueron de España
Papeles finos.
Sin claveles ni rosas.
Tal boca tiene,
Que parece cachorro
De cuatro meses.
Un lunar noguerado
Tiene por orla,
Que cuantos se le miran.
Piensan que es mosca.
De apartados los dientes
Piden divorcio;
Que no quieren morderse

Unos á otros.
Sólo tiene una gracia.
La boca llena:
Que, comiendo ó pidiendo,
Jamás se cierra.
Nunca acierto los puntos
De su zapato,
Porque calza catorce.
Pidiendo cuatro.
De ser bella le viene
Ser tan bellosa,
Que sin ser hermitaña,
La cubre toda.
El que sea entendida
No es testimonio.
Porque cuando da voces,
La entienden todos.
Nunca sale de casa
Si no hay carroza.
Porque tiene una pierna
Más larga que otra.
Mas con todas las faltas
Que aquí refiero,
Algo tiene que callo.
Pues que la quiero.

(¡Si no vieran las mujeres!....)

Escuchaba un labrador
Un papagallo hablador,
Que estaba con linda vena,
De una dama á la ventana,
Diciendo aquesto de *Loro*,
¿Cómo estás? y al perro moro
Con su media lengua indiana:
Y dijo á la dama:—Quien
Este á su tierra llevara,
Bravo dinero ganara.
La dama, sabiendo bien
La condicion del buen loro,
Dijo:—Hareisme gran placer
En llevarle, por no ver
Tanto loro y tanto moro,
Que me quiebra la cabeza.
Y como alargó la mano
Para tomarle el villano,
Convertido el pico en rayo,
Tal lancetazo le dió,
Que muchos dias lloró
El canto del papagayo.
(¡Si no vieran las mujeres!...)

—

Corta un escultor un leño,
Y señala una figura,

Que acabar despues procura
Por las líneas del diseño.
Este leño os debo á vos.
Figura muda y en calma;
Que la perfeccion del alma
Solo se la debo á Dios.

(Contra valor no hay desdicha.)

—

.....Lo que á los hombres saca
De sentido, que es el vino:
Tan poderoso monarca.
Que hace muchos de su nombre.
Que en diversas lenguas hablan:
Y con dormir siempre encueros.
Entre la nieve y la escarcha
Jamás amanece helado:
Pues si un hombre se desmaya.
Con un traguïto de gloria
Vuelve lo amarillo en grana.

(Contra valor no hay desdicha.)

—

Reina entre los animales
El leon; el campo alegra
Del aire el águila negra
Con plumas y alas reales:
El sol en sus luces bellas
Reina: la luna en la noche;

Que de su argentado coche
Son vasallos las estrellas;
El delfin en el rigor
Del mar, que asombra á las naves:
Y entre domésticas aves
El gallo madrugador.
De sierpes, naturaleza
Al basilisco le dió
Imperio, y así nació
Coronada la cabeza:
Y porque las monarquías
Del tiempo más claras vieses
Mayo es el rey de los meses
Y el jueves rey de los dias.
En las flores el clavel,
En las semillas el trigo:
Y el tiempo de cuanto digo,
Porque está sujeto á él.
Reinan, con mucha razon,
De los humanos despojos,
En las facciones los ojos,
Y en el cuerpo el corazon.
De las pasiones mayores
Rey quieren que el amor sea,
Y yo tambien en mi aldea
Soy rey de los labradores.

(Contra valor no hay desdicha.)

. . . . Parezco
A aquel sábio que tenia
Dos mujeres por lo ménos.
Que la una le queria
Quitar los blancos cabellos.
Y la otra, más celosa.
Le repelaba los negros,
Con que vino á quedar calvo.
(El Guante de doña Blanca.)

—

Halló un marido ofendido
Con su mujer acostado
Un galan, tan descuidado
Como si fuera el marido.
Era el caso al medio dia,
Y el galan con el temor
De la espada y del rigor
Conque el marido venia;
Sola la camisa puesta,
Salió á la calle, y corriendo,
Iba á la gente diciendo:
—¡Fuera! que va sobre apuesta!
Desviábase la gente.
Hasta que el galan llegó
A su casa, en que ganó
La apuesta por diligente.
(El Guante de doña Blanca.)

Una vez los atenienses
A Leontíquidas llamaban
Para que viese un prodigio,
Y era que un áspid estaba
Todo revuelto á una llave
De un templo, y dijo en voz alta:
—Atenienses, el prodigio
Fuera si la llave hallara
Revuelta al áspid; que el áspid
Naturalmente se enlaza.

(El Guante de doña Blanca.)

—

Viendo poner la veleta
A una torre de un lugar,
Un sabio que estaba atento,
La causa les preguntó,
Y el maestro respondió:
—Para conocer el viento.
Y él dijo:—Ya que en la torre
Veleta habeis menester,
Con poner una mujer
Sabreis el viento que corre.

(El Guante de doña Blanca.)

—

Fué á la India con antojos
Un corto de vista fraile;

Vióle un cacique de paz,
Y como le preguntase
A un criado qué era aquello,
Le dijo:—Es señal que traen
Los grandes de Portugal.
Y él, para ser de los grandes,
Unos le compró en mil pesos:
Pero, viendo ménos que antes,
Le rogó que otros le diese,
Aunque mucho más costasen.
Y unos le vendió sin lunas
Y, quitados los cristales,
Con los cercos solamente
Miraba por todas partes,
Diciendo: «¡Con esto veo!»
Sin reparar ignorante,
Que veia, sin antojos,
Con los ojos naturales.

(El Guante de doña Blanca.)

—

En un convento en mi tierra
Cantaban, como otras veces,
Los maitines en el coro,
Y estaban (que así los leen),
Unos tras otros diez frailes.
Durmióse el primero, y éste

Dió con el cuerpo al segundo:
Y como estaban enfrente,
De fraile en fraile, cayeron
Todos diez, como acontece
Cuando juegan á los bolos.
(La mayor virtud de un rey.)

—

Su rey los griegos hicieron
En Atenas á Filaeco
Por votos de los más viejos:
Y como á los que le hacían
Reverencia hiciese luego
La misma, los magistrados
Le avisaron y riñeron.
Respondió que la costumbre
Fué causa de aquel defecto,
Que antes de ser rey tenía;
Y ellos entonces dijeron
Que tuviese gran cuidado,
Y respondió:—Si yo, griegos,
Tengo de tener cuidados
Buscad rey, no quiero serlo.
(La mayor virtud de un rey.)

—

La locura y la poesía
De una manera se hallan,

Hace un hombre cuando mozo
Dos romances á una dama.
De allí se pasa á un soneto:
Luego á una cancion se pasa:
Luego á un libro de pastores.
Y cuando ya tiene fama,
Y es declarado poeta
(Que no es pequeña desgracia). (1)
Dice que es Virgilio. Homero:
Desprecia con arrogancia
A todos cuantos escriben:
Y de aquesta misma traza
Es un loco. A los principios
Deja el sombrero y la capa:
Luego, si no se la quitan.
Saca furioso la espada:
Y, cuando está rematado.
Dice que es rey ó monarca,
Estrella, sol. y áun se atreve
A las deidades sagradas.

(Porfiar hasta morir.)

—

Lo primero que ha de hacer
Quien sirve. es ganar la gracia

(1) Y lo sigue siendo, despues de tres siglos que le dijo Lope.

Del prelado: que en desgracia
Suya, ¿que ha de pretender?
Lo primero que conquista
El amante, es la criada;
El lisonjero, la entrada;
El escribano, el pleitista:
El pretendiente, el portero:
Tanto, que fué desdichado
Orfeo, por no haber dado
Un regalo al Cancerbero.
Ni llevara por tesoro
De la huerta Dragontea,
Sin agradar á Medea,
Jason las manzanas de oro.
¿No seria necedad
Que viniese un forastero
A un lugar, y lo primero
Fuese con poca humildad
Murmurar los naturales
Que le pudieran honrar?
Yo nunca he visto medrar
Hombres de arrogancias tales.
Dicen que el cangrejo un dia,
Que entonces sabia andar,
Pretendió entrar en la mar
Con tan soberbia osadía,
Que á nadar desafió

A las mayores ballenas.
Júpiter, que en las arenas
Del mar su arrogancia vió,
Dijo:—Cangrejo arrogante.
Yo te mando, que de hoy más,
Tanto camines atrás
Cuanto fueres adelante.

(Porfiar hasta morir.)

—

Díjole una dama tuerta
A un galan:—Vos no me amais.
Pues la boca me alabais
Siempre, cerrada ó habierta:
Los cabellos, de perfetos.
La frente y los ojos no.
Y quien ama pienso yo
Que ha de alabar los defetos.
Las gracias, cuando lo son,
Ellas están alabadas:
Dad á estas niñas turbadas
Un requiebro: que es razon,
Alabarme la desgracia
Deste ojo, aunque á ver no acierto.
Que, en verdad, que para tuerto
No mira con poca gracia.

(Porfiar hasta morir.)

Un poeta artificial
Entré á ver (que no debiera).
Y en la cama componía
Con un tocador y antojos:
Dióle en la boca y los ojos
Una cierta perlesía,
Con que, parió sin comadre
Un verso que; apostaré
Que, al parirme, le costé
Ménos dolor á mi madre. (1)

(Porfiar hasta morir.)

—

En un auto un dia del Córpus,
Decia un representante:
—«¡Quiero destruir el mundo!»
Y como entonces llegase
La procesion, aunque estaba
En figura venerable,
Dijo un regidor:—«Andando
Y destruyendo, Juan Sanchez.»

(Porfiar hasta morir.)

—

(1) La fácil y fecunda musa de Lope se burla aquí de los que sufren resistencias de la suya y se empeñan en ser, como él dice, poetas *artificiales:* que de ellos hay muchos y algunos famosos.

A Júpiter se quejaron
Las muelas del hombre un dia.
Diciendo á su señoría
Los años que trabajaron
Desde la muela primera.
Mascando lo que comia,
Y que por dolor de un dia
Luego las echaban fuera.
Don Júpiter le riñó.
Y él respondió:—«¿Qué he de hacer.
Si no dejan de doler?»
A quien luego replicó:
—«Hombre, sufre, pues te toca.
El dolor, que bien podrás:
Que despues te alegrarás
De ver tu muela en tu boca.»
(Porfiar hasta morir.)

—

—¿Sabes qué pienso, y es cosa
Nunca dicha, de los celos?
¿No has visto como el pincel.
Cuando no es la mano ingrata,
Liseno, un rostro retrata,
Que le parece, y no es él?
Pues, con semejanza igual,
Son. si los pinta el honor,

Celos retrato de amor,
Y amor el original.

(El Saber puede dañar.)

—

.....Que es ingenio ciego
El de la mujer, no hay duda.
Si dicen á la más cuerda
Que ha de parecer mejor,
Dará en el mayor error,
Haránla que el sueño pierda.
Pues si por astrología
Dicen que la harán saber
Si el otro la ha de querer,
O ausente vendrá tal dia,
O con quien se ha de casar.
Acabóse: no hay discreta
Que no sea necia, y es treta
Que muchos suelen errar.

(La Arcadia.)

—

—¿Qué és, en fin, lo que pretendes?
—Una comision, un palo,
Con alguna novedad,
Para casos ordinarios.
—¿De qué suerte?

—Contra necios
Que murmuran de los sábios,
Y de aquellas mismas culpas
De que ellos son murmurados.
Contra los que fingen nuevas,
Gente baldía que, echando
En corrillos lo que inventan,
Quieren vengar los agravios.
Contra quien fía, porfía
Y desafía: que cuantos
No huyen de estas tres cosas
Son majaderos frisados.
Contra los que casan pobres,
Que, no habiendo algun resguardo,
¿Qué hará un hombre no pudiendo
Y una mujer ayunando?
Si él no trae y ella no come,
Es más que la palma llano
Que algun cristiano ha de haber
Que tenga piedad de entrambos.
La mujer es guante de ámbar (1)
Que huele bien á su amo
Solo los primeros dias;

(1) Este pensamiento es, como echará de ver el lector, de los más repetidos en el teatro de Lope, siendo lo admirable la variedad de formas en que lo presenta, ingeniosísimas y nuevas en su mayor parte.

Despues, al que trae al lado.
Contra los que no teniendo
De hacienda treinta ducados,
Traen vestidos á doscientos,
Dios sabe el cómo y el cuándo.
Contra los que no respetan
A los poderosos y altos,
Diciendo Dios que se guarden
De no venir á sus manos.
Contra curiosos vecinos
Que siempre están murmurando:
Y porque es breve la vida,
Contra relojes de cuartos.

(La Ley ejecutada.)

—

—Cuando enferma un gran señor
No viene un médico solo;
Vienen mil, y el mismo Apolo,
Que dicen que fué doctor.
Probando las medicinas,
Alguna suele acertar:
Que mal te puedes curar,
Si á tomarla no te inclinas.
Récipe; dice el doctor,
Para males de *mulieres*
Otras *mulieres*; si quieres

Curar amor con amor.
En una tienda se ven
Mil vestidos; sin proballos,
Nadie puede con mirallos,
Saber cuál le viene bien.
Júpiter, viendo arrogantes
Los hombres, dió un buen remedio,
Que fué partirlos por medio.
—¡Qué necio estás!
—No te espantes.
Dicen que de cada uno
Sacó una mujer.
—¿Y bien?
—Y como medios estén
Y no está entero ninguno,
Buscando va su mitad,
Y de una en otra más bella,
Porque, hasta topar con ella,
No para la voluntad.

(La Ley ejecutada.)

—

.........—Atended
Una cosa que decia
Un hombre que conocia
Los olvidos de Madrid
En pretensiones cansadas

De tantos como allí viven:
Que en las puertas donde escriben
«Esta es casa de posadas,»
Para ejemplo de las gentes
Dijera un grande renglon:
«Estas sepulturas son
De ignorantes pretendientes.» (1)

(¿De cuándo acá nos vino?)

—

Siempre fuí de parecer
Que naturaleza agravia
A la mujer que hace sábia,
Pues deja de ser mujer;
Porque, en llegando á saber,
La natural vanidad
Le pone en tal dignidad,
Que quiere quitar al hombre,
Con la grandeza del nombre,
La imperiosa majestad.

(La Mayor victoria.)

—

(1) Del afan de acudir á la corte con pretension de empleos, dan testimonio muchísimos pasajes del antiguo teatro, lo que prueba que el mal de la *empleomanía* no es solo achaque de nuestros tiempos.

No hay cosa más por el suelo
Que el honor, cuando se ciegan,
Y en no queriendo, le ponen
Encima de las estrellas.

(La Mayor victoria.)

—

—Mil cosas, señor. están
Escondidas, que saldrán
Descubiertas algun dia.
El vivir de engaños llenos
Los reyes, causa tambien
Que todo lo que no ven
Lo ven con ojos agenos.
De aquí nace no poder
Remediar lo porvenir
Porque ven por el oir
Oyendo lo que han de ver. (1)

(Porfiando vence amor.)

—

Sabe que amigos fingidos
Son para tiempos alegres:

(1) Pensamiento de profundísima intencion y cuyo estudio conviene á la salud de los monarcas, que tienen ministros y consejeros responsables tanto como á la de aquellos otros que en el cetro encerraban, para sí, el gobierno de los Estados.

Quien acompaña los tristes
De verdadero se precie.

(Porfiando vence amor.)

—

¿Sabes cómo es la fortuna?
Como un baile de comedia:
Ella toca, y bailan todos.
Ya están aquestos aquí,
Y ya los otros allí,
Mudándose de mil modos.
Donde aquél tiene la cara,
Este las espaldas tiene;
Uno pasa y otro viene,
Y hasta el fin ninguno pára.
Nadie tiene lugar cierto
Donde le piensa tener,
Porque todo viene á ser
Desconcertado concierto.
Aquí dos bailando están,
Y cuando suelen volver
El rostro, ya la mujer
Baila con otro galan.
El que en este sitio estaba,
Ya no está, que siempre ví
Andar de aquí para allí

Hasta que el baile se acaba. (1)

(Porfiando vence amor.)

—

Con unos ojos dormidos
Nació una hermosa mujer,
Señor, en nuestra Lisboa;
Y viéndola celebrada
Las mujeres, fué envidiada
Su fama, que áun hoy se loa.
Y por pensar agradar
Han dado en traer fingidos
Esto de ojuelos dormidos.....
Digo, á medio despertar.
Unas se fingen bisojas,
Otras bizcas, otras tuertas,
Otras templan las compuertas
Como que les dan congojas
Otras no ven á tomar
Lo que les dan..... Pero miento,
Porque, á tomar, áun á tiento,
Cualquiera sabe acertar.
Otras con ojos saltados
Son carneros mortecinos.....

(1) Ingeniosa cuanto sencilla manera de pintar las volubilidades de la fortuna, para que nadie se engria cuando le toque la primera figura en las mudanzas del perpétuo baile de la vida.

En fin, por vários caminos
Todas traen ojos plegados.
(La Discreta venganza.)

—

—¡Mal haya quien tiene amor
Con una mujer no más!
—¿Pues con cuántas ha de sér?
—Por lo ménos ha de haber
Dos ó tres.
—¡Gracioso estás!
—Quien tiene un coche, ¿no vés
Que aunque, por ley que lo manda,
Con sus dos caballos anda,
Es fuerza que tenga tres,
Porque si se manca alguno
Pueda servir el que queda,
Para que no le suceda
Faltarle en tiempo ninguno?
(La Discreta venganza.)

—

.......¡Ay de aquel que viene
A ménos de lo que fué!
Que no hay quien dél se le dé
Más de lo que entonces tiene.
Téngase todo cristiano

En no caer de lo que es,
Porque no ha de haber despues
Quien llegue á darle la mano.
Quien pierde un alto lugar
Mejor le fuera morir,
Pues vive para sentir
Que todos se han de vengar.
Pues de las moralidades
Viniendo á cosas menores,
¿Dónde hay ejemplos mayores
Que en amores y amistades?
En no habiendo, como digo,
Qué dar al que lo gastó,
Ni la dama le escuchó
Ni le vió más el marido.

(La Discreta venganza.)

—

Personas la corte cria
Que ya que no dan dinero.
No quieren dar del sombrero
Dos dedos de cortesía.
Y los que son de estas trazas.
Y de nadie bienhechores,
Señores son, mas señores
Ingertos en calabazas.

(La Discreta venganza.)

Hay hombre que por su gusto,
En materia de mujer,
A su padre sabrá hacer
Cualquiera engaño y disgusto.
Si saber por dicha quieres
Quién es tu amigo y su intento,
Pruébale con mucho tiento
En dineros y en mujeres.

(La Buena guarda.)

—

Doncellas suelen decir
A muchas, sin advertir
Que se han de diferenciar;
Que hay doncellas de casar,
Y doncellas de servir.

(El Anzuelo de Fenisa.)

—

Una vez dicen que Amor
Quiso coger un panal,
Y una abeja, al mismo igual,
Le dió notable dolor.
Quejóse á su madre bella,
Y ella entonces le replica:
—«Tambien tú eres cosa chica
Y das tal dolor con ella.»

(El Testimonio vengado.)

—No la púrpura de Tiro,
Señora, yo os podré dar.
Ni el coral tierno del mar,
La seda y tela de Espiro;
No de la India el tesoro,
Perlas y aljófar del Sur;
Que nuestra tosca segur
No caba minas de oro.
No el traje de Asia bizarro,
Ni las sabeas aromas,
Donde las blancas palomas
De Vénus tiran el carro;
No el cristal único y raro,
No el jaspe bello y gentil
Del elefante el marfil,
Ni los mármoles de Paro.
Sino la fruta silvestre
Y la que yo he cultivado,
Luego que el verde granado
Sus rosas de nácar muestre;
La almendra tierna, la pera
Roja y verde, la manzana
Cubierta de gualda y grana
Y la cermeña primera;
El níspero que madura,
Y conservada la serba,
La verde ciruela acerba,

La nuez presa en cárcel dura:
La miel sabrosa, la piña,
La fresa que se deshace,
La guinda negra, que nace
En el linde de la viña:
De morales avarientos
El fruto negro y opimo,
De las uvas el racimo.
Pendiente de los sarmientos:
Verde cohombro y melon
Con las pálidas lechugas:
Las toronjas con verrugas.
Y como cera el limon;
El pajarillo cogido
Con la liga en el barbecho,
La calandria en el estrecho
Y el ruiseñor en el nido:
El cabritillo criado
Debajo del cesto á leche,
Y al fin cuanto rinda y peche
El monte, el prado, el ganado:
Y entre estas cosas, me fundo
En que os daré un alma á vos,
Que, por parecerse á Dios,
Vale más que todo el mundo. (1)

(El Testimonio vengado.)

(1) Aunque solo fuera por la belleza imponderable de la

—Pues vivas más que un solar
De hijo-dalgo en la montaña,
Y más que tela de araña
En techumbre de pajar;
Más que corchos de colmenas
Que ni agua ni viento pasa.
Más que escritura de casa
Que vá cobrando veintenas.
Tu barba, cual nieve en ampo,
Dure más que en muro hiedra,
Y más que mojon de piedra
En jurisdicion del campo.
Vivas fuerte cada dia
Más que peñasco en el mar,
Más que pila de lavar
En corral de caseria:
Y porque veas que precio
Tu vida, extiendo el compás:
¡Plegue á Dios que dures más
Que una visita de un necio!

(El Cuerdo en su casa.)

—

..................Hé aquí
Los géneros que hay de tontos:

redondilla final, mereceria ser incluido en esta coleccion un parlamento tan rico de galas descriptivas.

Hay tontos, como naciones,
Españoles, y franceses,
Italianos, ingleses,
Alemanes, borgoñones.
Hay mil tontos marquesotes
Con cuidados de mujer,
Que nacieron para ser
Mártires de sus bigotes:
Mil que á bestias los condeno,
Porque ellas á dormir van
Sin freno, y ellos están
Toda la noche con freno.
Hay tontos apasionados
De suerte de sus amigos,
Que les dan mil enemigos,
Odiosamente alabados.
Hay tontos de gravedad,
Que pára en descortesía
Toda su sabiduría:
Que es muy gentil necedad.
Hay tontos de confianza,
Imposibles de vencer;
Que solo su parecer
Llevan á punta de lanza.
Hay tontos de puro buenos,
Que, con sencilla intencion,
Para sus amigos son

Arsénicos y venenos.
Hay tontos de andar podridos
de las cosas que suceden,
Que remediallas no pueden,
Y les quitan los sentidos.
Hay tontos de saber nuevas
De lo que en el mundo pasa,
Y no saben si en su casa
Nacen repollos ó brevas.
Hay tontos de no querer
Que nadie en el mundo sepa,
Sino que dentro les quepa
Cuanto puede el cielo hacer.
Hay tontos que, en viendo ageno
Escrito de habilidad,
Aunque á toda esta ciudad
Agrade, por ser tan bueno,
Dicen:—Yo tengo de hacer
Una cosa nunca oida:
Sin mirar que á la nacida
No iguala la por nacer.
Y cuando esté comenzada
Esta su historia ó conseja,
Es como preñado en vieja,
Gran barriga y todo nada.
Mas, porque el discurso pasa,
Por el mayor se condena

El que gobierna la agena
Y se descuida en su casa.
(El Cuerdo en su casa.)

—

Si en la humana autoridad
Alguna ley se establece
Que á las de Dios se parece,
Es la ley de la amistad.
El que ofende su verdad,
Las leyes del cielo ofende,
De donde claro se entiende
Que no disculpa el amor
Los preceptos del honor,
Que la ley de Dios defiende.
(De Cosario á Cosario.)

—

El peligro en las mujeres
No está en quien las mira léjos,
Porque á quien se aleja más
Sabes que le quieren ménos;
Por eso luego se olvidan
De los ausentes y muertos.
Pero si un hombre se acerca,
Guárdese el más casto pecho;
Que no quemaron á Troya

Desde las naves los griegos.
Caballo preñado de hombres
Puso á las murallas fuego;
Que ménos puede un gigante
Fuera, que un enano dentro.

(La Vengadora de las mujeres.)

—

Cuando el amigo fiel
Al amigo muestra enfado,
Es señal que está cansado
Y quiere apartarse dél.
Cuando el jüez mira al reo
Con tristes ojos y cara,
Es señal que le declara
De la sentencia el deseo.
Cuando aquel á quien se debe,
Al deudor deja de hallar,
Es que ya quiere cobrar
Y que viene el plazo en breve.
Y así, cuando la mujer
No muestra gusto al marido,
O ya le tiene perdido,
O ya le quiere perder.

(El Piadoso veneciano.)

—

Todo es lisonja y engaño,
Todo es locura y soberbia!
A Dios le llaman de vos,
Al hombre llaman de alteza;
Cortesana, á la mujer
Que está sin honra y vergüenza:
Mocedades á los vicios,
A los hurtos diligencias,
A la pobreza deshonra,
Y honra al fausto y la riqueza:
Valiente, al que es temerario,
Discrecion á la cautela,
Moreno al negro atezado,
A la envidia competencia,
Al que escribe secretario.
Aunque en las cárceles sea
Donde el secreto mayor
Los pregoneros le cuentan:
Los oficios llaman artes,
Todos los nombres se truecan,
Solo á la muerte no mudan.
Porque iguala cuanto encuentra.

(Las Paces de los Reyes.)

—

¿No habeis visto un buñolero,
En el aceite abrasando

Pedazos de masa echando
Hasta llenarse el caldero?
¿Que unos le salen hinchados,
Otros tuertos y mal hechos,
Ya zurdos y ya derechos,
Ya fritos y ya quemados?
Pues así imagino yo
Un poeta componiendo,
La materia previniendo,
Que es quien la masa le dió.
Vá arrojando verso aprisa
Al caldero del papel,
Confiado en que la miel
Cubrirá la burla y risa,
Mas poniéndolo en el pecho,
Apenas hay quien los tome:
Tanto, que solo los come
El mismo que los ha hecho.

(Fuente Ovejuna.)

—

Dicen que amor y muerte, en tiempo fuerte
De invierno, caminaban: no me espanto
Que caminase amor con quien podia
Templar su ardor: que es en extremo fria.
Dicen que en una venta que pararon,
Durmieron juntos, y que al despedirse,

Los arcos y las flechas se trocaron;
Que la luz comenzaba á descubrirse.
Con esto amor y muerte dispararon:
Los mozos comenzaron á morirse,
Y los viejos despues á enamorarse,
Porque nunca pudieron destrocarse.

(Castelvines y Monteses.)

—

Demás que los casamientos
Las más veces van fundados
En ir todos engañados
En cuentos y en fingimientos.
Verás un dote famoso
Que como sal se deshace,
Si el casamiento se hace:
Verás un marido honroso,
Y despues sin calidad;
Porque no hay mercaduría,
Donde se engaña y se fia,
En que haya más falsedad.

(Servir á señor discreto.)

—

En el cuadro de un jardin
De un gran señor castellano,
Estaba un César romano

De mármol, medalla, al fin.
Mirándole un paje un dia,
Le dijo:—César, albricias,
Si ves el laurel, codicias
De la antigua monarquía;
Que hoy el cielo decretó
Vuelvas á reinar en Roma.—
Mira si placer se toma,
Pues la estátua se rió.
Y estuvo ansi muchos dias.
Hasta que el paje, volviendo,
Le dijo:—¿Qué estás riendo
Con esperanzas tan frias?
Que Octavio es rey, César fiero.—
Y el mármol como le oyó,
Dicen que á poner volvió
La boca como primero.

(El Príncipe perfecto.)

—

—Dijo una vez un letrado
Que era el amor de mujer
Como tabla de barniz.
En cuyo llano matiz
Memorias suelen poner:
Que borrando con saliva
Lo que primero se escribe.

Aquello que despues vive
Hacen que encima se escriba.
Como blanca tabla están
Las almas de las mujeres:
Si hoy el escrito eres,
Mañana te borrarán.
Con solo faltar un dia:
Como es de barniz su amor,
Pondrán *Don Pedro*, señor,
Adonde *Don Juan* decia.

(El Príncipe perfecto.)

—

—Hombre verás que en cuadrilla
Muy armado y fanfarron,
A media noche es leon
Y á cuanto encuentra acuchilla;
Pero cójele apartado,
Y verásle sin consejo
Más humilde que un conejo,
Y más que una liebre helado.

(La Pobreza estimada.)

—

Sabe, señor, que hay mujer,
Que es flamenca en el rendir:
Que el hombre no ha decir

Que con su gusto ha de ser.
Fuérzala: que muchas nacen
Tan duras de los talones,
Que, si no es con encontrones,
Jamás cosa buena hacen.
Hay mujer que no ejecuta
Con palabras ni regalos:
Que es nogal, que á puros palos
Rinde á su dueño la fruta.

(La Pobreza estimada.)

—

Amor, todos se quejan que eres loco:
Pues años tienes ya para ser cuerdo.
Todos se pierden donde yo me pierdo:
Si eres tan viejo, ¿cómo sabes poco?
Viéndote niño, á furia me provoco;
Pues, con haberlo oido, no me acuerdo
Cuánto há que llevas en el hombro izquierdo
Colgado el arco, cuyas flechas toco.
Tras tanta cantidad de desengaños,
Estás como primero, antojadizo,
Tan niño en el llorar y en los engaños.
Mas eres como el cielo movedizo,
Que habiendo dado vueltas seis mil años,
Estás tan mozo como Dios lo hizo.

(La Obediencia laureada.)

El pedir se ha de seguir
Al nacer cualquier mujer,
Porque el llorar al nacer
Es comenzar á pedir.
La primera le pidió
A su esposo que comiese;
Y aunque él su desdicha viese,
Eso que pidió le dió.
Y quiero que consideres
Que la demanda, oracion,
Deuda, firma y peticion,
Porque piden son mujeres.
Pintan la tierra con velos
De mujer sobre la frente,
Porque pide eternamente
Agua y más agua á los cielos.
La prision, la enfermedad,
Que son mujeres entiendo,
Porque siempre están pidiendo
La salud y libertad.
Por el pedir se conforma
La venganza al mismo ser,
Y la materia es mujer
Por pedir siempre la forma.
En este trage verás
A la codicia vestida,
Y siempre mujer la vida

Porque siempre pide más;
Y son tales sus desvelos
En pedir y en perseguir,
Que, en no habiendo que pedir,
Los matan pidiendo celos.
En fin, ó buenas ó malas,
Consumen sin resistencia
Con los celos la paciencia,
Y la bolsa con las galas. (1)

(Virtud, pobreza y mujer.)

—

¿No has visto un pobre que tañe
Su vigüela ó su bigornia,
Que en llegando á alguna puerta
Medio sonecillo toca,
Y si responden, espera,
Pasa el arco á la zampoña.
Y en diciendo «No hay que dalle»,
El muchacho ó la fregona,
Sin tocar otro compás
Deja el son á media copla?

(Virtud, pobreza y mujer.)

—

(1) Solo Quevedo ha dicho *tanto* del *pedir* de las mujeres.

Para desenamorar
Dicen que el mejor remedio
Es casar una persona
Con la que tiene en deseo.
(Virtud, pobreza y mujer.)

—

—En mi tierra un licenciado
Hermosa mujer tenia,
Que á cierto galan queria,
Bien necio y bien confiado.
Púsole una noche al tal
Detrás de ciertas cortinas
De una cama, por vecinas
Alcahuetas de su mal,
Y díjole:—Si por mí
O por vos se hace rüido,
Y despierto mi marido
Dijere:—«¿Quién esta ahí?»
Con los guantes haced son,
Porque piense que es el galgo.—
A media noche el hidalgo
Habló recio en ocasion,
Y diciendo el licenciado:
—¿Quién es el que hace rumor?—
Le dijo:—El galgo, señor,
Que está aquí detrás echado.
(Pobreza no es vileza.)

—Un loco en Toledo habia
Que tu condicion tenia,
Unico en hacer virotes.
Todo el dia los labraba
Dentro de aquella prision,
Y hasta dalles perfeccion
Los miraba y remiraba.
Deseaban mil criados
De señores, que les diese
Alguno; y como él le viese
Perfecto por los dos lados,
Poníale en las rodillas
Cuando alargaban los brazos,
Y haciéndole dos pedazos,
Arrojaba las astillas.
Así tú con manos necias,
En teniendo en perfeccion
Un novio, sin discrecion
Le rompes y le desprecias.

(Los Ramilletes de Madrid.)

—

Mujeres, que á casar tan facilmente
Dais el oido, sin mirar el daño
Que os puede resultar de un hombre extraño,
¿Cómo podeis casar por accidente?
Si vuestra libertad eternamente

En dos letras de un *sí* cierra el engaño,
¿Por qué con tanto ejemplo y desengaño,
Su mal ninguna en el ageno siente?
Bien sé que dicen que es mortal disgusto
Casar por amorosas fantasías,
Y que el concierto es más seguro y justo.
Digan lo que quisieren sus porfías:
Que la mujer que casa con su gusto,
Por lo ménos le tiene algunos dias.

(Los Ramilletes de Madrid.)

—

—Mas una vez en un fresno
Vi un nido de ruiseñores:
Pude llegar á cogerlos,
Y dije:—Criénse agora:
Despues volveré por ellos.
Volví, y al meter la mano,
Agarróme de los dedos
Un lagarto, que me hizo
Ver las estrellas del cielo.

(Mirad á quién alabais.)

—

Estaba una vez la rosa
Soberbia de su hermosura,
Ya teñida en sangre pura.

Ya en nácar, ya en mezcla hermosa.
Ya de la verde camisa
Salian blancas y rojas,
Apretándose las hojas
A ver del alba la risa.
Y apercibiendo el boton
Con las dilatadas puntas,
Las guardaba todas juntas
En avarienta prision.
Miró al clavel y azucena,
Y dijo:—¡Qué hermosa estoy!
Obra de Júpiter soy.
Vosotros de mano agena!—
Oyendo el Dios su locura,
Tantas espinas la dió
Por castigo, que templó
Su loca y vana hermosura.

(Mirad á quién alabais.)

—

Todas las mujeres son
Tan fáciles de creer,
Que al crédito fabuloso
Pintó un poeta famoso
En figura de mujer.

(La Inocente Laura.

—

Al emperador Tiberio
Pareces, si no hay misterio
En dividir á los dos.
Hizo matar su mujer,
Y, habiéndose ejecutado,
Mandó, á la mesa sentado,
Llamarla para comer.

(La Moza de cántaro.)

—

Eres como el vizcaino
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comia,
Regalándole las crines,
Un Galeno de rocines
Trujo á ver lo que tenia:
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaino echó;
Quitóle, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno
Apenas un grano habia,
Porque con gentil despacho,
Despues de la paja, el macho
Hasta el pesebre comia.
—Albeitar, juras á Dios,
Dijo, es mejor que dotora,
Y yo y macho desde ahora

Queremos curar con vos.
(El Castigo sin venganza)

—

¿Coche no quieres, señora?
Eres la mujer primera
Desde la primer mujer,
Y aún pienso que anduvo Eva,
Pues Adan fué labrador.
Dentro de alguna carreta.
El primer coche del mundo
Fué el trillo, para que sepas
Que de andar encima del
Le añadieron las dos ruedas.
¿Qué dama en Nápoles hay,
Por poco valor que tenga,
Que no ande en coche, que es causa
De haber tantas diferencias?
Hay cajas enjugadores,
Que solamente les quedan
Los arcos por notomias;
Y yo tengo aquí una deuda
Que un invierno se sirvió
De un coche en la chimenea,
Que rendido se dió fuego
Como soldadesca inglesa.
Hay coches de tal hechura.

Que cierta moza gallega
Un dia por los estribos
Vació una espuerta de tierra.
Hay coches que tiran dragos,
Y hay coches con tales bestias,
Que parece que el cochero
Vá pidiendo para ellas.

(La Llave de la honra.)

—

Séneca que fué solo
En el aplauso gentil,
Dijo que naturaleza
Fué sábia en quitar poder
Y fuerzas á la mujer,
Porque, á tener fortaleza,
No se pudiera vivir.

(Santiago el Verde.)

—

—Flora, y flor de nuesa aldea,
Tú, por quien Abril se rie,
Por más que le desafie
El mes que el agua desea;
Flora, más bella que natas
Y que guindas y pernil,
Que truchas con perejil,

Y en vino asadas patatas;
Yo, Bato, en este relato,
Sin hache te pido un sí,
Porque si respondes *chi*,
Harás á Bato, *chibato*.
—Bato de mi corazon,
Mas hermoso que un ternero,
Y más sabroso que un cuero
De un muy lucido lechon,
(Quiero decir, más pelado);
Bato, más dulce que frito
El rebozado cabrito
Y el empanado venado....
—No pases, Flora, adelante
(¡Pesar de quien me vistió!:)
Que bien te avisaba yo
Como temeroso amante.
¿No habia comparaciones
De animales infinitos,
Que en terneros y en cabritos,
Y entre venados me pones?
Y es lo bueno que te vino
A la memoria un lechon,
Para empanar la traicion
Con su poco de tocino.
Si así me has de comparar,
Mejor es que no me case.
(El Hijo de los leones.)

—¿Qué tiempo habrá, Bato amigo.
La boda?
—Si te lo digo.
Sentirás lo que yo siento.
—Dilo pues.
—A cuatro meses
Y medio que se casó,
Flora este niño parió:
Que era al coger de las mieses.
—Pues bien. ¿habia de estar.
Como elefanta, preñada
Treinta meses? Mas ¡no nada!
—Luego ¿no hay que sospechar?
—Aunque el cura se trasnoche
En su filocomosía,
Son cuatro y medio de dia
Y cuatro y medio de noche.
Los nueve meses cabales.
—No habia caido en ello.

(El Hijo de los leones.)

—

Cierta mujer allá en Roma
Era toda aborrecida
De su marido, aunque hermosa.
Determinóse á matarle.
Y viendo junto á unas pozas

Tan feo y negro un cochino,
Dijo:—«Este tiene ponzoña.—
Matóle y echóle en sal
Para que no se corrompa,
Y dióselo cada dia.
Pues estaba tan gustosa
La olla con el tocino,
Que el hombre dejó las otras,
Y dió en amar su mujer,
Dándola galas y joyas.
Dijo el secreto á una amiga,
Y de una lo saben todas;
Y ansí por verse queridas,
La que más puede, más compra,
La que más compra, más echa,
La que más echa, más goza.

(El Hijo de los leones.)

—

Tengo un vecino, señor,
Que es atambor de tu guarda,
Y en hablando su mujer,
Toca á rebato la caja.
Pero, como viese un dia
Que la caja no bastaba,
Hizola con los palotes
Caja, y calló tres semanas.

(El Guante de doña Blanca.)

CALDERON

Cuentan de un sábio, que un dia (1)
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Más pobre y triste que yo?
Y, cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sábio cogiendo
Las hojas que él arrojó.

(La Vida es sueño.)

—

Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,

(1) Aunque tan conocidos, no es posible prescindir de encabezar las *galas del ingenio* de Calderon con estos pasajes de la obra que más alta han puesto sobre su cabeza los modernos famosos críticos de la sábia Alemania.

Disponiendo y gobernando,
Y este aplauso que recibe
Prestado, en el viento escribe.
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡desdicha fuerte!)
¿Que hay quién intente reinar
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza.
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende.
Y en el mundo, en conclusion.
Todos sueñan lo que son
Aunque ninguno lo entiende.

(La Vida es sueño.)

—

El traidor no es menester
Siendo la traicion pasada.

(La Vida es sueño).

—

La fortuna no se vence

Con injusticia y venganza,
Porque antes se incita más;
Y asi, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza.
(La Vida es sueño.)

—

Pobre y miserable un dia
Llegó á los piés de Alejandro
El doctísimo Tebandro,
Celebrado en la poesía;
Y queriendo con alguna
Merced el César ufano
Hacer paces (aunque en vano)
Entre el ingenio y fortuna,
Le dió tan preciosós dones,
Que desvanecer pudieran
A la ambicion, cuando fueran
Los átomos ambiciones.
Suspenso el sábio quedó
Sin responder, temeroso
A la merced, y dudoso
Alejandro preguntó:
—¿Cómo el bien dar al olvido
Y á la memoria el agravio?
¿Tú, cómo puedes ser sábio,

Siendo desagradecido!
A quien Tebandro miró,
Diciendo:—Si el gusto está
En la mano del que dá
Y del que recibe no,
Yo no debo agradecerte
El bien que me haces aquí;
Tú has de agradecerme á mí
El darte yo de esta suerte
Ocasion en que mostró
Tu pecho grandeza tal,
Pues no fueras liberal,
Si no fuera pobre yo.

(Saber del mal y del bien.)

—

En los extremos del hando,
No hay hombre tan desdichado
Que no tenga un envidioso,
Ni hay hombre tan venturoso
Que no tenga un envidiado

(Saber del mal y del bien.)

—

Un hombre, que se criaba
Con veneno, adolecía
De un grave el dia
Que el veneno le faltaba

(Saber del mal y del bien.)

—¡Es grande cosa el comer!
Escucha lo que pasó
A un hombre que se casó.
El padre de su mujer
Se obligaba á sustentarle,
Y leyendo el escribano:
«Item, el señor fulano
Se obligá desde hoy á darle
Tanto tiempo de comer.»
Dijo el triste desposado:
—¿No dice más? Pues errado
Viene, y echado á perder:
Porque se ha de declarar
Lo que yo he de recibir,
Que ahí, señor, ha de decir:
«De comer y de cenar.»
Y respondiéndole:—En esto
Se entiende.» dijo:—No hay tal:
Porque hay suegro literal
Que no entiende más del testo
Sin la glosa; y por quitar
Pleitos que pueden venir,
«De cenar» ha de decir,
O no me quiero casar.

(Saber del mal y del bien.)

—

Cuando amor con arco y flecha

Los corazones heria,
Espacio el alma tenia
Para morir satisfecha
De un blando dolor; despues
Que pólvora se inventó
Y armas de fuego tomó
Hace el efecto que vés.
Y así en un punto amor ciego
Vence ya; porque no es bien
Que mate despacio, quien
Mata con armas de fuego.

(Lances de amor y fortuna.)

—

—Por poco nos sucediera
Hoy lo que le sucedió
A un poeta con su ama.
Como dicen que se inflama
De un espíritu su pecho,
De cuyo ardor satisfecho,
Es el corazon la llama;
Él enfurecido estaba,
Y tanto se divertia
Del afecto que llevaba,
Que todo cuanto escribia,
A voces representaba.
Llegó al paso de un leon,

A aquella misma ocasion
Que con la comida entraba
El ama: y como él estaba
Llevado de su pasion;
—¡Guarda el leon!—con voz fiera
Dijo,—y el ama ligera,
Que ya tomó sus cosquillas,
Con pucheros y escudillas
Rodó toda la escalera,
Diciendo:—¡Ay Vírgen sagrada,
Librad á Mari-Guisada
De sus uñas importunas!
Quedando el amo en ayunas.
Y la sucia ama rodada.

(Lances de amor y fortuna.)

—

Mejor remedio seria
Hacer el que aprovechó
A un coche, que se atascó
En la córte esotro dia.
Este coche, Dios delante.
Que, arrastrado de dos potros.
Parecia entre los otros
Pobre coche vergonzante,
Y por maldicion muy cierta
De sus padres (¡hado esquivo!)

Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta:
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cochero,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliesen procuraban:
Por recio que lo mandaban,
Mi coche, quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron
Un harnero de cebada.
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron,
Que corrieron y arrancaron.

. . . .

(La devocion de la Cruz.)

—

¡Bartolo no se casó
Con Catalina, y parió
A seis meses no cabales!
Y andaba con gran placer
Diciendo:—¡Si tú lo vieses!

Lo que otra hace en nueve meses,
Hace en cinco mi mujer.

(La devocion de la Cruz.)

—

De esos hipérboles, llenos
De crepúsculos y albores.
El mundo cansado está: (1)
¿No los dejaremos ya
Siquiera por hoy, señores?
¡Que nunca me pase á mí
Esto de una mujer ver
Que sea más que mujer!
En cierta ocasion me vi
En casa de una señora,
De quien decian que era
El alba su pordiosera.
Y su mendiga la aurora.
A oscuras quedé algun rato.
Y su luz no me alumbró.
Hasta que en la cuadra entró
Un candil de garabato.
Mirad, ¡qué sol tan civil
El que, arrastrando despojos,

(1) No estaria tan cansado cuando de tanto placer le servian al público que aplaudia con entusiasmo los más rebuscados conceptos de los galanes de Calderon y áun de poetas muy posteriores.

No puede hacer que sús ojos
Alumbren lo que un candil! (1)

(¿Cuál es mayor perfeccion?)

—

Discreto amigo es un libro:
¡Qué á propósito que habla
Siempre en lo que quiero yo!
¡Y qué á propósito calla
Siempre en lo que yo no quiero.
Sin que puntoso me haga
Cargo de por qué le elijo,
O por qué le dejo! Blanda
Su condicion, tanto que
Se deja buscar si agrada,
Y con el mismo semblante
Se deja dejar, si cansa.

(¿Cuál es mayor perfeccion?)

—

Llevando un dia un villano
Una soga y una estaca,

(1) La crítica es aguda y graciosa, y seguramente la servian en el teatro, como otras en que abundan las obras de los ingenios de aquella época. Pero ninguna fué parte á desengrasar el gusto público de condimentos del *culteranismo*, de que abusan los mismos poetas que más lo ridiculizaban.

Una cabra, una cebolla,
Una polla y una olla,
Halló una grande bellaca.
Llamóle, y díjole:—Gil,
Ven acá, parlemos hoy
En este campo.—Si voy
Cargado de alhajas mil,
(Dijo él) ¿cómo podré,
Sin que se me pierdan todas?—
Dijo ella:—Mal te acomodas;
Que eres nécio bien se vé.
¿Qué llevas?—Tú lo verás,
Una cebolla, una olla,
Cabra, soga, estaca y polla.
—¿Eso es mucho? ¿Pues hay más
(Dijo) de hincar en el suelo
La estaca, y cuando lo esté,
Atar la cabra de un pié
Con la soga, y en un vuelo,
Para asegurarlo más,
Meter la polla en la olla,
Taparla con la cebolla
La boca, y así estarás
Seguro de que se abra,
Y tendrás, si eso te ahoga,
Seguras estaca y soga,
Polla, olla, cebolla y cabra?—

Como quiera una mujer,
No hay inconveniente humano:
Lo imposible ha de hacer llano.
Cuando en su gusto ha de ser.

(Peor está que estaba.)

—

Pues explíqueme mejor
Otro ejemplo: nace ciego
Un hombre, y discurre luego
Cómo será el resplandor
Del sol, planeta mayor,
Que rumbos de zafir gira:
Y cuando por fé la admira.
Cubre en una noche bella
La vista; y es una estrella
La primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
De la estrella, dice:—«Sí.
Este es el sol; que yo así
Tengo imaginado el sol;»
Pero cuando su arrebol
Tanta admiracion le ofrece.
Sale el sol y le oscurece.
Pregunto yo:—¿Ofenderá
Una estrella, que se vá.
A todo un sol que amanece?

Yo así que ciego vivia
De amor, cuando no te amaba,
Como ciego imaginaba,
Cómo aquel amor seria.
Adoraba lo que via,
Presumiendo que era así
El amor; más ¡ay de mí!
Que no ví al sol, ví una estrella,
Y entretúveme con ella,
Hasta que el sol mismo ví. (1)
(Casa con dos puertas mala es de guardar.)

Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingénios más grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pié, y Juanelo
Con solo llegar y darle
Un golpecito, le tuvo.
Las grandes dificultades,
Hasta saberse lo son;
Que, sabido, todo es fácil.
(La dama duende.)

—

Porque al mismo Lucifer,

(1) Esta es una de las obras en que más se dejó arrastrar Calderon por las corrientes del culteranismo, zaherido con tanta gracia en su ya citado cuento *del candil.*

Temerle muy poco puedo
En hábito de mujer.
Alguna vez lo intentó,
Y para el ardid que fragua,
Cota y nagua se vistió;
Que esto de cotilla y nagua
El demonio lo inventó.
En forma de una doncella
Aseada, rica y bella
A un pastor se apareció:
Y él, así como la vió,
Se encendió en amores della.
Gozó á la diabla, y despues
Con su forma horrible y fea
Le dijo á voces:—¿No ves,
Mísero de tí, cuál sea,
Desde el copete á los piés,
La hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido
Agresor de tal pecado.»
Y él, ménos arrepentido
Que antes de haberla gozado,
Le dijo:—Si pretendiste,
¡Oh sombra fingida y vana!
Que desesperase un triste,
Vente por acá mañana
En la forma que trajiste:

Verasme amante y cortés,
No ménos que antes, despues;
Y aguárdate, en testimonio
De que áun horrible no es
En traje de hembra, un demonio.

(La dama duende.)

—

—Guardaba un gigante
De una viña cada uva
Tan grande como una cuba.
Contra aquel mónstruo arrogante
Quisieron que fuera yo
A traerlas cierto dia,
Que hambre la gente tenia,
El gigante me sintió,
Y yo, usando del consejo
Más que de la valentia,
Una uva dejé vacía,
Y vestíme del pellejo.
Él, oliendo carne humana,
Entre las cepas llegó,
Y ¿qué hizo? El diablo le dió,
Entonces de comer gana,
Y aquel mismo grano quita
De la cepa, y de un bocado
Me zampa, medio mascado:

Pensando que era pepita,
Me arrojó tanto, que fui
Volando, si es que volaba,
Al ejército que estaba
Quinientas leguas de allí. (1)

(La gran Cenobia.)

—

El que quisiese tener
Nombre en el mundo famoso,
Alábese; que es forzoso
Para darse á conocer. (2)

(La puente de Mantible.)

—

Cuando sueña un desdichado
Que es dueño de algun tesoro,
Ni dudo, Zara, ni ignoro
Que entonces es bien soñado.
Más si á soñar ha llegado
En fortuna tan incierta,
Que desdichas le concierta.

(1) Como se vé, el exagerado cuanto gracioso andaluz Manolito Gazquez existía ya en el teatro español muchísimo antes de que tomara cuerpo, vida y asiento en nuestra escena.

(2) Consejo que siguen hoy muchos que no le conocen ni leyeron á Calderon.

Ya aquello sus ojos ven,
Pues, soñando el mal y el bien,
Halla el mal cuando despierta.

(El Príncipe constante.)

—

—¿En qué veis que es linda tierra?
—En que ha hablado una mujer
Cuatro palabras enteras
Sin pedir algo; que allá
En la mia no se enseña
A hablar ya, sino á pedir.
Cualquiera que á decir llega:
Beso á vuesarced las manos,
Para aloja es la respuesta;
Si *¿cómo está vuesarced?*
Dicen: *para la comedia*;
Buenos dias,—para guantes;
Pues ¿qué hay?—para una merienda;
Que áun el ser cortés un hombre
Ya le ha de costar su hacienda. (1)

(Los tres mayores prodigios.)

(1) «Y ellas *piden ó despiden*», decia Quevedo, que tambien dijo:

«A mí sólo un dar me garada,
que es el dar.... en no dar nada.»

Grande y arraigado debia ser el vicio *de pedir* en las mujeres, cuando tantos y tantos escritores de aquel tiempo le satirizan.

Yo me acuerdo cuando era
Agravio el decirle á un hombre
Fullero, porque era nombre
Que escucharse no debiera
Sin mentis: pero despues
Que á ser llegó habilidad.
Agravio es con más verdad
Decirle que no lo és. (1)

(El galan fantasma.)

—

¿Quién de ponderarlo deja,
Que con ser cosa la vida
Más estimada y querida,
Enfada en llegando á vieja?
Negra vejez, ¡oh! ¡qué bien
Te llaman negra en rigor,
Pues nunca tomas color,
Por más tinta que te dén!

(Judas Macabeo.)

—

¡Oh, lo que fuera de ver

(1) Pensamiento agudísimo que parece escrito para estos dias felices, en que tan medrados y considerados andan los jugadores *de ventaja*, que casi es afrenta el *jugar limpio*, por la escasez de honra y dinero que produce.

Un reino sin vieja alguna!
Y si quieres ver, Zarés,
Si el ser vieja es cosa fea,
No hay mujer que, aunque lo sea,
Te confiese que lo es.
¡Que las canas, que honor dan,
Se tiña una loca vieja,
Y no tiña una bermeja
sus hilachas de azafran!
¡Que la doncella, que en ella
Se enseña el signo á fingir,
Mienta, y se atreva á decir
Sin vergüenza: «¡soy doncella!»
Y á quien la edad la aconseja
Y dá en tiempo desengaños,
Al cabo de tantos años
Nunca ha dicho:—«yo soy vieja.»

(Judas Macabeo.)

—

—Floro, casa muy desierta
La tuya debe de ser,
Porque eso nos dá á entender
La cédula de la puerta:
Donde no hay carta, ¿hay cubierta?
¡Cáscara sin fruta? No.
No pierdas tiempo: que yo,

Esperando los provechos.
He visto labrar barbechos.
Más barbi-deshechos no.

(El Médico de su honra.)

—

—Estela es coja y mulata,
Aunque tan branca la ves;
Zurda y tuerta, porque es
El ojo izquierdo de plata;
Seis dedos en una mano
Tiene, y, con tormento eterno,
Sabañones en invierno,
Y suda mucho en verano.
Una sarna la acompaña
Tanto, que nunca la deja;
Y aunque aquesta es tacha vieja
Tiene una pata tamaña.
Los dientes, aunque esto pasa,
Señor, como cosa poca,
Son vecinos de su boca.
Que se mudan á otra casa.
Estar trópica no es nada,
Teniendo tan gran barriga;
Que no hay nadie que no diga:
«Doña Estela está preñada.» (1)

(1) Cuando la tirania inquisitorial pesaba tanto en las

Levantada una costilla
Hácia la mano derecha
Ha, que poco le aprovecha
El ponerse una almohadilla.
Con que llevará una cruz:
Pues queda sin cabellera,
Que padece la mollera
El huevo de un avestruz;
Y cuando por su trabajo
El moño se está poniendo,
Pienso que le está diciendo
El cabello que hay debajo:
«Tú que me miras á mí
Mártir de rizado aseo,
No te caigas, tente en tí;
Que cual tú te vés me ví,
Veraste como me veo.»

(Amor, honor y poder)

—

De una dama era galan
Un vidriero, que vivia
En Tremecen, y tenia
Un grande amigo en Tetuan.

conciencias, no era parte á influir en el mayor decoro de forma en la escena ni en el libro El gusto público por la licencia, arrastró algunas veces al mismo Calderon, más culto que sus antecesores.

Pidióle un dia la dama
Que á su amigo le escribiera
Que una mona remitiera,
Y como siempre quien ama
Se desvela en conseguir
Lo que su dama le ordena,
Por escoger una buena,
Tres ó cuatro envió á pedir.
Él tres ó cuatro escribió
En guarismo el majadero:
Y como es allí la *o* cero,
El de Tetuan leyó:
«Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me enviad
Trescientas y cuatro monas.»
Hallóse afligido el tal;
Pero mucho más se halló
El vidriero cuando vió
Contra su frágil caudal,
Dentro de muy pocos dias,
Apearse con estruendo
Trescientas monas haciendo
Trescientas mil monerías.

(El Secreto á voces.)

—

Con una dama tenia

Un galan conversacion,
Y, gozando la ocasion,
Un piojo entre sí decia:
«Ahora no se rascará;
Bien sin zozobra ni miedo
Comer á mi salvo puedo.»
El galan, cansado ya
Del encarnizado enojo,
A hurto de la tal belleza,
Metió con gran lijereza
Los dedos, é hizo al piojo
Prisionero de aquel saco.
Volvió la dama al instante
Y halló la mano á su amante
A fuer de tomar tabaco;
Y preguntó con severo
Semblante, porque no hubiera
Otro allí que lo entendiera:
«¿Murió ya aquel caballero?»
Y él, muy desembarazado.
La mano así, respondió:
«No señora; aún no murió;
Pero está muy apretado.»

(El Secreto á voces.)

—

Hay cerca de Ratisbona

Dos lugares de gran fama,
Que el uno *Ágere* se llama
Y el otro *Macarandona.*
Un solo cura servia,
Humilde siervo de Dios,
A los dos, y así, á los dos
Misas las fiestas decia.
Un vecino del lugar
De *Macarandona* fué
A *Ágere*, y oyendo que
El cura empezó á cantar
El prefacio, reparó
En que á voces aquel dia
Gratias agere decia,
Y á *Macarandona* no.
Con lo cual muy enojado
Dijo:—«El cura gracias dá
A Ágere, como si acá
No le hubiéramos pagado
Sus diezmos.» Cuando escucharon
Tan bien sentidas razones
Los nobles macarandones,
Los bodigos le sisaron.
Viéndose desbodigar,
Al sacristan preguntó
La causa. Él se la contó,
Y él dió desde allí en cantar,

Siempre que el prefacio entona.
Porque la ofrenda se aplique:
«*Tibi semper et ubique*
Gratias á Macarandona.»

(El Secreto á voces.)

—

Dijo un doctor yendo á caza.
Que viniendo uno á decirle,
«Allí está una liebre echada
En su cama, déme uced
Su arcabuz para tirarla,
Primero que se levante;»
Le respondió en voces altas:
«Que se levante no tema,
Porque estando ella en la cama
Y siendo yo quien vá á verla.
¿Qué vá que no se levanta?»

(El Secreto á voces.)

—

Escribieron un papel
A Alejandro, que decia
Que un médico, de quien él
Se fiaba, pretendia
Darle un veneno cruel.
Cuando el médico llegó

Con una pócima, así
El César le recibió:
«Mira si fío de tí,
Y lee mientras bebo yo.»

(Argenis y Polîarco.)

—

—Pues aunque el martirologio
Romano á mí me trajeran,
Para que escogiera muerte
A mi propósito, fuera.
Sin agradarme ninguna,
Vanísima diligencia;
Porque no hay tan bien prendida
Muerte, que bien me parezca.

(El Escondido y la tapada.)

—

Suele decirse de aquellos
Que muy poco han estudiado,
Que en Salamanca han entrado.
Mas no Salamanca en ellos.

(Hombre pobre todo es trazas.)

—

Estaba un almendro ufano
De ver que su pompa era
Alba de la primavera

Y mañana del verano;
Y viendo su sombra vana,
Que el viento en penachos mueve,
Hojas de púrpura y nieve,
Aves de carmin y grana,
Tanto se desvaneció,
Que, Narciso de las flores,
Empezó á decirse amores;
Cuando un lirio humilde vió.
A quien vano dijo así:
—Flor, que magestad no quieres.
¡No te desmayas y mueres
De envidia de verme á mí?—
Sopló en esto el austro fiero.
Y desvaneció cruel
Toda la pompa que á él
Lo desvaneció primero.
Vió que caduco y helado
Diluvios de hojas derrama,
Seco tronco, inútil rama,
Yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
Aquel verdor que tenia,
Y contra la tiranía
Del tiempo se conservaba,
Y díjole:—¡Venturoso
Tú, que en un estado estás

Permaneciente, jamás
Envidiado ni envidioso!
Tu vivir sólo es vivir:
No llegues á florecer,
Porque tener que perder
Sólo es tener que sentir.—

(Hombre pobre todo es trazas.)

—

Oid lo que á una caudal
Águila le sucedió.
Ésta, que con muestras graves
Es, sin fatigado aliento,
En los imperios del viento
Reina de todas las aves,
Quiso que la esfera octava
Hija del sol la presuma,
Y, siendo bajel de pluma,
Ondas de fuego surcaba.
Llegó á la region dorada,
Y, con sedientos desmayos,
Anhelando por los rayos
Del sol, medio desmayada
Se volvió á la tierra, y vió
Que ninguna ave podia
Seguir el vuelo que había
Intentado, y dijo:—Yo

Sola penetré la esfera
De diamantes guarnecida:
Que muriendo de atrevida,
No moriré, cuando muera:
Pues cuando, rayo deshecho
Y cometa desasido,
Fénix del sol, baje herido
De rayos de luz mi pecho:
El despeñarme, el morir.
El abrasarme, el caer,
Todos no podrán hacer
Que ahora deje de subir:
Pues á este aliento atrevido
Que hasta el sol pudo llegar,
El caer no ha de quitar
La gloria de haber subido.—

(Hombre pobre todo es trazas.)

—

Desierta la boca y tuerta
Tenia un rico mercader,
Y un sastre acertó á tener
Tuerta la boca y desierta.
Buscando iba bocací
El sastre, y cuando llegó
Al mercader, preguntó:
—¿Tiene usarced *bocasí*?

Él, presumiendo que aquello
Burla era, con gran rigor
Dijo:—*Boca-así*, señor.
Tengo, ¿qué quiere para ello?—
El sastre muy indignado
Creyó que le remedaba,
Y en tuertas voces le daba
Quejas de su desenfado.
En tuertas voces tambien
El mercader se ofendia;
Uno y otro presumia
Que el defecto era desden.
Hasta que gente, que allí
A despartirlos llegó,
Los dos igualmente vió
Que tenian boca-así.

(No hay cosa como el callar.)

—

Una república habia
Que al médico no pagaba,
Señor, hasta que sanaba
El enfermo; y si moria,
Tiempo y cuidado perdia.
Y esta ley tan bien fundada,
A nuestro intento aplicada,
Digo que de amor que muero,

El alcahuete no espere
Tener de derechos nada.

(El Astrólogo fingido.)

—

—La que yo tengo de amar,
Me ha de mentir, engañar,
Y se ha de burlar de mí;
Dar celos cada momento,
Maltratarme, despedirme,
Y en efecto ha de pedirme,
Que es la cosa que más siento;
Porque si al fin es costumbre
En ellas, tengo por justo
Hacer desde luego gusto
Lo que ha de ser pesadumbre.

(A secreto agravio secreta venganza.)

—

Daba un dia un caballero
El parabien á una dama
De que hacia el casamiento
Con un galan que tenia;
Y ella respondió riendo:
—¿De qué me dais parabien?
¿De que un buen amigo pierdo?»

(El acaso y el error.)

—Pues ¿por qué tan mal sufrido
Siempre conmigo heis de ser?
—¿Por qué conmigo lo heis sido
Vos?
—Porque sois mi marido.
—Yo, porque sois mi mujer.
—Pues ¿cómo, antes de casaros,
Todo era resquiebrarme,
Pecilgarme, embelesaros,
Y como un bausan andaros?
—Como era antes de casarme.
¿Cuál dimoño os engañó
Para decir aquel *sí*,
Teniendo lo mismo un *no*?
—Los que se andaban tras mí,
Para que os quijera yo.
Cual me decia de vos
Que érais un ciervo de Dios.
Y que éramos de consuno
Ambos á dos para en uno;
Y aún somos para otros dos.
Cual que érades, me decia,
Muy sabido y pracentero,
Siendo un borrico, á fé mia;
Pero ¿qué casamentero
No engaña así cada dia?
—Y á mí ¿qué no me dirian

De vos? ¡Qué era oirlas habrar
A cuantas á esto venian,
Y las cuentas que me hacian!
«Para poderlo pasar
Vos teneis (decian), Perote,
La racion de jardinero
En palacio, y ella en dote
Trae todo el ajuar entero
Que pudiera un sacerdote.
Vuestro suegro morirá,
Y su hacienda os quedará;
Con esto, y luego de aquí
Un poco y otro de allí,
La gracia de Dios se hará.»
Trage vuestro dote á casa,
Que de una sarten no pasa,
Cuatro platos, una artesa,
Una cama y una mesa.
¡Ved qué hacienda tan escasa!
Con lo cual la racion mia
Vine á partirla con vos:
Y lo que yo cada dia
Solamente me comia,
Comemos entre los dos.
Sin que mi suegro se muera,
Y sin que de aquí ni allí
Nos venga un maravedí.

Pero ¿qué casamentera
No suele engañar así?
—Pues buen remedio, Perote.
—Venga, y sea malo, Gileta.
—Volvedme todo mi dote.
Y darme....
—¿Con un garrote
Vais á decir? Sois discreta.

(La señora y la criada.)

—

Como es cualquiera
Mujer pintura á dos visos,
Que, vista á dos haces, muestra
De una parte una hermosura
Y de otra parte una fiera,
Sin que se sepa en cuál puso
El arte más excelencia:
El más familiar amigo
De nuestra naturaleza
Es, y el enemigo más
Familiar de la fé nuestra.
La media vida del alma
Es tal vez, tal vez la media
Muerte del alma; no hay
Regalo, Heraclio, sin ella:
Y sin ella no hay, Leonida.

Dolor ni ansia; de manera
Que, mirada á entrambas luces,
Hace bien el que la tema,
Y hace bien el que la estime.
Cuerdo es el que se fia della,
Y cuerdo el que desconfía;
Porque, en igual competencia,
Ella dá la vida y mata,
Ella es la paz y la guerra,
La cura y la enfermedad,
La alegría y la tristeza.
La triaca y el veneno.
La quietud y la tormenta:
Y para decirlo todo,
Bien y mal de contigencias.
Que, árbitro del bien y el mal,
Dá el honor y dá la afrenta,
Que es cuanto hay que dar. De suerte.
Que, á imitacion de la lengua,
Loable ó nociva, no hay
Cosa en el mundo que sea
Tan mala como la mala,
Tan buena como la buena.

(En esta vida tood es ver ad y todo mentira.)

—

—¿Cómo enseñaria yo á hablar

A mi hijo?—Un extranjero
Preguntó, porque entrevia
Que era pesado y molesto.
—Enseñadle (respondió
Un cortesano discreto)
A que hable á cada uno
Siempre en su amor, que con eso
Hablará á gusto de todos.

(El Maestro de danzar.) (1)

—

Un ciego en Lóndres habia
Tal, que no determinaba
Los bultos con quien hablaba
En el resplandor del dia:
Y una noche que llovia
(Como una de las pasadas)
A cántaros y á lanzadas,
Por las calles caminando.
Se iba mi ciego alumbrando
Con unas pajas quemadas.
Uno que le conoció,
Dijo:—Si no os alumbrais.

(1) Calderon es uno de los escritores que más han tomado por modelo los poetas extranjeros. Los más bellos pasajes de *El Maestro de Danzar*, están casi copiados por Wycherlley en su *Hidalgo maestro de baile*.

Para qué esa luz llevais?
Y el ciego le respondió:
—Si no veo la luz yo,
La vé el que viene, y así
No encuentra conmigo aquí:
Conque aquesta luz quo ves,
Si no es para ver yo, es
Para que me vean á mí.

(La Cisma de Ingalaterra.)

—

Un filósofo que estaba
En un monte, ó en un valle
(Que no importa á la maraña
Que esté en bajo ó esté en alto).
Vió un soldado que pasaba,
Se puso á parlar con él,
Y al fin de pláticas largas,
Le dijo:—¿Posible ha sido.
Que nunca has visto la cara
De Alejandro, nuestro César,
De aquel cuyas alabanzas
Le coronan de laureles,
Y rey de el orbe le aclaman?
El filósofo le dijo:
—¿No es un hombre? ¿Qué importancia
Tendrá el verle más que á ti?

O sinó (para que salgas
Desa adulacion comun).
Del suelo una flor levanta,
Llévala y dile á Alejandro
Que digo yo que me haga
Sola una flor como ella:
Verás luego que no pasan
Trofeos, aplausos, glorias,
Lauros, triunfos y alabanzas
De lo humano; pues no puede,
Despues de victorias tantas,
Hacer una flor tan fácil,
Que en cualquier campo se halla.

(La Cisma de Ingalaterra.)

—

Pues miente mi mal humor
Como un mal convidador
Que conozco en esta vida,
El cual para una comida
Tres amigos convidó
De falso, y cuando llegó
Del convite el aplazado
Dia, él muy descuidado,
Sin esperarlos, comió.
Entraron cuando ya estaba
Al *ite, comida est*:

Y colérico despues,
A su despensero echaba
La culpa, con que no hallaba
Qué comer: y uno, á quien llama
Segundo Apolo la fama,
Al tal convite movido,
Antes muerto que nacido.
Hizo este breve epigrama:
«Tiene Fábio al parecer
Despensero á su medida,
Que al que convida, se olvida
De traerle que comer.
Si en convidar, Fábio amigo.
Gastas tan poco dinero,
Préstame tu despensero.
Y vente á comer conmigo.»

(Con quien vengo, vengo.)

—

—Viendo, señores. un dia
La madre que me parió
Que era tan salvaje yo,
Que áun el serlo no sabía:
Como el que aprende á fullero.
Que dice: «bueno es saber».
Así la buena mujer.
Me dijo: —Ponerte quiero

De un salvaje al pupilaje:
Porque si en decir y hacer
Al fin salvaje has de ser,
Aprendas á ser salvaje.—

(El Castillo de Lindabridis.)

—

Porque en mi vida la vi
Sino en coche. Por aquesta
Fué por quien se ha presumido
Que le dijo á su marido:
—Con lo que la casa cuesta
De alquiler, echemos coche.—
Y volviéndola á decir:
—¿Pues dónde hemos de vivir
Y estar el dia y la noche?—
Dijo:—Si el coche tuviera,
Sin casa vivir podia,
En el coche todo el dia,
Y de noche en la cochera.—(1)

(Mañanas de Abril y Mayo.)

—

(1) Era tanta y tan general la comezon de andar en coche y de alborotar las calles con el estruendo de las cajas sobre ruedas, que ya el rey D. Felipe II habia promulgado una pragmática, encaminada á contener la epidemia del lujo *cocheril*.

¿Yo mirar á una ventana
Embobado todo el dia,
Haciendo el amor ardiente
A un cántaro de agua fria?
¿Yo sobornar á una moza,
Porque mis penas la diga?
¿Yo abrazar un escudero
Con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir á una mujer,
Ni saber dónde vá á misa
Ni si la oye? (Que al fin yo,
Don Juan, en toda mi vida
He averiguado á mi dama
Si tiene ó no tiene crisma:
Y ellas se alegran, pues todas
Niegan donde se bautizan.)
—¿Yo escribir papel tan cuerdo
Que mil locuras no diga,
Donde ande el razonamiento
Entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar á una ventana,
Dos horas de noche fria,
Para pedir una mano
A quien siempre que la pida
Me responda: «es de mi esposo,»
Y con aquesta porfía
Me ande con su doncellez

Dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que ántes me dejo
Morir, que á una mujer siga,
Ni solicite ni ronde,
Ni mire, ni hable, ni escriba.
Porque en no teniendo yo
Libre entrada á mis visitas,
Donde tome mi despejo
A la primera vez silla,
La segunda taburete,
Y la tercera tarima,
Siendo mi lecho el estrado
Y mi almohada una rodilla,
Y haciendo así que me rasquen
La cabeza, si me pica:
No daré por cuanto amor
Hay en el mundo, dos higas.
Y ¡mirad, pues, qué mujer
Tan chistosa y entendida
Traeis! sino una mujer
Que habla siempre algarabía,
Y sin calepino no
Puede un hombre entrar á oirla.
Y así, mirad si teneis
Algun disgusto en que os sirva:
Que, vive Dios, que primero
Con diez hombres legos riña.

Que con una mujer culta; (1)
Que ha de ser la dama mia,
Como fianza, abonada.
Sobre lega, llana y lisa.

(No hay burlas con el amor.)

—

Escriben los naturales
Que puesto un borrico en medio
De dos piensos de cebada.
Se deja morir primero
Que haga del uno eleccion
Por más que los mire hambriento.

(Guárdate del agua mansa.)

—

—En la plaza
Un toricantano (2) un dia
Entró á dar una lanzada,
De un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,

(1) Los pujos culti-latini-parlantes aquejaban tambien á las damas, en las cuales debian parecer más enojosos, como hace notar Calderon en boca del gracioso de su comedia.

(2) Uno que toreaba por primera vez: palabra de capricho, formada á imitacion de la de *misacantano*, que es el que celebra la primera misa.

Galan requirió el sombrero,
Y osado tomó la lanza
Veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
Hácia el caballo se vino.
Aunque pareció anca á anca,
Porque el caballo y el toro,
Murmurando á las espaldas
Se echaron dos milicinas
Con el cuerpo y con el asta.
Cayó el caballero encima
Del toro, sacó la espada
El tal padrino, y por dar
Al toro una cuchillada,
A su ahijado se la dió:
Y siendo de buena marca,
Levantóse el caballero,
Preguntando en voces altas:
—¿Saben ustedes á quién
Este hidalgo apadrinaba?
¿A mí ó al toro?—Y ninguno
Le supo decir palabra.

(No hay burlas con el amor.)

—

—Entró un dia
En el palacio real

Un Don Fulano de Tal.
Que al rey ni al mundo servia.
Vió que á la hora de comer,
Los de la cámara todos,
Con mil políticos modos,
Porque habian de traer
Las viandas, se quitaban
Las capas, él se quitó
La suya. y en cuerpo entró
Donde los demás entraban.
Un mayordomo llegó.
Advirtiendo en lo que hacia,
Preguntándole si había
Jurado, y él respondió:
—«No, señor, mas juraré.
Si eso importa.» (1)

(Luis Perez el Gallego.)

—

A los alcahuetes, digo
Que son de amor gariteros;
Vaya un discurso al garito.
Pone un garitero casa:

(1) Hoy estamos viendo muchos *Don Fulano de Tal* en política que allí donde *dan de comer*, entran, y se sientan y áun jurar, *si eso importa* para el negocio, como el Fulano del cuento de Calderon.

El alcahuete es lo mismo:
Los galanes son tahures,
Y entran en ella infinitos.
De aqueste juego, el tahur
Que dá palmadas y gritos,
Es el celoso; que siempre
Celos son voces y ruido.
El que pierde y el que calla,
Es tahur á lo ministro,
Que entra y paga su dinero,
Sin sentirlo, consentirlo.
El que juega sobre prenda,
Es el amante novicio
Que saca del mercader
Ya la joya, ya el vestido.
El que hace alicantina,
Es el amante entendido,
Que pierde y dice: «esto es hecho»,
Necio el que pierde contínuo.
Sobre palabra, es aquel
Que promete, y que cumplido
El plazo, paga. El galan
Que sirve por lo entendido,
Con papeles estudiados,
Es el fullero del vicio,
Pues juega con cartas hechas.
Los mirones que han venido

A enfadar sin dar provecho,
Son los vecinos prolijos;
Que del garito de amor
Mirones son los vecinos.
Las barajas de este juego
Son las damas:—bien se ha visto
Ser todas ellas barajas,—
Y para el barato, digo
Que, cuando hay baraja nueva.
Tiene seguro el partido.
Y al fin, de cualquiera suerte,
Dándole al discurso mio
Cabo, el garito jamás
Escarmienta, aunque le hizo
Denunciacion la justicia,
Pues le ha de costar lo mismo.

(Luis Perez el Gallego.)

—

Para entre los dos,
Me acuerda el «válgame Dios»
Cierto cuento razonable.
En un pozo un portugués
Cayó: al verlo dijo un hombre:
—¡Válgate Dios! «Y el de abajo
Le respondió:—Ja naon pode.

(No siempre lo peor es cierto.)

Con hambre y cansancio un dia
A una posada llegó
Cierto fraile, y preguntó
A la huéspeda ¿qué habia
Que comer?—Si una gallina
No mato (le dijo ella),
Nada hay.—¿Quién podrá con ella,
(Respondió con gran mohina)
Acabada de matar?
—Tierna estará (replicó
La huéspeda) porque yo
Sé un secreto singular
Con que se ablande. Y cogiendo
La polla, que viva estaba,
Vió que los piés la quemaba,
Conque á nuestro reverendo
Muy blanda le pareció;
Y aunque el hambre pudo hacello,
Atribuyéndolo á aquello,
En la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
Tanto que le tenia inquieto;
Y él, cayendo en el secreto,
Pegarla á los piés procura
La luz. Dijo, al ver la llama
La huéspeda:—Padre, ¿qué es
Eso? Y le dijo:—Nuestra ama,

Porque se hablande la cama
Quemo á la cama los piés.

(No siempre lo peor es cierto.)

—

Forzoso ha de ser
Que me canse una mujer
Que ha de estar siempre á mi lado.
Porque ¿á cuál hombre no pesa
Ver (si en su mujer repara)
Siempre en la cama una cara,
Siempre una cara en la mesa?
Si tiende una mano, toca
Siempre una cara; si huele.
Es á la cara que suele:
Si vé, es con ventana poca,
Una cara: y si esta pena
Cualquiera cara nos dá,
Dime, Antonia, ¿qué será
Si la tal cara no es buena?

(El Alcaide de si mismo.)

—

—Azotó
La justicia cierto dia
Un hombre; y él, que temia
La penca, al verdugo dió

Tal cantidad de dinero,
Porque ablandase la mano
La solfa de canto llano.
Tomólo pues y el primero
Azote fué tan cruel,
Que la sangre reventó:
Y cuando el otro volvió
La cara de probar hiel,
Le dijo:—Con tales modos
Vuestra deuda satisfago:
Ved el amistad que os hago.
Que así habian de ser todos.

(El Alcaide de si mismo.)

—

Un astuto mercader
Suele en su tienda poner
Mil telas, buenas y malas.
Las buenas, al concertarlas,
No hay en Génova tesoro,
Con ser la suma del oro
Del mundo, para pagarlas:
Porque el mercader, al vellas,
Esto á todos respondió:
—Vendidas las tengo yo.—
Y siempre se está con ellas.
Llegan otros de mal gusto,

Unas malas telas ven,
Que llaman bromas, y bien
Les parecen (¡caso injusto!),
Y al primer precio que dan,
Se las llevan, por temer
El astuto mercader
Que no vuelvan si se van.
Mercader es la mujer,
Y no hay faccion en su tienda
Buena ó mala, que no venda.
Si hermosa se llega á ver,
Aunque el principe, el señor,
El título, el caballero,
El hidalgo, el escudero,
Lleguen, marchantes de amor,
No temas que precio haya,
Que vá diciendo:—Aquí está:
Otro marchante vendrá:
No importa que este se vaya.—
Aquí la razon consiste;
Mas de la fea reniega,
Porque el primero que llega,
Corta la tela y la viste.
Y pues son (si ahora tomas
El consuelo y te le aplicas)
Las hermosas, tolas ricas,
Y las feas, telas bromas,

Estará contra tu queja
La hermosura bien segura;
Que no es siempre la hermosura
Mal segura zagaleja.

(Amigo, amante y leal.)

—

—Pues ¿hay usos en los talles?
—Sí: yo me acuerdo haber visto
Usarse un año á los pechos,
Y otro año á los tobillos:
Y esto no es mucho, que en fin,
Consistia en los vestidos,
Mas en las caras me acuerdo
El tener usos distintos
Las mujeres.
—¡En las caras!
¿Qué naturaleza hizo
Uso?
—Un tiempo se dieron
En usar ojos dormidos;
No habia hermosura despierta.
Y todo era mirar bizco.
Usáronse ojos rasgados
Luego, y dieron en abrirlos
Tanto que, de temerosos,
Se hicieron espantadizos.

Las bocas chicas, entonces
Eran de lo más valido,
Y andaban por esas calles
Todas, los lábios fruncidos.
Dieron en usarse grandes,
Y en aquel instante mismo
Se despegaron las bocas,
Y, dejando lo jasifo
De lo pequeño, pusieron
Su perfeccion en lo limpio
De lo grande, hasta enseñar
Dientes, muelas y colmillos. (1)

(Eco y Narciso.)

—

—No fué sino lo que dijo
El filósofo.
—¿Qué?
—Que eran
Las ovejas del humano
Mundo tan viles rameras.
Que á ningun interés saben
Tener cerradas las puertas.

(1) Ya Lope hace notar en su teatro muchas veces la exageracion á que eran dadas las mujeres en los abusos de la moda, que las llevaba al extremo de desfigurar las facciones, áun en algo más que en el color, que es lo que preocupa á las damas de nuestro tiempo.

—Tambien ser los ojos, dijo.
Tan traidores centinelas,
Que, en vez de avisar el daño,
Son los que en casa le entran.

(El Golfo de las Sirenas.)

—

—Porque cualquiera mujer
Tiene mil impertinencias.
Si es hermosa, yo no puedo
Sufrirla por su soberbia:
Y ella no puede sufrirme
Por la mia, si es que es fea.
Entre si es puerca ó si es limpia,
Hay la misma controversia;
Pues si es limpia, tiene asco
De mí; de ella yo, si es puerca.
Y con si es discreta ó boba,
En pié la duda se queda,
Señor; que si es boba, es boba:
Y si es discreta, es discreta.
Y en efecto, en las mujeres,
Que sepan ó que no sepan,
Si piden, hacienda no hay
Con que tenerlas contentas;
Y si no, porque no piden,
Para darlas no hay hacienda,

Si dá (¡raro contingente!
Que éstas son pocas y viejas),
Con un lienzo entiende que
No regala, sino merca.
Si guarda fé, es perdurable:
No hay sino salirse afuera:
Si no la guarda, tambien,
Que á nadie ofendido deja.
Si es doncella es un delito
En que no vale la Iglesia:
Pues antes la Iglesia es
Tribunal de su sentencia.
Si es casada, y el marido
Es duro, todo es pondencia:
Si es blando, todo regalo,
Pues han de comer él y ella.
Si es viuda, á cualquiera riña,
Del malogrado se acuerda:
Si es soltera, no es segura,
Porque en efecto es soltera.
Si es mujer de obligaciones,
Quiere que yo se las tenga.
Y lo que hace por su gusto
Me lo pone á mi á la cuenta:
Si no lo es, á cualquier toma
Me dá un posar; y es bajeza
Que no valga más mi gusto

Que lo que al otro le cuesta.
Sea en fin fea ó hermosa,
Puerca ó limpia, aguda ó necia,
Pida ó no pida, dé ó tome,
Fiel á mí ó fácil me ofenda.
Sea en efecto casada,
Soltera, viuda ó doncella,
Todas traen su inconveniente:
Y así en las cartas primeras
De todas me voy, porqué
No hay alguna que me venga.
(Gustos y disgustos son no más que imaginacion.)

—

Sale al templo una mujer.
Y como no ha de reñir
Con los dioses, venla ir
Tan devota, al parecer,
Y dicen todos:—¡Qué santa
Es fulana!—y es porqué
Dentro en casa nadie vé
La condicion con que espanta.
Sale luego á una visita,
Y como allá no ha de dar
En casa agena pesar,
Dicen della:—¡Una angelita
Es, por cierto!—Mentecato,
Vive con ella ocho dias.

Verás esas angelías
Demonías cada rato.
Vénla en la reja tocada,
Y dicen que es muy hermosa.—
Tonto, ese jazmin y rosa
Es retama, destocada.
Sale á la calle prendida.
Y dicen:—«¡Qué limpia es!»
Bruto, ¿no vés que no vés
La pata que está escondida?
Si la vieras descalzada,
Sin medias y sin zapatos.
Dedos con más garabatos
Que una letra procesada.
Nunca que es limpia dijeras.
¿Pues qué, habiendo de asistir
Al desnudar y al vestir?
Y más si tal vez la vieras,
Por los hombros un manteo.
En chapines ir andando,
Con los piés de águila, cuando
Es necesario el deseo,
Llegáras á conocer
Que tú mirándola estás
Como una mujer no más,
Y yo como mi mujer.

(La Hija del aire. Primera parte.)

El que una belleza adora,
Dijo, viendo á la que amó:
«Aquella es mi dama,»—y nó
«Aquella es mi labradora.»
Luego si dama se llama
La que se ama, claro es ya
Que en una villana está
Vendido el nombre de dama.

(El Alcalde de Zalamea.)

—

Es calvo un hombre mil años,
Y al cabo dellos se hace
Una cabellera. Este
En opiniones vulgares,
¿Deja de ser calvo? No,
Pues que dicen al mirarle:
—¡Bien puesta la cabellera
Trae fulano! Pues ¿qué hace,
Si aunque no le vean la calva,
Todos que la tiene saben?

(El Alcalde de Zalamea.)

—

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar: pero el honor

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.
(El Alcalde de Zalamea.)

—

Ese ejército que vés
Vago al hielo y al calor,
La república mejor
Y más política es
Del mundo, en que nadie espere
Que ser preferido pueda
Por la nobleza que hereda,
Sino por la que él adquiere;
Porque aquí, á la sangre excede
El lugar que uno se hace,
Y sin mirar cómo nace,
Se mira cómo procede.
Aquí la necesidad
No es infamia: y si es honrado,
Pobre y desnudo un soldado,
Tiene mayor calidad
Que el más galan y lucido;
Porque aquí á lo que sospecho,
No adorna el vestido al pecho,
Que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos,
A los más viejos verás,

Tratando de ser lo más,
Y de parecer lo ménos.
Aquí la más principal
Hazaña, es obedecer,
Y el modo cómo ha de ser,
Es ni pedir ni rehusar.
Aquí en fin, la cortesía,
El buen trato, la verdad,
La fineza; la lealtad,
El honor, la bizarría,
El crédito, la opinion,
La constancia, la paciencia,
La humildad y la obediencia.
Fama, honor y vida son,
Caudal de pobres soldados;
Que, en buena ó mala fortuna,
La milicia no es más que una
Religion de hombres honrados. (1)

(Para vencer á amor, querer vencerle.)

—

Un filósofo decia
Que el alma, cuando faltaba

(1) Esta preciosa y filosófica pintura de lo que debe ser la milicia tiene tan alto valor, que, por nuestro voto, se pondria al frente de las ordenanzas militares, con obligacion de saberla de memoria desde el primer general hasta el último soldado.

De un cuerpo, á otro pasaba,
Donde de nuevo vivia.
(Para vencer á amor, querer vencerle.)

—

Un hombre que adolecia
De un dolor, que cada dia
Le daba á una misma hora,
Convaleció; y le hizo tal
Falta su dolor cruel.
Que no se hallaba sin él,
Previniendo mayor mal.
Con veneno se criaba
Un príncipe, y padecia
Mortal accidente el dia
Que el veneno le faltaba. (1)
(Para vencer á amor, querer vencerle.)

—

Se cuenta
De un hombre que estaba malo,
Que viendo la gran fineza
Con que le asistia un amigo,
Le dijo en voz lastimera:

(1) Pensamiento que tambien formuló Calderon, como se ha visto, casi con las mismas palabras, en *Saber del mal y del bien.*

—¡Plegue á Dios que me veais
Sano, amigo, y que yo os vea
Morir á vos, para que
Conozcais de mi asistencia
Lo agradecido que estoy
A la mucha piedad vuestra!

(Amado y aborrecido.)

—

Un mal pintor compró una
Mala casa, y, muy contento,
Un mal amigo llevó
A enseñarla: lo primero
Fué un mal aposento, y dijo:
—¿Veis este mal aposento?
Pues dejádmelo blanquear,
Y que yo le pinte luego
De mi mano á todo él
Las paredes y los techos,
Y vereis ¡qué bueno queda!
A que el amigo, risueño
Dijo:—Bueno quedará;
Mas si le pintais primero,
Y le blanqueais despues,
Quedará mucho más bueno.

(Los dos amantes del cielo.)

—

Un sacerdote de Apolo
Tenia dos sobrinos necios,
Sobre necios, miserables,
Sobre miserables, puercos;
Y viendo que hace amor limpios,
Liberales y discretos,
No les decia otra cosa
Que:—»Enamoraos, majaderos.
(Los dos amantes del cielo.)

—

Preguntábale á un hijuelo
Una madre:—Fulanico
¿Qué quieres? ¿Huevo ó torrezno?
Y él dijo:—«Torrezno, madre:
Pero échele encima el huevo.»—
(Los dos amantes del cielo.)

—

La raposa y la perdiz
Tuvieron una pendencia:
La raposa por su ciencia
Queria ser más feliz;
La perdiz por su hermosura:
A quien la otra decia:
—Bobaza, á ti cada dia
Te caza quien te procura.—

Y ella dijo:—Aunque bobaza,
Con cuanto tú sabes, no
Sabes tambien como yo
A cualquiera que me caza.

(Los dos amantes del cielo.)

—

Dolíale á un hombre una muela:
Vino un barbero á sacarla,
Y estando la boca abierta.
—¿Cuál es la que duele? dijo.
Dióle en culto la respuesta,
«La penúltima», diciendo.
El barbero que no era
En penúltimas muy ducho,
Le echó la última fuera.
A informarse del dolor
Acudió al punto la lengua,
Y dijo en sangrientas voces:
—La mala, maestro, no es esa.—
Disculpóse con decir:
—¿No es la última de la hilera?
—Sí (respondió); más yo dijo,
Penúltima, ucé advierta
Que penúltimo es el que
Junto al último se asienta.
Volvió, mejor informado.

A dar al gatillo vuelta,
Diciendo:—En efecto, ¿es
De la última la más cerca?
—Sí, dijo.—Pues vela aquí,
Respondió con gran presteza.
Sacándole la que estaba
Penúltima, de manera
Que quedó, por no hablar claro,
Con la mala y sin dos buenas.

(Los dos amantes del cielo.)

—

Cautivó un moro á un gangoso:
Y él, bien ó mal, como pudo,
Se fingió en la nave mudo,
Por no hacer dificultoso
Su rescate: de manera
Que, cuando el moro le vió
Defectuoso, le dió
Muy barato. Estando fuera
Del bajel: «Moro (decia),
No soy mudo, hablar no ignoro.»
A quien, oyéndole el moro
De esta suerte respondia:
—Tú fuiste gran mentecato
En fingir aquí el callar,
Porque, si te oyera hablar,

Aún te diera más barato. (1)
(Los dos amantes del cielo.)

—

Un soldado de hartos brios,
Muriéndose, así decia:
—Item, es voluntad mia
Que los camaradas mios
Me lleven en mi atahud:
A quien quiero se les dé
Treinta reales, para qué
Los beban á mi salud.
(Los dos amantes del cielo.)

—

Uno enamorado
De su madre, muerte dió
A su padre. El tal salió
A visita (2), y un letrado
Empezó á abogar por él:
Pero el juez, muy impaciente,
Dijo:—Un hombre tan prudente,

(1) Hay gobiernos que, como el gangoso del cuento, si se hacen mudos, valen poco; pero en cuanto empiezan á dar cuenta de sí, áun do balde, serian caros para los pueblos.

(2) Quiere decir que compareció ante el Tribunal de justicia.

¿Un delito tan cruel
Defiende, que mayor que él
No se pudo hallar?—Señor.
(Dijo el letrado) es error:
Que si á su madre matara.
Y á su padre enamorara.
Fuera el delito mayor.

(Los dos amantes del cielo.)

—

¿Pues hubiera
Cosa de más gusto que.
Sin tener uno pereza,
Hallarse cada mañana
Vestido? Porque ¿hay paciencia
Para dispertar á un hombre
En camisa, y mirar llenas
Todas sus sillas de alhajas
Que ha de acomodar por fuerza?
Resuélvese en qué ha de ser.
Y por el jubon empieza:
Saca una pierna, y por un
Calzon de lienzo la entra:
Y despues de haberla puesto
Su escarpin y su calceta
Y su media y su zapato
Y su liga, á la tarea

De calceta, de escarpin,
De liga, zapato, media
Y calzon, sacrificada
Vuelve á sacar otra pierna.
Item más, otros calzones:
Átales las bocas, tienta
Las ligas, y halla que siempre
Una está floja, otra prieta.
Con siete nudos y siete
Lazadas, siete agujetas
Se ataca, tres, y tres y una.
Ya en calzas y en jubon, llega
Peine y escobillas jueces
Del copete y las guedejas:
Lávase manos y cara,
Pónese una bigotera
Y encájase en cuello y manos
Una golilla y dos vueltas.
Una ropilla, una daga,
Una pretina y trás ella
Espada, capa y sombrero.
¿Y para qué es toda esta
Cáfila de alhajas? Para
Quitárselas con la mesma
Orden á la noche. ¿Y hay
Quién dormir vestido sienta,
Ahorrando el dormir vestido

De tantas impertinencias? (1)
(Antes que todo es mi dama.)

—

—Yo galanteaba
Cierta mozuela del pueblo,
Tan pedregosa, que era
Ribazo de carne y hueso.
Y como yo, gloria á Dios.
Soy tan fácil como tierno.
Me cansé; y apenas ella
Echó mi existencia ménos,
Cuando me dijo:—Picaño,
Infame, vil y grosero,
Quererme, pues comenzásteis
A quererme, ó vive el cielo
Que os haga matar á palos:
Que aunque atrevimiento inmenso
Fué el quererme, el no quererme
Es mayor atrevimiento.
(Dicha y desdicha en el nombre.)

—

Estaba un hidalgo un dia

(1) Nada más curioso que la descripcion prolija que hace Zavaleta del largo entretenimiento del vestir y tocar de los galanes de aquel tiempo, y del cual es una breve, cuanto graciosa pintura, este pasaje de Calderon.

Remendando sus gregüescos,
Y un amigo que entró á verle
Le preguntó:—¿Qué hay de nuevo?
Y él le respondió «que el hilo.»

(Dicha y desdicha del nombre.)

—

Eso es bueno
Para quien sabe que un dia
Mal perfumado un portero
Llegó á su corregidor,
En altas voces diciendo:
—Una moza de servicio
Antes de ahora mostró serlo.
Y al tiempo que estaba yo
La denunciacion haciendo.
Otra moza sobre mí
Hizo el desacato mesmo;
Y estando yo, como estaba,
Mandatos de usté escribiendo.
Esto no se ha hecho conmigo.
Sinó con usted.—Severo
El corregidor entonces
Le dijo:—Pues, majadero,
¿Quién os mete en sentir vos
Lo que conmigo se ha hecho?—

(Dicha y desdicha del nombre.)

Un dia un comisario á unos
Quintados pasaba muestra,
Y díjole á un oficial
Que ojo á la márgen pusiera
A los viejos é impedidos,
Por no llevar gente enferma.
Pasó un tuerto y dijo:—A ese
Poned ojo.—Oyóle apenas
Un cojo que le seguia,
Cuando dijo:—«Pues ordenas
Que al tuerto le pongan ojo,
Haz que á mí me pongan pierna.»

(Dicha y desdicha del nombre.)

—

—Un vizcaino servia
A un cura, y en el aldea
Se llamaba el carnicero
David....

—(Ap.) Dióme con la mesma.

—Yendo á predicar, le dijo
Que al carnicero pidiera
Una asadura fiada.
Al volver con la respuesta,
Le halló predicando ya;
Y hablando de otros profetas
Preguntó:—David ¿qué dice?

Y él dijo desde la puerta:
—Que juras á Dios, señor,
Que si dinero no llevas,
Que aunque eches el bof no hay bofes.»
Entienda uced ó no entienda.

(Dicha y desdicha del nombre.)

—

Encorozada sacaron (1)
Una vez á una hechicera,
Y despues, para soltarla,
La pusieron en la cuenta:
—Del papel de la coroza
Tanto, tanto para ella
Del engrudo, de pintarla
Tanto, tanto de coserla.—
Viendo lo que habia costado,
—«Dénmela (dijo la vieja)
Para otra vez; que no están
Los tiempos para que pueda
Echar una viuda honrada
Coroza cada dia nueva.»

(Dicha y desdicha del nombre.)

—

(1) Con *coroza*; cucurucho de papel pintado con que eran llevados á los autos de fé los sentenciados por el Tribunal de la inquisicion.

Descalabró á su mujer
Un hombre, y mirando ella
Lo que la cura costaba,
Decia entre sí muy contenta:
—No me descalabrará
Otra vez.—Viéndola buena
El marido, con barbero
Y boticario hizo cuenta,
Y dió el dinero doblado.
—Mira, hijo, que te yerras,
Dijo ella:—No yerro, hija,
Que la mitad desto es de esta
Descalabradura de hoy,
Y la otra mitad á cuenta
De la primera desca-
Labradura que se ofrezca.

(Dicha y desdicha del nombre.)

—

¿Cuánto vá que el cuento es ese
Del que llamó al sacristan
Y le dijo:—¿Cuánto quiere
Vuesarced por enterrarme?
Él dijo, supongo: Veinte
Reales.—¿Quiere diez y seis?
Le replicó el sacristan,
A quo respondió el doliente:

—Pues mire si le está bien
Y entiérreme en diez y siete
Porque no me moriré
Como un cuarto más me cueste.
(Dicha y desdicha del nombre.)

—

Que quiera un hombre, señor,
A una mujer, no te niega
Mi lábio, que es natural
Filosofía secreta,
Que hasta los brutos la saben,
Sin que los brutos la aprendan.
Que quiera al cabo del año
A dos, como las dos sean,
Por vanidad una hermosa,
Y por capricho otra fea,
Vaya; mas que quiera cuantas
Mujeres mira, y que apenas
Llegue á un lugar, cuando ya
Amor en el lugar tenga,
Es mucha filosofía.
(La niña de Gomez Arias.)

—

Láura vive aqui, que dijo:
—Con lo que la casa cuesta

De alquiler he de hacer coche.
Y respondiéndole á ella,
¿Dónde habia de vivir?
Dijo: cuando coche tenga.
En el coche todo el dia,
Y la noche en la cochera. (1)

(Nadie fie su secreto.)

—

Así en este mundo pasa:
Que con osada cautela,
Quien más su peligro cela
Es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraido
Ir honrando el cuerpo veo:
Que es sagrado para el reo
El lado del ofendido.
Mil damas, por ocasion
De qué en la calle dirán,
Meten en casa el galan,
Y vuelven por su opinion.

(Nadie fie su secreto.)

—

(1) Calderon como Lope y todos los escritores que producen mucho, se repetia con frecuencia. Como el lector habrá notado, *el afan de coche* está tambien satirizado y en forma muy parecida en *Mañanas de Abril y Mayo*.

—El más avariento es
Liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
Su secreto el que es discreto;
Mas por Dios que tan secreto
Ya no es fiesta de guardar.
Dia de trabajo aguardo
A quien tan caro le cuesta,
Y pues quebrantas la fiesta,
No quieras que otro la guarde.

(Nadie fie su secreto.)

—

Remendaba con sigilo
Sus calzones un mancebo:
Yo que le acechaba, vilo,
Y pregunté:—¿Qué hay de nuevo?
Y él respondió:—Solo el hilo.

(Nadie fie su secreto.)

—

Si el saberlo te desvela,
Yo unos calzones tenia
Muy rotos, y con cautela,
Faltóme la tela un dia,
Y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no lejos

Del mio, muchos despues
Admitieron mis consejos:
Así que cuantos hoy ves,
Todos son calzones viejos.

(Nadie fie su secreto.)

—

Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decia:
—Dos soldados para mí.
—Lo que escusar quieren todos.
Dijo uno, ¡con tales modos
Pides!—Y él respondió:—Sí;
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen cuando se van.

(El Pintor de su deshonra.)

—

Convidóle á merendar
Un cortesano en el rio
A un forastero, y muy frio

Le dió un pollo al empezar.
Pidió de beber, y estaba
Tan caliente la bebida
Como fria la comida.
Viendo pues que nada hallaba
A propósito, cogió
El pollo y con sútil traza
Le echó dentro de la taza.
El amigo. que tal vió,
—¿Qué haces? dijo. Él impaciente
Respondió:—Asi determino
Hacer que el pollo enfrie el vino.
O el vino al pollo caliente.

(El Médico de su honra.)

—

Murió una dama una noche.
Y porque pobre murió,
Licencia el vicario dió
Para enterrarla en un coche.
Apenas en él la entraban,
Cuando empezó á rebullir;
Y más cuando oyó decir
A los que le acompañaban:
—Cochero. á San Sebastian.
Pues dijo á voces:—No quiero.
Dá vuelta al Prado, cochero:

Que despues me enterrarán.» (1)
(El Pintor de su deshonra.)

—

Cierto cura de un lugar
Con un vecino reñia
Donde su mujer le oia;
Y entre uno y otro pesar,
Airado el cura y sañudo
Dijo aquel nombre inhumano
Que, empezando en *cor*-tesano,
Viene á acabar en des-*nudo*.
Su mujer á esta ocasion
Dijo con desenvoltura:
—«Testigos me sean, que el cura
Revela mi confesion.»
(El Pintor de su deshonra.)

—

A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada dia; y como eran
Tantas porciones iguales,
Un dia se olvidó de uno.
Él, por no pedir (que es grave

(1) Sigue el afan de coche puesto *en berlina*. Hoy pone á muchos en muy graves *empeños*.

Desacato de los niños)
Estábase muerto de hambre.
Un gato mahullaba entonces,
Y dijo el chiquillo:—¡Zape!
¿De qué me pides los huesos,
Si aún no me han dado la carne?»

(El Pintor de su deshonra.)

De una fiesta á su lugar
Volvia un tamborilero,
Y un fraile tambien volvia
De la fiesta á su convento.
El tamborilero iba
En un burro caballero,
Y el fraile, á pié. Preguntóle
El padre:—¿De dónde bueno?
—De tañer (dijo) esta flauta
Y este tamboril.—Por eso,
(Le preguntó) ¿qué le han dado?
Él respondió:—Poco, cierto:
Cincuenta reales, comido
Y bebido, que no es ménos,
Llevado y traido, sin otros
Regalillos que aquí tengo.
—¿Eso es poco? (dijo el padre)
Pues yo de predicar vengo,

Y ni áun de comer me han dado,
Y como vé, á pié me vuelvo.—
El tamborilero entonces
Dijo enojado y soberbio:
—Pues tamborilero y padre
Predicador ¿es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio
Y no se quejara deso.

(De una causa dos efectos.)

—

Lleno á su novia envió
De joyas y de cadenas
Su retrato uno, y apenas
La dicha novia le vió,
Cuando con dos mil placeres
Dió el *sí*. Él, muy amante y fino,
Se puso luego en camino.
Ciertos hombres y mujeres
De los que alzando figura,
Dicen sin saber de estrellas,
La buena ventura ellas,
Y ellos la mala ventura,
Dieron con él, y tomaron,
A la vista del lugar
A donde se iba á casar,
Cuanto en su poder hallaron.

Él, bien ó mal, como pudo.
Hasta su novia llegó;
Ella, así como le vió
Descadenado y desnudo,
Dijo:—Este no se parece
Al retrato que yo amé,
Ni he de casarme: porqué
Quien no parece, perece.

(El Mónstruo de los jardines.)

—

—¿Qué novedad?

—Que el Senado,
Viendo que el arte, el aseo,
La hermosura y el adorno
De las mujeres pudieron
Tanto estragar la milicia
Y el pasado valor nuestro:
Por remediar este daño,
De las mujeres quisieron
Disminuir la hermosura
Tan dañosa á Roma: y viendo
Que es parte muy principal
El artificio en el cuerpo
De la hermosura, y que el arte
En la mujer no es lo ménos
(Pues la que es fea, con él

Sabe enmendar sus defectos,
Y á la hermosura el aliño
Dá á su perfeccion aumento.)
Una ley han publicado,
Una premática han hecho,
Por bajar de las mujeres
El exterior lucimiento,
Moderándoles los trages,
Galas, joyas y embelecos.
Que son oropel de gasto,
Que brilla y no vale un bledo.
En fin, se publicó ayer
La premática en el pueblo.
Censurándoles su adorno,
Su estimacion desluciendo.
Prohibiéndoles los coches,
Que es lo que ellas más sintieron.
No quedó mujer en Roma
Que no confesase luego
Al potro del desaliño
Los pecados de su cuerpo..
Las flacas, que á puras naguas
Sacaban para sus huesos
Cuanta carne ellas querian
De en casa de los roperos,
Volvieron á ser buidas,
Y los ojos más traviesos

Ya no se atreven, señor,
A mirarlas sin coleto.
Las gordas, que introducidas
A lo jarifo y cenceño,
A la pollera achacaban
Tantas arrobas de sebo.
Se volvieron á ser cubas,
Y sin embuste salieron
A ser cada cual por Roma,
Con faldas un Polifemo,
Un promontorio de carne
Y un obelisco de miembros.
Las morenas, que afectando
Blancura añadida, hicieron
Constantinopla la cara
Del bajá Soliman perro.
Ya salieron tapetadas;
Y las calvas, que fingieron
Sus frentes proporcionadas
Haciendo calvos los muertos,
De calaveras quedando
Sin el moño y sin el pelo,
Les llega la frente ya
Hasta el colodrillo mesmo.
Ya dicen la verdad todas,
Ya todas son lo que vemos,
Sin que hipócrita el aliño

Finja virtudes al cuerpo.
Ya las galas, afufon,
Ya el artificio, al infierno,
Los moños.... no hay que tratar,
Las jaulillas ni por pienso,
El soliman, ni por lumbre,
Las blandurillas, arredro.
Los alcandores.... es chanza,
Los tocinillos.... es cuento.
La clara de huevo, tate,
El resplandor, quedo, quedo.
El albayalde, *exiforas*,
La neguilla, *vade retro*;
Y en fin, para no cansar
Con exorcismos tan recios,
De Roma como demonios
Todos los trages salieron.
Y en un dia todos juntos,
Moños, jaulillas y espejos,
Guarda-infantes, perifollos,
Botes, botijas, morteros,
Moldes de rizar, redomas,
Rosas, vueltas, puños, flecos,
Tocas, valonas, pericos,
Polleras y sereneros,
Verdugados, escobillas,
Naguas de telas de anjeo.

De ruan, de cotonía,
De cambra y, holanda, lienzo,
Gasa, bofetan, soplillo,
Beatilla, estofilla y rengo,
Y otras muchas sabandijas
Que no digo, amanecieron
Colgadas de la *picota*
Para público escarmiento. (1)

(El Privilegio de las mujeres.)

—

Habia en una ciudad
Un loco: aqueste tenia
Tan gran tema, que decia
Ser toda la Trinidad.
Un hidalgo que gustaba
Dél, un vestido le dió;
Pero en dos dias quedó
Tan roto como se estaba.
El hidalgo le riñó,
Diciendo:—«¿Cómo has rompido
Tan apriesa ese vestido?»
Y el loco le respondió:
«¿Cómo durar puede ser

(1) No puede ser más prolijo y detallado el proceso de los postizos y engaños de la hermosura de las mujeres de aquel tiempo, que tanto á las del nuestro se parecian.

En mí vestido ninguno
Si el vestido sólo es uno,
Y somos tres á romper?»

(La Fingida Arcadia.)

—

A un licenciado
En estrellas, mató un dia
Una bestia: así decia
A donde estaba enterrado:
«Yace un astrólogo, cuya
Ciencia á todos anunciaba
La suerte, y nunca acertaba
A pronosticar la suya.
Un cadáver vió en cenizas
Su cadáver; que desvelo
Tal entender pudo el cielo,
Mas no á las caballerizas.»

(La Cruz en la sepultura.)

—

Galanes, damas hermosas,
Baratas, sueles vender,
Saliendo de tu poder
Estas y otras muchas cosas.
Fábio, con mano no escasa
Pon tu mujer en la tienda,

Que, aunque mil veces se venda,
Siempre se te queda en casa.
(La Cruz en la sepultura.)

—

Hombre, si, por ser inútil
La mujer, no le fias nada,
¿Cómo todo se lo fias
Puesto que el honor le encargas?
(Afectos de ódio y amor.)

ALARCON

—Bizarras las damas son.
—Diestras pudieras decir
En la herida del pedir,
Que es su primera intencion.
Cifrase, si has advertido,
En la de mejor sugeto,
Toda la gala en el peto,
Toda la gracia en el pido.
Tanto la intencion cruel
Solo á este fin enderezan,
Que si el Padre nuestro rezan,
Es porque piden con él. (1)

(Los favores del mundo.)

—

(1) Apenas entramos en el teatro de Alarcon, tropezamos ya con las pedigüeñas, que tanto preocuparon á los escritores del siglo de oro.

A su dama un elocuente
Dijo: «Sabía sois de modo,
Que á creer no me acomodo
Que sois bella.» Y respondió:
«Necio, mas quisiera yo
Que lo creyérades todo.»
Y porque, cuando se ofrezca,
Hables ménos ignorante,
Oye: caso es repugnante,
Que el sábio pobre enriquezca:
Pero tambien que empobrezca
El sábio, si vez alguna
Llega á enriquecer, repuna;
Supuesto que es menester
Para conservar, saber,
Si para alcanzar, fortuna.

(La Industria y la suerte.)

—

—Segun es tu dicha,
Pensará que fué concierto
Y fingida la cuestion,
A la usanza de estos tiempos:
Que hay pendencias de tramoya
Y valientes de embeleco.
Pero sucedióle mal
A un valiente, en este intento:

Que enviando dos amigos
Para la invencion á un puesto,
Antes que ellos, lo ocuparon
Dos amantes verdaderos.
El valiente de invencion
Viéndolos allí, y creyendo
Ser los ensayados, hizo
El papel de embestimiento:
Los dos dieron animosos
En él y su compañero:
Y como se vió apretado,
Empezó á decir muy quedo:
«Huid, hola: que ya está
Fulana al balcon;» más ellos,
Como el papel no sabian,
Contra el ensayo, en efeto.
Le dieron un tresquilon,
Y erraron todo el enredo.

(La Industria y la suerte.)

—

—A un Narciso cortesano
Un humano serafin
Resistió un siglo, y al fin
La halló en brazos de un enano.
Y si las historias creo
Y ejemplos de autores graves

(Pues, aunque sirviente, sabes
Que á ratos escribo y leo),
Me dicen que es ciego amor.
Y sin consejo se inclina:
Que la emperatriz Faustina
Quiso un feo esgrimidor:
Que mil injustos deseos,
Puestos locamente en ella,
Cumplió Hippia, noble y bella.
De hombres humildes y feos.

(Las paredes oyen.)

—

—Que te sucede, sospecho,
Lo que al tahur, que en perdiendo,
Solamente con decir
«¡Que no sepa yo gruñir!»
Está sin cesar gruñendo.
Tú dices que desesperas;
Y entre el mismo no esperar.
Nunca dejas de intentar:
¿Qué más haces cuando esperas?
¿Tú piensas que el esperar
Es alguna confeccion
Venida allá, del Japon?
El esperar es pensar
Que puede al fin suceder

Aquello que se desea:
Y quien hace porque sea,
Bien piensa que puede ser.
(Las paredes oyen.)

—

—El mercader marinero
Con la codicia avarienta,
Cada viaje que intenta,
Dice que será el postrero.
Así tú, cuando imagino
Que desengañado estás,
Ya con nuevo invento vás
En la mitad del camino.
(Las paredes oyen.)

—

¿Es el azar encontrar
Una mujer perdigueña?
Si eso temes, en tu vida
En poblado vivirás.
Porque ¿dónde encontrarás
Hombre ó mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
Diciendo «¡Lienzo!» á un lencero,
Te dice: «Dame dinero,
Si de mi lienzo quisieres.»

El mercader claramente
Diciendo está, sin hablar:
«Dame dinero, y llevar
Podrás lo que te contente.»
Todos, segun imagino,
Piden; que, para vivir,
Es fuerza dar y pedir
Cada uno por su camino.
Con la cruz el sacristan,
Con los responsos el cura,
El mónstruo con su figura,
Con su cuerpo el ganapan;
El alguacil con la vara,
Con la pluma el escribano,
El oficial con la mano,
Y la mujer con la cara.
Y ésta, que á todos excede,
Con más razon pedirá,
Pues que más que todos dá,
Y ménos que nadie puede.
Y el miserable que el dar
Tuviere por pesadumbre....
(Ellas piden por costumbre):
Haga costumbre el negar;
Que tanto, desde que nacen,
El pedir usado está,
Que pienso que piden ya

Sin saber lo que se hacen.
Y asi es fácil el negar;
Porque se puede inferir
Que, quien pide sin sentir.
No sentirá no alcanzar.

(Las paredes oyen.)

—

—¡Que haya juicio
Que del cansancio haga vicio
Y trás un hinchado cuero,
Que el mundo llama pelota.
Corra ansioso y afanado!
¿Cuánto mejor es, sentado,
Buscar los piés á una sota
Que moler piernas y brazos?
Si el cuero fuera de vino.
Aún no fuera desatino
Sacarle el alma á porrazos.
Pero ¡perder el aliento
Con una y otra mudanza,
Y alcanzar, cuando se alcanza,
Un cuero lleno de viento.
Y cuando, una pierna rota.
Brama un pobre jugador,
Ver, al compás del dolor.
Ir brincando la pelota!

—El brazo queda gustoso
Si bien la pelota dió.
—Séneca la comparó
Al vano presuntuoso;
Y esa semejanza ha dado
Sin duda al juego sabor,
Porque no hay gusto mayor
Que apalear á un hinchado. (1)

(Las paredes oyen.)

—

En el hombre no has de ver
La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber.

(Las paredes oyen.)

—

—Si ella es salsa, es muy costosa,
Señora; que, bien mirado,
Ni hay más inútil pecado
Ni salsa más peligrosa.
Despues que uno ha dicho mal,
¿Saca de hacerlo algun bien?

(1) No puede expresarse con mas intencion y gracia lo insufrible de la necia vanidad y lo sabroso que es zurrar la hinchazon de un necio.

Los que le escuchan más bien,
Esos le quieren más mal;
Que cada cual entre sí
Dice, oyendo al maldiciente:
«Éste, cuando yo me ausente,
Lo mismo dirá de mí.»
Pues si aquel de quien murmura
Lo sabe, que es fácil cosa,
¡Qué mesa tiene gustosa!
¡Qué cama tiene segura!
Viciosos hay de mil modos
Que no aborrece la gente,
Y sólo del maldiciente
Huyen con cuidado todos.

(Las paredes oyen.)

—

—Es segunda maravilla
Un caballero en Sevilla
Sin ramo de mercader.
La tercera es justamente
Un calvo alegre de sello,
Y que no arrastre el cabello
Desde el cogote á la frente.
La cuarta, una doncellita
Que no casarse desea.
La quinta, una mujer fea

Que los años no se quita.[1]
Por sesta quiero contar
Un bien contento soldado,
Y por sétima, un casado
Que le pese de enviudar.
La octava es un mercader
Sin achaques de logrero:
Un oficial de barbero
Sin guitarra en que tañer;
Una dama que se alegra
Con agua pura la faz;
Un marido mozo en paz
Con cuñadas y con suegra:
Sin un San Pedro ó San Pablo
La iglesia de alguna aldea,
Y un tahur que no desea
Tal vez que le lleve el diablo.

(El Semejante á sí mismo.)

—

—Mienten todos los gallinas,
Los bellacos y bellacas
Que osaren decir que el vino
Debe dar tributo al agua.
¡Hacer el vino pechero
Para que á su costa se hagan
Al agua, de cantería

Caminos por donde salga!
¡A una infame parricida
Que quiso anegar su pátria!
¡Que no la pueden sufrir
Los montes en sus entrañas!
¡Que anda, como la culebra,
Toda la vida arrastrada,
Y con el pecho en la tierra
Besa los piés á las parras!
Que, como el diablo, del cielo
Huyendo, á la tierra baja,
El invierno tiritando
Y el verano abuchornada!
¡La que es tan vil, que se vende
Por dos cuartos una carga,
En que pluguiera á los cielos
Que el vino la remedara! (1)

(El Semejante á sí mismo.)

—

Un Juan Lobo por amigo:
Llevélo una vez conmigo
A ver cierta moza mia.
Él tomó aparte lugar.

(1) Imposible es que el más ciego aficionado al vino diga cosas de más intencion y gracia contra lo que en el extremo de su aficion aborrece.

Mientras yo hablaba á mi amor
Lo que el discreto lector
Podrá allá considerar.
Mi moza al Lobo le echaba
Los ojos de cuando en cuando,
La paciencia ponderando
Con que agradándome estaba,
Y al fin dél se enamoró:
Y la causa fué, en efeto,
Solo que él se estaba quieto
Mientras no lo estaba yo.

(El Semejante á sí mismo.)

—

—Es verdad; mas ¿qué mujer
Por mandar y por tener
No será mil veces mora?
Porque el poeta, no en valde
Haber dicho considero:
«A los moros por dinero,
Y á los cristianos de balde.»
Aunque en su trato inhumano
Lo postrero falta ya:
Que si un cristiano no da,
No quieren ver á un cristiano.
La que vés más recatada,
Es cristiana solamente

Aquello que es conveniente
Para no morir quemada.
La que ir á misa desea
El domingo de mañana.
No lo hace por cristiana.
Mas porque el galan la vea.
Yo con más de alguna trato,
De oro y seda y punta y punto.
Que, si el credo la pregunto.
Se queda en Poncio Pilato.
La que vieres repasar
En el rosario las cuentas.
No reza, sino hace cuentas
De lo que te ha de pescar. (1)

(El Semejante á sí mismo.)

—

—Pues ¿quién habrá que no crea
Que es juicio universal
La lengua de un oficial
Mientras hace la tarea?
¡Y qué vida, buena ó mala.
De un escudero se guarda
Mientras á su dueño aguarda

(1) Esto es ya el mas extremado refinamiento de la sátira contra las pedigüeñas, que de tantas formas se viste en el teatro antiguo.

Con otros en la antesala?
Pues como llamar quisiesen
Los dichos dos á juicio.
Usaron de un artificio
Porque todos acudiesen.
Vivos y muertos, al son:
Y fué advertencia discreta.
Que, en lugar de la trompeta.
Tañeron con un doblon.
Al punto que el son oyeron.
No quedó muerto en la huesa:
Es verdad que más apriesa
Las mujeres acudieron.
Las almas, era de ver
Cómo á sus cuerpos volvian:
Unas, los desconocian
Y no quisieron volver;
Otras buscan diligentes
Un hueso que le faltaba...
Una vieja me mataba
Preguntando por sus dientes.
A un gordo bodegonero
Una nalga le faltó,
Y al fin la mitad halló
En casa de un pastelero.
Una dama de deleite.
Que anegada muerto habia.

Su cara desconocia
Porque estaba sin afeite:
Y al fin fué cari-labada
La tal señora, á juicio;
Otra fué, por beneficio
De las moscas, descarada:
Que la hubieron de comer
Con el gusto de la pasa.
Estando en aquesto, pasa
Arrastrando una mujer
Con ambas piernas quebradas,
Que eran las del mal ladron:
Que él, con su antigua aficion,
Se llevó las della hurtadas.
Quejóse en palabras tiernas:
Los jueces que la oian,
Dijeron: «Todas habian
De tener así las piernas.»
Aquí se dejó esta queja,
Por ver con furor insano
A un ladron y un escribano
Riñendo por una oreja:
Mas quitólos de cuidado
El sastre, que para sí
La aplicó, dejando así
Á entrambos desorejados.
«Todas las ha menester

El sastre,» dijo un poeta:
Mas, por la gracia discreta,
Le mandaron parecer.
Súpose que eran sus galas
Solamente murmurar,
Y mandáronlo quemar
Entre cien comedias malas.
Mas él, que no se desdeña,
Á trueco de hablar, de arder,
Dijo: «¿Malas han de ser?
Á fé que no falte leña.»
Á cierta dama de coche
Acusaron de que habia
Con uno á quien no queria,
Dormido toda una noche.
Ella dijo: «aunque sin gana,
La pasé bien con pensar
En lo que me habia de dar
El hombre por la mañana.»
Condenáronla á juntar
Por siempre, por escarmiento,
Á un hombre de mal aliento
Muy amigo de besar.
El demonio rehusaba
Llevarla al reino profundo,
Diciendo que acá en el mundo
Más fruto de ella sacaba:

Mas dijo otro resabido:
«Llevarla es más acertado,
Que ninguno la ha gozado
Que no se haya arrepentido.»
Salió una doña María,
Mujer de un noble tendero,
Y mandóla el escudero
Llamarse Mari-García.
Quiso, á poder de aderezo,
Una vieja niñear,
Y mandáronla azotar
Con cien años al pezcuezo.
Un gloton, con mano franca
Gastaba sólo en comer,
Y pusiéronlo en poder
De un ama de Salamanca.
Á una que por desconciertos
En ramera vino á dar,
La condenaron á andar
Cargada de perros muertos.
Á un viejo que tiñe y pinta
Las canas por varios modos,
Condenaron á que todos
Le echasen de ver la tinta.
Á un colérico, en quién junto
El decir y hacer nació,
Por pena se le mandó

Que hiciese medias de punto.
Á cierta vieja que amantes
Trataba de concertar,
Condenaron á tratar
Con soldados y estudiantes.
Uno que por imprudencia
Se casó mozo, llegó;
Y este sólo se salvó,
Por llevarlo con paciencia.
Tras este á mí me llamaron,
En hora mala, á juicio,
Y por este negro vicio
De beber, me condenaron
Á que un demonio aguador
Me echase unas angarillas;
Sentílas en las costillas
Y desperté del dolor.
Como á Inés tan cerca ví,
Áun despierto voceaba
Que el demonio me llevaba,
Que es lo mismo para mí.

(El Semejante á sí mismo.)

—

—No has estado
En la corte, que, por eso,
Aunque en todo eres travieso

Eres en esto avisado.
Llevóme un amigo un dia
Allá á una junta de hablantes
Arrojados é ignorantes.
Y el uno de ellos decia:
«Bravas joyas y vestidos
Ha echado doña Fulana:
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está
Come de lo que le dá
Una hija emancipada.»
«¡Andaz! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisem
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien, que su abuelo
En Granada la enseñó.»
«¡Andar! Otro reposado,
Con un suspiro profundo
Dijo: Esos gozan del mundo:
¡Ay del pobre que es honrado!»
Vi venir otro codazo,
Mas escapéme y salí.

Porque, á detenerme allí,
Sacara molido el brazo.
(La Cueva de Salamanca.)

—

¿Pues esto es mucho? Un letrado
Hay en ella tan notado
En tratante en decir mal,
Que en lugar de los recelos
Que dan las murmuraciones,
Sirven ya de informaciones
En abono sus libelos:
Y su enemiga fortuna
Tanto su mal solicita,
Que por más honras que quita,
Jamás le queda ninguna. (1)
(La Cueva de Salamanca.)

—

Si el no podella vencer
Por fuerza, te avergonzó,
Cosa es que nadie alcanzó
El forzar á una mujer.
Propuso un hombre el agravio
De otro, que forzado habia

(1) No se puede decir nada más duro y epigramático contra el maldiciente.

Una hija que tenia;
Mas el juez, como sabio,
Su espada desenvainada
Al querellante le dió.
Y él con la vaina quedó
Y dijo: «Envainad esa espada.»
El juez aquí y allí
La vaina apriesa movia;
Él, que acertar no podia
Con la vaina, dijo así:
«¿Cómo he de envainar la espada
Si la vaina no está queda?»
Él dijo: «con eso queda
Vuestra causa sentenciada.
Así que, si no pudistes
Este imposible alcanzar,
Consuélate con pensar
Que el de vencerte, venciste.
(La Cueva de Salamanca.)

—

Desdichados y dichosos
No los hace el merecer,
Pues hemos venido á ver
Disparates venturosos.
Oye el ejemplo que pinto:
Comedia vi yo, llamada

De los sabios extremada,
Y rendir la vida al quinto:
Y vi en otra, que á millares
Los disparates tenia,
Reñir al quinceno dia
Con Jaraba por lugares: (1)
Y sus parciales vencidos
De la fuerza de razon.
Decir: «Disparates son,
Pero son entretenidos.»
Representante afamado
Has visto, por sólo errar
Una sílaba, quedar
A silbos mosqueteado:
Y luego acudir verias
Esta cuaresma pasada
Contenta y alborotada
Al corral, cuarenta dias
Toda la corte, y estar
Muy quedos, papando muecas,
Viendo bailar dos muñecas
Y oyendo á un viejo graznar (2).

(1) Es decir, que la gente se disputaba las localidades del teatro, para ver algun mamarracho, cosa que aún sucede con frecuencia en nuestros dias.

(2) Alarcon se lamenta aquí, como en otras ocasiones, de los extravios del gusto público en el teatro, de los que él fué constante víctima.

Y esto tuvo tal hechizo
De ventura, que dió fin
El cuitado volatin,
Que en vano milagros hizo.
Y así el más cuerdo no trate
Por merecer, de alcanzar,
Pues nombre le he visto dar
De bueno á mi disparate.

(Mudarse por mejorarse.)

—

Salí á la calle Mayor,
Sierra-Morena en Madrid.
Pues allí roban á tantos
Mil damas, ricos despojos.
Llevando armas en los ojos
Y máscaras en los mantos.
Agradóme una tapada.
Y al punto desenvainó
Palabras con que me dió
En la bolsa una estocada.
Hízome sangre, y vertida
Gran parte del corazon
(Que los dineros lo son),
Me dió otra mayor herida;
Pues cuando yo pienso en vano
Que el demás caudal me deja,
Me pidió para la vieja

Que llevaba de la mano.
Aquí, señor, perdí pié,
Y dije: «Á vos, porque os quiero,
Doy señora mi dinero;
Pero á la vieja. ¿por qué?»
Ella dijo: «No hagais cuenta
De lo que acabais de dar;
Que quien me ha de contentar
Ha de tenerla contenta.»
Yo dije: «De vos me aparto,
Que quiero más, vive Dios,
No cobrar lo que os dí á vos.
Que dar á la vieja un cuarto.»

(Todo es ventura.)

—

Un sábio á todos tenia
La condicion tan opuesta,
Que siempre entraba en la fiesta
Cuando la gente salia;
Y el fin desto preguntado,
Era por dar á entender
Que los sábios no han de hacer
Lo que el vulgo, siempre errado. (1)

(Todo es ventura.)

(1) Con frecuencia vemos que no son los sábios, sinó los necios los que hacen gala de apartarse de las costumbres del vulgo, sólo por distinguirse.

—Segun eso, ¿cómo quieres
Que yo, que tanto las precio,
Entre en el uso tan necio
De injuriar á las mujeres?
Que entre enfados infinitos
Que los poetas me dan,
No es el mejor ver que están
Todos en esto precitos.
—¡Qué! ¿Te dan muchos enfados?
—Pues ¿á quién no ha de cansar
Uno que dá en graceejar
Siempre á costa de casados?
Daca el sufrido, el paciente.....
Hermano poeta, calla,
Y mira tú si en batalla
Mataste moro valiente.
La murmuracion afean
Y están siempre murmurando;
Siempre están enamorando,
E injurian á quien desean.
¿Qué es lo que más condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos;
Que el hombre que llega á estar
Del ciego dios mál herido,
No deja de ser perdido

Por el *troppo variar.*—
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto.
Ó tire una piedra el justo
Que no incurre en este error.—
¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
Si ningun hombre porfía,
Y todos al cuarto dia
Se cansan de pretender?—
¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
Si todos somos extremos?
Difícil lo aborrecemos
Y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placeres
Carecen de perfeccion,
¡Mala pascua tenga quien
De tan hermoso animal
Dice mal, ni le hace mal,
Y quien no dijere amen! (1)

(Todo es ventura.)

—

(1) Discreta y graciosa defensa de las mujeres, que, aunque menos profunda, no es ménos intencionada que las de Lope en su *Premio del bien hablar.*

¡No te suceda con ella
Lo que al otro caminante!
—Y ¿qué fué el caso?
—Pasaba
Por la quinta de un amigo,
Cuando el cielo, ya mendigo
De luces, amenazaba
Con negros preñados senos
De las nubes, tempestades,
Negadas de obscuridades
Y acreditadas de truenos.
Rogóle que se quedara:
Mas resistió el caminante.
Y pasó al fin adelante;
Y en partiéndose, dispara
El austro su artillería,
Y sacudiendo las alas,
Lluvias de líquidas balas
Airado á la tierra envía.
El caminante afligido
Á la quinta volvió huyendo:
Cerrada la halló, y diciendo:
«Abrirme, que arrepentido
Vuelvo ya,» le respondió
El otro: «En vano os volvistes,
Porque, si os arrepentistes,
Tambien me arrepiento yo.»

—Yo temo el mismo desden
En Lucrecia, que ofendida,
La has de hallar arrepentida
Cuando tú lo estés tambien.

(Quién engaña más á quién.)

—

—Yo fuí á llamar cierto dia
Para un enfermo un doctor,
Y él, sin saber el dolor
Ó enfermedad que tenia,
Me dijo: «Mientras se ensilla
Mi mula, mancebo, id,
Y que le sangren decid;
Que yo voy luego.» (1)

(Quién engaña más á quién.)

—

Un filósofo decia
Que, puesto que viene á ser
Lo esencial el acabar,
No hace nada en comenzar
El que tiene más que hacer.

(Quién engaña más á quién.)

—

(1) Ligero alfilerazo contra los doctores *Sangredo* de aquel tiempo, que en el nuestro no escasean.

—Ese pues, poco dichoso,
Tan pobre en un tiempo fué.
Que por alcanzar apenas
Para el sustento, jugaba
La mohatra, y se adornaba
Todo de ropas ajenas.
Riñó su dama con él,
Y en un cuello que traia
Ajeno, como solia,
Hizo un destrozo cruel.
El dueño, cuando entendió
La desdicha sucedida.
Á la dama cuellicida
Fué á buscar, y así la habló:
«Una advertencia he de haceros.
Por si acaso os enojais
Otra vez, y es que riñais
Con vuestro galan en cueros;
Que cuando la furia os viene,
Si vestido le embestis,
Haced cuenta que reñis
Con cuantos amigos tiene.»

(No hay mal que por bien no venga.)

—

Asistir quiso á la boda
Del águila, mas se halló

La corneja tan sin galas.
Que adornó el cuerpo y las alas
De varias plumas que hurtó
Á otras aves: de manera.
Que apenas llegó á las bodas.
Cuando conocieron todas
Sus plumas, y la primera
El águila la embistió
Á cobrarlas con tal furia.
Que para la misma injuria
Ejemplo á las otras dió.
«Detente: ¿qué rabia es esta?
(Dijo la corneja) advierte
Que sólo por complacerte
Y por venir á la fiesta
Más brillante, las hurté.»
Y el águila respondió:
«Necia, ¿por ventura yo
Pudiera culpar tu fé,
Siendo tu fortuna escasa?
Cuando galas no trujeras.
Ó con las tuyas vinieras
Ó estuviéraste en tu casa.»

(No hay mal que por bien no venga.

—

—Porque es
Mi fortuna tan avara,
Que si en zapatos tratara,
Nacieran todos sin piés.
Un amo que tuvo yo,
Dijo, estando ya espirando:
Á Tristanillo le mando.....»
Y al momento mejoró.
Pero mi suerte colijo
Que se engañó; que en teniendo
Más aliento, prosiguiendo,
«Mando á Tristanillo (dijo)
Que al punto que muera yo,
Le pague todo el dinero
Que me debe, á mi heredero:»
Y, en diciéndolo, espiró.

(Quien mal anda en mal acaba.)

—

—Anda muy corto el oficio; (1)
Que está la córte perdida:
Solo delinquen los pobres,
No peca la gente rica:
Que los corrije y ajusta,
No la virtud, la avaricia.

(1) El de la curia, que las pasiones humanas hacian entonces y hacen ahora oficio harto lucrativo.

Por no arriesgar el dinero,
No hay agraviado que riña:
En los pleitos se componen.
En las mujeres varian,
Y si hallamos con su dama
Alguno por su desdicha,
Por no incurrir en la pena.
Antes muere que reincida.
Décimas nunca se logran;
Que si alguno determina
Ejecutar, luego hay ruegos.
Conciertos, y tercerías.
Y al fin, las más simples aves
Viven ya con tal malicia,
Que son los que ménos cazan
Los pájaros de rapiña.

(El Tejedor de Segovia.)

—

—Antes yo siempre entendí
Que comiendo bien, seré
Un santo:—y lo probaré,
Si escucharme quieres.

—Dí.

—Quien come bien, bebe bien:
Quien bien bebe, concederme
Es forzoso que bien duerme:

Quien duerme, no peca: y quien
No peca, es caso notorio
Que, si bautizado está.
A gozar del cielo vá
Sin tocar el purgatorio.
Esto arguye perfeccion:
Luego, segun los efetos,
Si son santos los perfetos,
Los que comen bien, lo son.

(Los pechos privilegiados.)

—

—Dios no lo dá todo á uno:
Que, piadoso y justiciero,
Con divina providencia
Dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
Mal cuerpo, dió sufrimiento
Para llevar cuerdamente
Los apodos de los necios: (1)
Al que le dió cuerpo grande,
Le dió corto entendimiento:
Hace malquisto al dichoso,

(1) Aquí se descubre la amargura que causaba á Alarcon ser objeto de las burlas, hasta de los poetas más ilustres, que hicieron certámen epigramático de sus notables defectos físicos.

Hace al rico majadero.
Próvida naturaleza,
Nubes congela en el viento,
Y, repartiendo sus lluvias,
Riega el árbol más pequeño.
No en sólo un oriente nace
El sol; que, en giros diversos,
Su luz comunica á todos:
Y, segun están dispuestos
Los terrenos, asi engendra
Perlas en Oriente, incienso
En Arabia, en Libia sierpes,
En las Canarias camellos;
Dá seda á los granadinos,
A los vizcainos hierro,
A los valencianos fruta,
Y nabos á los gallegos.
Así reparte sus dones,
Por su proporcion, el cielo:
Que á los demás agraviara
Dándolo todo á uno mesmo.
Mostróle á Cristo el demonio
Del mundo todos los reinos,
Y díjole:—«Si me adoras,
Todo cuanto ves te ofrezco.»
¡Todo á uno! Propio don
De diablo, dijo un discreto:

Que á Dios, porque lo reparte,
Oponerse quiso en esto.

(Los pechos privilegiados.)

—

—De dos frailes que habian sido
De firme amistad y fé
Raro ejemplo, el uno fué
Por provincial elegido.
A verle llegó volando
Muy alegre el compañero:
Mas detúvole el portero
Y le dijo:—«Está ajustando
Nuestro padre ciertas cuentas;
Vuecencia vuelva despues.»
Y él respondió:—«Desde que es
Pater noster, anda en cuentas.» (1)

(La prueba de las promesas.)

—

Juntó córtes el leon
Estando enfermo una vez,
Para elegir un juez
A quien la jurisdiccion

(1) Zahiere Alarcon en este cuento á los que, engreidos vanamente por el favor de la fortuna, hasta la amistad olvidan y menosprecian.

De sus reinos encargase.
Los animales, atento
A que es tan manso el jumento,
Pidieron que él gobernase.
Tomó, al fin, la posesion:
Y, por dalle autoridad,
Junto con la potestad,
Sus uñas le dió el leon.
Parabien le vino á dar
Luego con grande alegría
Un rocin, que ser solia
Su amigo; y él, por usar
Del poder, dos urañadas
Le dió al amigo inocente:
Y viéndose injustamente
Las carnes acribilladas,
Dijo llorando el rocin:
«No tienes tú culpa, no,
Sinó quien uñas le dió
A un animal tan ruin.»
El leon, airado y fiero,
Le quitó con el oficio
Las uñas, y al ejercicio
Le hizo volver de arriero.
Pues, hombre, que oficio empuñas,
Sabe templado ejercello,
Pues á tantos, por no hacello,

Has visto quitar las uñas. (1)
(La crueldad por el honor.)

—

Diógenes, cuando veia
Su fin cercano, mandó
No enterrarse: replicó
Un su amigo que seria
Pasto su cuerpo de fieras.
Él dijo:—Un palo tendré
Con que me defenderé.
—Pues dime: ¿no consideras
(Su amigo le replicó)
Que, muerto, ni sentirás,
Ni defenderte podrás?—
Y el sábio le respondió:
—Luego son tus miedos vanos:
Que, si he de estar sin sentido,
¿Qué importa más ser comido
De fieras que de gusanos?
(Hazañas del marqués de Cañete.)

—

Solo consiste en obrar

(1) No es mala la leccion para los gobernantes que, más ruines y necios que prudentes, no saben usar del poder sino con violencia.

Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores:
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos;
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo ó ser bueno.

. . . .

Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que, por el contrario, puede,
Quien con él nació, perdello?

(La Verdad sospechosa.)

—

Que preciarse de dichoso
Nunca ha sido accion de cuerdo.

(Exámen de maridos.)

—

Los malos honran los buenos
Como honra la noche al día;
Que, sin tinieblas, tendría
El mundo la luz en menos.

(Los pechos privilegiados).

¿Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
Tiene á los lascivos presos:
Obliga á los codiciosos
El poder que dá el dinero:
El gusto de los manjares
Al gloton: el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego:
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio,
La fama y la presuncion
Al que es por la espada inquieto.
Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho:
Mas de mentir ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?

(La Verdad sospechosa.)

FIN.

EN PRENSA

GALAS DEL INGENIO....— Tirso.—Rojas.—Moreto.
— — Contemporáneos de Lope de Vega.
GALERIA HUMORISTICA — Ellos.
— — Ellas y Ellos.
CASTELAR ....— Recuerdos y Esperanzas.

OBRAS PUBLICADAS

MACE................— Historia de un bocado de pan.—8.º................ 12
VOLLET..............— Guía práctica para conservar y recobrar la salud.—8.º.... 16
MERLIN..............— Gran libro de los oráculos.—8.º.................... 8
RASPAIL...... .....— Manual de la salud.—52.ª edicion.—8.º.................. 8
SACO.................— El teatro por dentro... 12
CORSINI ....— La luna de miel.—8.º..... 4
CASTELAR............— Cartas sobre política europea. Dos tomos.—8.º................ 24
LOPEZ BAGO.........— Los amores.— 4.º.......... 24
CARRILLO ALBORNOZ.— El diablo mundo, continuacion del de Espronceda. Nueva edicion adicionada con láminas.. 24
RATLAND........ ...— El libro de los esposos 20
CURTIS...............— De la virilidad, etc....... 14
— — Guía médica del matrimonio.—8.º................ 8
PAUL DE KOCK ....— Coleccion de sus obras en tomos en 8.º á...................... 4
BLASCO...............— Los curas en camisa. 2.ª edicion 10
LABRA ....— La colonizacion en la Historia.—Dos tomos.—8.º. 24

GALAS DEL INGENIO.

CUENTOS,

PENSAMIENTOS Y AGUDEZAS

POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO DE ORO,

COLECCIONADOS Y ANOTADOS

POR

EDUARDO BUSTILLO

Y

EDUARDO DE LUSTONÓ.

TIRSO DE MOLINA.—MORETO.

MADRID.

LIBRERIAS DE A. DE SAN MARTIN

Puerta del Sol, 6.—Carretas, 39

EL LIBRO DE ORO.

8,-13

[illegible]
Univ. of Chicago, 1907

See [illegible] cut p. 88 for other [illegible]
[illegible] [illegible] from Spain. [illegible]

GALAS DEL INGENIO

GALAS DEL INGENIO.

CUENTOS,

PENSAMIENTOS Y AGUDEZAS

DE LOS POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO DE ORO,

COLECCIONADOS Y ANOTADOS

POR

EDUARDO BUSTILLO

Y

EDUARDO DE LUSTONÓ.

TIRSO DE MOLINA.—MORETO.—ROJAS.

MADRID.

LIBRERIAS DE A. DE SAN MARTIN

Puerta del Sol, 6.—Carretas, 39

EL LIBRO DE ORO.

Es propiedad del Editor

Imp. de J. García, á cargo de J. Peña, Costanilla de los Ángeles, 3.

IRSO DE MOLINA

—Par Dios que hemos arrendado
Unos prados del concejo;
Pujólos Anton Bermejo,
Y picóse Brás Delgado;
Volviólos á pujar más,
Y, emberrinchándose Anton,
Pególes otro empujon;
Pujó cuatro reales Bras.
Y á tal la puja les trujo
Que, aunque los llevó Delgado,
Creo, segun han pujado,
Que quedan ámbos con pujo.

(El Pretendiente al revés.)

—

—Una mujer principal
Sé yo, que tuvo una huerta,
Y en ella un bello peral,

Cuya fruta apetecida
Hasta del mismo rey era,
Sin que á ella en toda la vida
Se le antojase una pera
Ni preñada, ni parida.
Las puertas le desquiciaban
De noche por ir á hurtar
La fruta, en que desgajaban
El pobre árbol, que á guardar
Los de casa no bastaban;
Y viendo que cerca y puerta
Eran flaco impedimento,
Para no tenerla abierta
De noche al atrevimiento,
Vendió á un vecino la huerta.
Luego, pues, que la vió agena,
La que peras no comia
Tuvo por peras tal pena,
Que en su mesa cada dia
Eran su comida y cena.
Ved si hoy un ejemplo igual
En Sirena, podrá hacer
La privanza otro tal,
Siendo en el gusto mujer
Y viendo ageno el peral.

(El Pretendiente al revés.)

—Hame dado una leccion
La fábula del leon;
Ya, tú, señor, la sabrás.
Estaba viejo una vez
Y tullido; que no es nuevo
Quien anda mucho mancebo
Estar cojo á la vejez:
Como no podia cazar,
Y andaba sólo y hambriento,
Remitió al entendimiento
Los piés que solian volar;
Y llamando á córtes reales
Mandó por edicto y ley
Que atendiendo que era rey
De todos los animales,
Acudiesen á su cueva;
Fueron todos, y asentados
Dijo: «¡Vasallos honrados,
A mí me han dado una nueva
Extraña, y que me provoca
A pesadumbre y pasion,
Y es que dicen que al leon
Le huele muy mal la boca:
No es bien que un supuesto real
De tantos brutos señor,
En vez de dar buen olor

A todos huela tan mal;
Y así buscando el remedio
Hallo que á todos os toca,
Que llegándoos á mi boca
Veais si al principio ó medio
Alguna muela podrida
Huele mal, porque se saque,
Y de esta suerte se aplaque
Afrenta tan conocida.»
Metióse con esto á dentro,
Y entrando de uno en uno
No vieron salir ninguno.
La raposa, que es el centro
De malicias, olió el poste,
Y convidándole á entrar
Para ver y visitar
Al leon, respondió: «Oste.»
Y asomando la cabeza
Dijo: «Por no ser tenida
Por tosca y descomedida
No entro á ver á vuestra alteza;
Que como paso trabajos
Unos ajos he almorzado,
Y para un rey no hay enfado
Como el olor de los ajos:
Por aquesta corbatana

Vuestra alteza eche el aliento,
Que si yo por ella siento
El mal olor, cosa es llana
Que hay muela con agujero
Y el sacalla está á otra cuenta.
Que yo estoy sin herramienta
Y en mi vida fuí barbero.»
Lo mismo somos los dos.
Y en fé de nuestra amistad
Acercarme es necedad
Porque he dicho mal de vos.
Y un viejo tiene por tema
Decir, cuando á alguien me allego:
¡¡Del rey, del sol y del fuego
Lejos, que de cerca quema!! (1)

(El Pretendiente al revés.)

—

. . . .

—Si al aposento me guias
De Sirena, ya podrias
Quedar de villano aqui

(1) Sabrosa leccion para los cortesanos que se enorgullecen con las confianzas de los monarcas, de los cuales son alguna vez algo más que juguetes, como ya se lo olia la zorra.

Hecho hidalgo y caballero
Y con Fenisa casado.
—¡Por alcahuete privado!
Pero no seré el primero.
Tiene mil dificultades,
Señor, lo que me mandais
El oficio que me dais
Úsase por las ciudades,
Mas no por aldeas ni villas
Alcahuetes hay allá
Señorias, pero acá
Sufrimos pocas cosquillas;
Esto es lo uno; lo otro es
Que Fenisa es tan hermosa
Como Sirena, y mi esposa,
Y si allá os meto, despues
Cuando Sirena os reproche
Quizá dareis en Fenisa,
Que suele el diablo dar prisa
Y todo es pardo de noche.
Hay en la huerta un cencerro
Gruñidor, y en el corral
Hay un pozo sin brocal.
Lo tercero, tiene un perro,
Que si os vé y desencuaderna
Los dientes, dando tras vos,

No tengo á mucho par dios
Que se os meriende una pierna.
Lo cuarto, habeis de pasar
Por la cama del alcalde,
Y no pasareis de valde
Si el mastin oye ladrar;
Porque si una estaca arranca,
Mientras se averigua ó nó
Si es el duque el que pasó,
Sabreis lo que es una tranca;
Lo quinto, fuera de aquesto
No os quiero her otro regalo:
Lo sesto..... ya veis que es malo
Todo lo que toca al sesto.
—Mata á ese villano, Floro.
—No consiento mataduras;
Iguales somos á oscuras,
Sin luz, no reluce el oro.

(El Pretendiente al revés)

—

Pero Gil amaba á Menga
Desde el dia que en la boda
De Mingollo el porquerizo
La vió bailar con Aldonza.
Mas en lugar de agradarla

Porque no hay amor sin obra,
Al revés del gusto suyo
Hacía todas las cosas.
Erraba siempre en los medios,
Guiándose por su cholla,
Y quien en los medios yerra
Jamás con los fines topa.
Por fuerza queria alcanzarla,
Mas *no es la mujer bellota*
Que se deja caer á palos
Para que el puerco la coma.
Si botines le pedia
La presentaba una cófia,
Si guindas se la antojaban,
Iba á buscarla algarrobas.
Nadaba en fin agua arriba,
Y empeoraba de hora en hora,
Como rocin de Gaeta
Quillotrándose la moza.
Fué con ella al palomar
Una mañana entre otras,
Y mandóle que alcanzase
Una palomita hermosa:
Subió diligente Pedro,
Y al tomarla por la cola
Volósele y en las manos

Dejóle las plumas solas.
Amoinóse Menga de esto,
Contóselo á las pastoras,
Que al pandero le cantaban
Cuando se juntaban todas:
Por la cola las toma, toma,
Pedro á las palomas
Por la cola las toma, toma.

. . . .

Corrido Pedro de verse
Que le corren por la posta
A su comadre Chamisa
Dió parte de sus congojas.
Mas respondióle la vieja,
«Pero Gil, cuando se enhornan
Se hacen los panes tuertos
Y cocidos, mal se adoban;
Si no aciertas al sembrar,
No te espantes que no cojas,
Porque mal cantará misa
Aquel que el a b c ignora.
El que por las hojas tira
Mal los rábanos quillota,
Que no se deja arrancar
El rábano por las hojas.
Ya que erraste á los principios

Cántente en bateos y bodas,
En fé que eres un pandero,
A sus panderos las mozas:
«Por la cola las toma, toma...»

(El Pretendiente al revés.)

—

—Acercáos á mí, Tirrena.
—¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de estar junto á ti?
—Sois mi mujer y con todas
Habian de ser los maridos
Ella el cuerpo y él la sombra.
Si no lo sabeis, Tirrena,
Sabed *que la mujer propia*
Siempre ha de andar en el pecho
Como la agena en la bolsa.
—Tu necia desconfianza,
Sancho, me tiene quejosa;
Tu cuidado me dá pena,
Y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
Habito una pobre choza
Cubierta de humildes pajas
Entre cuatro peñas solas.
La música de las aves

Que me despierta á la aurora
A quien ayudan las fuentes
Y el aire entre aquellas hojas
De aquellos copudos olmos,
Ni me llama ni enamora,
Porque no entiendo la letra,
Por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
El cielo de verdes ropas,
Son galanes solamente
De la primavera hermosa,
Y á mi jamás me dijeron
Amores con verme sola
Mil veces dormir la siesta
Sobre esta pintada alfombra.
Por estos montes paseo,
No en las calles espaciosas
De la córte que á los ojos
Tantas veces ocasionan.
Si estás triste no me alegro,
Lo que te enoja, me enoja,
Contigo gozo tus bienes,
Conmigo mis males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
Poco escusan la deshonra
Del marido desdichado

Que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
La buena, y á poca costa,
De cuidados asegura
A su dueño por sí sola;
Esto advierte, Sancho mio,
Y ven á segar ahora
Que se vá pasando el dia,
Que al paso que tú las cortas
Cogeré yo las espigas
Para que en mis brazos cojas
El fruto de tus amores
Libre de penas celosas.
—Pónlos, Tirrena, en mi cuello,
Que tus palabras de alcorza
Me han azucarado el alma;
Vamos, y esta mano toma
De que no me verás más
Pedir celos desde agora.
—¡Qué necedad es pedirlos!
—¡Y darlos que mala cosa!
(Quien habló pagó.)

—

Estaba una gata vizca
Con cierto gato rabon,

Allá en el caramanchon,
Éste tierno, la otra arizca,
Cual si le pegaran ascuas,
Y en su lenguaje gatino
Se decian uno á uno
Los enombres de las pascuas.
Porque si explicarlos quiero
Siempre que el gato mahullaba,
De mahullera la llamaba
Y ella con fuf, de fullero.
En fin, con gritos feroces
Andaban dando carreras;
Que gatos y verduleras
Sus faltas echan á voces.
Escuchábalos allí
Gila, envidiosa de verlos,
Y yo, que iba á componerlos.
La manga, pardiez, la así,
Para que no se me escape,
Y como el amor me aflige,
«Mis» (hocicándola) dije:
—Y ella ¿qué os repuso?
—¡Zape!
Y imprimióme tal aruño
Que el carrillo me pautó,
Agarréla entonces yo,

Mas ella, cerrando el puño,
Escupir me hizo dos muelas
Deshaciéndome un carrillo.
—Hizo bien, porque un gatillo
De ordinario es saca-muelas,
Y ese fué lindo favor.
—¿Lindo? á otros dos si me toca
Despoblárame la boca;
Pero otro me hizo mayor.
—¿Mayor? ¿Cómo?
—Fué al molino
Y yo tras ella antiyer,
Y acabado de moler
Llegué á cargarla el pollino;
Y cuando el costal le pongo
Dos yemas sin clara echó.
Y á la primera que vió,
Dijo: *Pápate ese hongo.*
Yo como la ví burlar
Las manos la así y beséselas
Y arúñomelas y aruñéselas,
Y volviómelas á aruñar.
Tiróme una coz despues,
Pronóstico de una potra,
Y yo, tirándola otra,
Jugamos ambos de piés:

Y durando el retozar,
Volvióme dos, aparéselas,
Y tirómelas y tiréselas
Y volviómelas á tirar.

(Antona Garcia.)

—

—Ven acá, si Leonela no quisiera
Dejar coger las uvas de su viña,
¿No se pudiera hacer toda un ovillo
Como hace el erizo, y á puñadas,
Aruños, coces, gritos, y á bocados,
Dejar burlado á quien su amor maltrata,
En pié su fama y el melon sin cata?
Defiéndese una yegua en medio un campo
De toda una caterva de rocines
Sin poderse quejar; «aquí del cielo
Que me quitan mi honra», como puede
Una mujer honrada en aquel trance.
Escápase una gata como un puño
De un gato zurdo y otro cariromo
Por los caramanchones y tejados
Con solo decir *miao* y echar un *fufo*,
¿Y quieren estas dayfas persuadirnos
Que no pueden guardar sus pertenencias
De peligros notorios? Yo aseguro

Si, como echa á galeras la justicia
Los forzados, echara las forzadas,
Que hubiera menos, y esas más honradas. (1)

(Antona García.)

—

—El desear y ver es
En la honrada y la no tal
Apetito natural:
Y si diferencia se halla,
Es en que la honrada calla
Y en la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
Cubrir mi desasosiego,
Si puede encubrirse el fuego
Sin manifestarse el humo.

(Antona García.)

—

Amor vergonzoso y mudo
Medrará poco, Señor;

(1) Es Tirso de Molina moralizador, dentro de su mismo desenfado, con exceso licencioso á veces. Pero esta desnudez en la forma, que lo caracteriza y distingue tanto como otras condiciones superiores de ingenio, hace que *hoy*, sin los escrúpulos inquisitoriales de *aquel* tiempo, no se puedan apreciar en la escena algunas de las más lindas producciones del maestro agudísimo ó inimitable.

Que á tener vergüenza amor,
No le pintaran desnudo.
No hagas miedo que se ofenda
Cuando digas tus antojos;
Vendados tiene los ojos,
Pero la boca sin venda.

(El Vergonzoso en Palacio.)

—

—Llegó una noche á una venta
Un licenciado sin cuarto
Ni blanca; estaba de parto
La ventera, y no habia cuenta
De darle por ningun precio
Un bocado de cenar
Ni cama en que se acostar,
Por que era el parto muy recio
Y traía alborotada
La venta; llegóse y dijo
El estudiante: «De un hijo
La ventera está preñada;
Si quieren que luego pára
Tráiganme tinta y papel
Y un ensalmo pondré en él
De virtud notable y rara.»
Escribió solo dos versos,

Cosiólo en un tafetan,
Sacáronle vino y pan
Y otros manjares diversos;
Diéronle paja y cebada
Á la bestia, parió luego
La ventera, mas no á ruego
De la oracion celebrada.
El estudiante estimado
De todos, y regalado;
La huéspeda codiciosa
De ver lo que contenia
La tal nomína ó papel,
Tan dichoso que con él
Cualquier preñada paría;
Abrólo, y vió en él escrito,
Cene mi mula y cene yo,
Si quiera para, siquiera no,
Y rieron infinito.

(El castigo del Pensé que.)

—

—De arte amandi escribió Ovidio,
Pero todo es falsedad,
Que el amor y la poesía
Por arte no satisfacen;
Porque los poetas nacen

Y el amor amantes cria.
(El castigo del Pensé que.)

—

—Si de un lazo no me escurro.....
—¿Estas loco?
—Estó sin burro
—¡Que simple!
—Mire, señor,
Pues que no le ha conocido
No se espante si le lloro,
Que era como un pino de oro;
Jumento tan entendido
No lo tuvo el mundo.
—Acaba.
—¿Piensa que miento? Decian
Que las burras le entendian
Cuantas veces rebuznaba:
Pues, honesto, en mil sucesos
Que con las hembras se halló,
Nunca en la carne pecó,
Que estaba el pobre en los huesos,
Pues la vez que caminaba
Tan cuerdo hué de dia en dia,
Señor, que en todo caia
O al de menos tropezaba;

Pues, sufrido, no hubo her
Por mas palos que le diese
Que alguna vez se corriese,
Que él nunca supo correr;
Pues aunque fuese de prisa,
Si á su jumenta oliscaba,
Al cielo el hocico alzaba
Que her una cosa de risa;
Y con tener esas gracias
Y otras que callo, señor,
Me le llevan, ¡ay dolor!
Lo cola y orejas lacias,
Á morir al matadero
Do el carnicero le sise
Y el hambre despues le guise.
¿Hiciera mas un ventero?

(La mujer que Manda en casa.)

—

—Estudiad y no os asombre
La incapacidad que al cielo
Quereis ocioso imputar;
Sábio vuestro padre os vea,
Que no hay cosa que no sea
Difícil al comenzar.
De la honra es breve atajo

El estudio que el cuerdo ama,
Porque al templo de la fama
Se entra por el del trabajo.
No cobra valor ni medra
La ociosidad regalada,
Que una gota continuada
Rompe la más dura piedra.
Uno y otro estudio venza
La memoria hasta que abrace
Lo que os enseño, pues hace
La mitad el que comienza.

. . . .

Decid el tiempo presente.
—El presente es bien bellaco
Si el cielo no le socorre,
Moneda de vellon corre
Y reinan Vénus y Baco;
Labra casas la lisonja,
Es pescadora de caña
La verdad; la lealtad daña,
La ambicion se metió monja.
Es ciencia la presuncion,
Ingenio la oscuridad,
El mentir, sagacidad,
Y grandeza el ser ladron.
Vividor el que consiente,

Buhonera la hermosura,
Vende báculos la usura,
Y esto es el tiempo presente. (1)
(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—No en las letras solamente
Consiste, Oton, ni se alcanza
Nuestra bienaventuranza;
Ser dichoso el hombre intente.
Poco te importa el ser sabio
Si no fueres venturoso;
Rinde el necio al ingenioso,
Y, aunque conoce su agravio,
El cobarde se asegura
Con dicha y vence al valiente;
No *hay desdichado prudente,*
Siempre es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso,
La ignorancia subió el precio,
Tanto que importa ser necio
Para ser uno dichoso.
Déte Dios, hijo, ventura,

(1) El *futuro* de aquel *presente*, ya se ve hoy que no le va en zaga, por obra del refinamiento de las humanas flaquezas.

Que ella traerá lo demás.
(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—¿Quedaba buena mi madre?
—Buena, contenta y segura
De ver crecer tu ventura,
Y bendiciendo tu padre
El dia que te engendró:
Los trigos á la barriga;
Las viñas, Dios las bendiga
Y á Noé que las plantó;
Señales mos dán cumpridas
De henchir hasta los capachos
Los cestos, y á los borrachos
En llenarles las medidas.
El ganado, hasta los perros
Gordos, para reventar;
Rebosando el palomar,
Lleno el soto de becerros;
Borregos, Dios los aumente,
Ni en los rediles, ni cercos
Caben; como tú los puercos
(No quitando lo presente).
Los prados llenos de potros,
Y las yeguas tambien llenas

Las barrigas, pues apenas
Unos paren que entran otros.
Jugando el cura á la polla,
El barbero y sacristen
Damas y rentoy tambien,
No hay hogar que esté sin cholla,
Ni cuna sin dos chicotes;
A todos hallé con vida,
Y á mi Torilda parida
De un rapaz con dos cogotes.

(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—Hace poca estimacion
De su prenda, quien presente
Se atreve á ser elocuente
Y no muestra turbacion;
Pues en fé de cuán poco ama,
Si es todo amor frenesí,
Quien puede estar tanto en sí
Mal podrá estar en su dama.

(Amor y celos hacen discretos.)

—

—Un mecánico oficial
Confesando natural,

Hizo comedias (que anima
Bajezas tal vez Apolo).
No eran las comedias buenas,
Pues de disparates llenas
A otro las silbáran; solo
Ver que un herrador osase
Desde los piés del Pegaso
Coronarse en el Parnaso,
Y á su musa se elevase,
Causar pudo admiracion;
Que, aunque rudo é importuno,
Lo que es vituperio en uno
Es en otro admiracion. (1)

(Amor y celos hacen discretos.)

—

—¿No es terrible mentecato
El que á un poeta se llega
Y que le pinte le ruega
En un soneto, el retrato
De su dama, si ella sabe
Que en su vida versos hizo?
Ven acá, amante mestizo,

(1) Tambien en esto de las comedias y del arte, en general, nuestros achaques se parecen mucho á los del tiempo de Tirso.

¿Cómo quieres que te alabe
Y estime tu prenda ansí?
El soneto pecador
Más es solicitador
Del poeta que de tí;
Pues, siendo tú su tercero,
Claro está que ha de querer
Más al que lo sabe hacer
Que al bobo del mensajero.

(Amor y celos hacen discretos.)

—

—Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.

(Esto sí que es negociar.)

—

—Verá; hurtóme del corral
El gallo el año pasado
No se cuál de las vecinas,
Y viudas las gallinas
No atravesaban bocado.
Llevélas otro menor,
Y él todo plumas y gala,

Y aguillotrando él un ala
Hasta el suelo alrededor,
Ya escarvando apenas toca
El muladar con la mano,
Cuando por darlas el grano
Se lo quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos
Ménos precian el ausente,
Que do no hay gallo presente
Diz que no se ponen huevos.
(Esto sí que es negociar.)

—

—Tú que en damiles cautelas
Cátedra puedes llevar,
Acabado de cursar
Diez años en sus escuelas,
Argos serás, no marido;
¡*Pobre de tu esposa bella*
Si has de sospechar en ella
Lo que de otras has sabido! (1)
—No tanto; pero yo intento

(1) En esos pocos versos compendiaba *ya* Tirso de Molina el pensamiento de *El hombre de Mundo*, que tan justa fama de autor dramático ha dado siglos despues á D. Ventura de la Vega.

Buscar solo una beldad,
Doncella en la voluntad.
—¡Qué difícil buscamiento!
Détela solo Platon
Formada allá en sus ideas,
O házla hacer, si la deseas
De ese modo, en Alcorcon.
¿De voluntad virginal?
Signo es que se volvió estrella.
¿Aún no hay física doncella,
Y búscasla tú moral?
(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—Dos dias tienen de gusto
Las mujeres si no yerran
Los que sus acciones tasan,
Y son en el que se casan
Y el que á su marido entierran.
(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—No es buen amigo y leal
Para su amigo el espejo;
El amigo ha de imitar
Al agua, que, á quien en ella

Su mancha llega á mirar,
Se dá á sí misma y con ella
Se puede tambien quitar:
Que el espejo que declara
La mancha y no dá el remedio,
No es amistad noble y clara,
Sino envidia que por medio
Honesto sale á la cara.

(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—Fui á Málaga á lo soldado
Con las galas que me diste
Á ver tu madre que triste
Por muerto te habia llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
Dos villas de donde el vino
Hace perder el camino,
Bodegas nobles de España.
Hice noche en una aldea
Donde un meson labrador,
Que pudiera ser mejor,
Me alojó á la chimenea,
En un escaño del Cid;
Sobre cena, me pregunta
La familia, que allí junta

Estaba, si iba á Madrid.
Dije que sí, y que de Italia
Soldado viejo venia
Á la córte, y pretendia
Una conducta (la algalia
Que daba olor al vestido,
Porque esto se le pegó
Por ser tuyo, me abonó)
Y yo, en él desvanecido,
Hazañas cuento sin cuento.
Escuchaban abobados,
Porque yo, á fuer de soldado,
No vivo mientras no miento.
Díjeles entre otras cosas
Que saliendo á pecorea
Á la vista de una aldea,
Que las de allí son famosas,
Entré en una casería,
Y hallando el horno encendido,
Porque no fuí recibido
Con amor y cortesía,
Al huésped y á su mujer
Metí dentro, donde, asados,
Vengaron á mis soldados
Y nos dieron qué comer;
Que, saliendo de alboroto

Los vecinos del lugar,
Cuando me iba á acostar
Hallé á mi escuadron que, roto,
Á huir echaba, y que yo
Al primero derribé
La cabeza, y ésta fué
Á dar á otra, y esta dió
En otra, y fué de manera
La cabezada española,
Que, sin más golpe, ella sola
Derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura
Y otras que es nunca acabar,
Mas que cuanto en el altar
Las fiestas le echa el cura.
Porque chanzas de habladores,
Comedias de tramoyon,
Ensalmos y coplas, son
Evangelios labradores.
Estaba una villaneja
Oyendo entre los demás,
Tan cari-hermosa, que atrás
Las Amarilis se deja.
Fuéronse á acostar al cabo
Los viejos, y entre la loza
Fregatizando la moza

Con tal gracia (no la alabo
Cual merece) se quedó,
Que si el sol verla pudiera,
Para estropajo la diera
Su dorado moño; yo
Que la ví ensuciando espumas,
Llego por detrás quedito,
Y el sombrero que me quito
La pongo con banda y plumas;
Y ella entónces, no peñasco,
Pero algo requeson ya,
Respondióme «arre allá.»
En un espejo, ya casco,
Se fué á mirar al candil,
Y arrimando la sarten,
Dijo: «á ver si me está bien;»
El dimoño que es sutil,
Hizo entónces de las suyas,
Si Pedro yo de Urdemalas;
Y, como extranjeras galas
En bobas son aleluyas,
Tanto pudieron con ella
Que, á los ecos de un «marido
Tuyo soy,» (hechizo ha sido
Que encanta á toda doncella)
Siendo tálamo el escaño,

La chimenea madrina,
A vista de la cocina
Hicimos año, buen año.
Dueña, aunque no de su casa,
La moza, y yo ya su dueño,
Entró el sol antes que el sueño,
Y Cari-cuerdas Tomasa,
(Que este apellido le dan)
. Me conjuró que cumpliese
La promesa, y que volviese
En saliendo capitan
Por ella; y á fé de hidalgo
Que he de hacerla mi mujer,
Si bien esto no ha de ser
Mientras capitan no salgo.

(La Huerta de Juan Fernandez)

—

—Casarás, ¿cuándo ó con quién?
—¿Cuándo? mañana temprano
Que ansina el cura lo dijo:
¿Con quién?—Con Anton, el hijo
De mi viejo Bras Serrano.
¿Cómo?—Con juntar las palmas
Al tiempo que el sí pregunten.
Más ¿qué importa que las junten

Si nó se juntan las almas?
—¿Dónde? en cas del escribén
Que mos hace la escritura.
—¿Por quién? Por mano del cura
Delante del sacristen.
—Y vos, ¿qué habeis respondido?
—Que despues ví el otro dia
El mal gesto que ponia,
Pariendo, la de Garrido,
No casarme habia propuesto
Por no verme en apretura,
Y porque en la paridura
Sintiera tener mal gesto.
—¿Y en fin?
—En fin, lloró Anton,
Enojóse la tendera,
Rogómelo la barbera,
Tengo blando el corazon,
Y, mostrándome un sayuelo
Con vivos de carmesí,
Entre dientes le dí el *sí*.
—¿Sí distes?
—Mirando al suelo.
—¿Pues qué tengo de hacer yo?
—Su merced debe burlarse.
—¿Pues qué, habia de casarse

Conmigo?
—¿Pues por qué no?
—¿A fé que se casaria?
—Ay cielos! ¿no os lo juré?
—Es verdad, no me acordé:
Pero no es pasado el dia.
—¡Qué el engaño áun en sayales
Viva!
—No llore, verá...
—¿Qué he de ver?
—Que en yendo allá,
Puje la novia en seis reales;
Podrá ser que se la lleve;
No se aflija, puje y pruebe.

(La Villana de Vallecas,

—

—¿Cómo te llamas?
—Carballo,
Porque no sé en qué fayaneas
Mi madre, ausente el marido,
Jugando pidió el partido
(Son las gallegas muy francas)
Y un lencero algo molesto
Que el matrimonio terció,
Perdiendo se levantó,

Y yo me quedé por resto.
Volvió el propietario á casa
Y como, ausente de un año,
Vió que el delantal de paño
Se ahoraba, dijo: ¿Esto pasa?
Mujer, ¿cómo habeis podido
En doce meses de ausencia
Sufrir tanta corpulencia?
—Porque ogaño no ha llovido,
Respondió; segun lo prueba
El pronóstico del cura,
No ha de parirse criatura
Ogaño, mientras no llueva.
Él, viendo que averiguallo
Era ofender á su honor,
Dijo: «escarballo es peor»;
Por esto el hijo es Carballo. (1)

(Escarmientos para el cuerdo.)

—

—¿Buscais amo?

(1) Si fuéramos á hacer notar los excesos del desenfado de Tirso en los diálogos y descripciones de costumbres villanescas, el cuento no acabaría nunca. Limitémonos, pues, á esperar que, puesto que se perdonaron en la escena en los tiempos *más católicos*, se perdonarán *hoy* en el libro, en gracia de la imponderable gracia de esos atrevimientos de la musa más retozona del teatro español del siglo de oro.

—Busco un amo.
Que si el cielo los lloviera
Y las chinches se tornaran
Amos; si amos pregonaran
Por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado
Y ciego yo los pisara,
Nunca en uno tropezara
Segun soy de desdichado.
—¿Qué, tantos habeis tenido?
—Muchos, pero más enormes
Que el lazarillo de Tórmes.
Un mes serví, no cumplido,
Á un médico muy barbado,
Bello sin ser aleman,
Guantes de ámbar, gorgorán,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia;
Pero no se me lograba
El salario que me daba,
Porque, con poca conciencia
Lo ganaba su mercé,
Y, huyendo de tal azar,
Me acogí con Cañamar.
—Mal lo ganaba? ¿por qué?
—Por mil causas: la primera

Porque con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos,
Curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
Estudios, libros galenos,
Ni gente que estudie ménos.
Con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar
No parando en todo el dia?
Yo te diré lo que hacia
Mi médico: al madrugar.
Almorzaba de ordinario
Una lonja de lo añejo,
(Que era castellano viejo)
Y con este letuario
Agua vitis (que es de vid)
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los egrotos de Madrid.
Volvíamos á las once;
Considere el pio lector
Si podria mi doctor,
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales
Y fístulas, revolver
Hipócrates, y leer

La cura de tantos males.
Comia luego su olla
Con un asado manido,
Y despues de haber comido,
Jugaba cientos ó polla;
Daban las tres, y tornaba
Yo la maza y él la mona,
Y cuando á casa llegaba,
Ya era de noche, acudia
Al estudio, deseoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del dia,
En ver los expositores
De sus Rasis y Avicenas;
Asentábase y apenas
Hojeaba dos autores,
Cuando doña Estefanía
Gritaba: «hola, Inés, Leonor,
Id á llamar al doctor,
Que la cazuela se enfria:»
Respondia él: «en una hora
No hay que llamarme á cenar.
Déjenme un rato estudiar:
Decid á vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de la condesa,

Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo;
Y es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada;
Que á Dioscórides le agrada,
Mas no lo aprueba Galeno.»
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver al doctor,
Decia: «Acabad, señor;
Cobrado habeis harta fama,
Y demasiado sabeis
Para lo que aquí ganais;
Advertir, si así os cansais,
Que presto os consumireis:
Dad al diablo los Galenos
Que os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos más ó ménos?»
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba,
Los testos muertos cerraba
Por estudiar en los vivos:
Cenaba muy en ayunas
De la ciencia que vió á solas,
Comenzaba en escarolas
Acababa en aceitunas:

Y acostándose repleto,
Al punto de madrugar,
Se volvia á visitar
Sin mirar un quodlibeto.
Subia á ver al paciente,
Decia cuatro chanzonetas,
Escribia dos recetas
De estas que ordinariamente
Se eligen sin estudiar,
Y luego los embaucaba
Con unos modos que usaba
Extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á vueseñoría
Son flatos é hipocondria,
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vítreas que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alkermes, que dén
Al hepate y al esplen
La sustancia que el mal come.»
Encajabánle un doblon,
Y asombrados de escucharle.

No cesaban de adularle
Hasta hacerle un Salomon:
Y juro á Dios que teniendo
Cuatro enfermos que purgar,
Le ví un dia trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas que llevó
Escritas (fuesen ó no
A propósito) á palacio.
Y recetada la cena
Para el que purgarse habia,
Sacaba una y le decia
Dios te la depare buena.
¿Parécele á vuesarcé
Que tal modo de ganar
Se me podia á mi lograr?
Pues por eso le dejé.
—Escrupuloso criado.
—Acomodéme despues
Con un abogado, que es
De las bolsas abogado,
Y enfadóme que aguardando
Mil pleitantes que viese
Sus procesos, se estuviese
Cuatro horas enrizando

El bigotismo, que hay trazas
Dignas de un jubon de azotes:
Unos empina bigotes
Hay á modo de tenazas
Con que se engoma el letrado
La barba que en punta está.
¡Miren qué bien que saldrá
Un parecer engomado!
Dejéle en fin, que estos tales
Por engordar alguaciles,
Miran derechos civiles
Y hacen tuertos criminales.
Serví luego á un clerigon
Un mes, pienso que no entero,
De lacayo y despensero;
Era un hombre de opinion:
Su bonetazo calado,
Sucio, grave, carilleno,
Mula de veintidoseno,
El cuello torcido á un lado,
Y hombre en fin que nos mandaba
A pan y agua ayunar
Los viérnes, para ahorrar
La pitanza que nos daba;
Y él comiéndose un capon
(Que tenia con ensanchas

La conciencia, por ser anchas
Las que teólogas son)
Quedándose con los dos
Alones cabeceando,
Decia, al cielo mirando,
«¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»
Dejéle, en fin, por no ver
Ente que, tan gordo y lleno,
Nunca á Dios llamaba bueno
Hasta despues de comer.
Luego entré con un pelon
Que sobre un rocin andaba,
Y aunque dos reales me daba
De racion y quitacion,
Si la menor falta hacia
Por irremisible ley,
Olvidando el *agnus dei*,
Quitolis racion, decia.
Quitábame de ordinario
La racion, pero el rocin
Y su medio celemin
Alentaba mi salario,
Vendiendo sin redencion
La cebada que le hurtaba.
Conque yo racion llevaba
Y el rocin la quitacion.

Serví á un Moscatel, marido
De cierta doña Mayor
A quien le daba el señor,
Por uno y otro partido
Comisiones, que á mi ver
El poseyente cobraba,
Pues con comision quedaba
De acudir á su mujer.
Si te hubiera de contar
Los amos que varias veces
Serví, y andan como peces
Por los golfos de este mar,
Fuera un trabajo escusado,
Bástete saber que estoy
Sin comodo el dia de hoy
Por mal acondicionado.

(Don Gil de las calzas verdes.)

—

—No creas
Los que lleguen á adularte,
Porque hallarás infinitos
Que tus dádivas disfruten,
Y en el peligro te imputen
Sus traiciones á delitos.
No todo lo que es brillante

Riqueza al avaro ofrece;
Oro la alquimia parece,
Vidrio hay que imita al diamante.
La luz que una antorcha feria,
Al sol competir procura,
Mas sólo su llama dura
Lo que dura su materia:
Escarmientos te propone
El sol, á quien salvas hace
El ruiseñor, cuando nace,
Y huye de él caando se pone.
Tal vez dora la experiencia
Un bronce, una piedra, un leño,
Que engaña al que no es su dueño,
Oro sólo en la apariencia.
Huye amigos afectados
Cuando lisonja te ofrezcan,
Que, aunque fieles te parezcan,
En vez de oro son dorados.
(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Blasonaba mi vigor
Desprecios de mi desden;
Guárdese de querer bien
Quien nunca ha tenido amor;

Que cuando con más valor
El bronce suele mostrarse
Al fuego, que apoderarse
De su materia pretende,
Cuanto más tarde se enciende
Dura más en conservarse.

(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Lo que puede una beldad.
Pues por más que un bolsillo haga,
Es como dar con el toro,
Y cobrando en plata ú oro
Paga en cuartos, si es que paga.

(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Á cuatro casas de aquí
Por el barbero salí,
Y de ventosas cargado
Hallé en su casa al maeso
Que iba á echar á un tabardillo,
Y de sangrar de un tobillo
Á doña Inés Valdivieso
Acabada de volver.

....

Ha estudiado cirugía,
No hay hombre más afamado;
Ahora escribo un tratado
Todo de flomotomía.
Suele andar en un machuelo
Que en vez de caminar, vuela:
Sin parar, saca una muela;
Más almas tiene en el cielo
Que un Herodes ó un Neron;
Conócenle en toda casa;
Por donde quiera que pasa
Se llama la Extrema-Uncion.

(Las Amazonas de las Indias).

—

—¡Que sin ser mi hermana madre
Me cele hasta el tropezar,
Pretendiéndome casar
Con quien puede ser mi padre!
Es desatino terrible:
Cuanto más lo considero
Más me aflijo y desespero.
¡Yo en el Abril apacible
De quince años con setenta!
¿Qué importa toda su plata
Si cuando dármela trata

Con el estaño la afrenta
De la vejez que la obliga?
¿Ni de qué valor serán
Todas sus barras, si están
Mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebro
Y estando juntos los dos
Me dice amores con tos,
Me arroja un diente requiebro,
Y con él me descalabra,
¿Qué he de hacer con un marido
En la ejecucion fallido
Y fecundo de palabra?
No, Jusepa, no es adorno
De Mayo, el caduco Enero:
Con un marido escudero
Á la tahona de un torno.
Los celos siempre á la mano
Sujeta á algun testimonio.
¿Yo monja del matrimonio?
¿Yo el perro del hortelano?

(Las Amazonas de las Indias).

—

—¿Poeta y envia presentes?
El primero ha sido entre ellos

Que ofrece oro, sin cabellos,
Y envia perlas, sin dientes.
(Las amazonas de las Indias).

—

—La senectud sin calor
Es nieve que se dilata
Al fuego que la maltrata;
Necia será si no admite
Años que el amor derrite,
Pues se queda con la plata.
(Las Amazonas de las Indias).

—

—La mujer en opinion
Siempre más pierde que gana,
Que son como la campana,
Que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
Que opinion viene á perder,
Cuando cualquiera mujer
Suena á campana quebrada.
(Las Amazonas de las Indias).

—

—Decí al príncipe, señor,

Que si supiera el contento
Qúe mi grosero sustento
Y traje de labrador
Me causó siempre, y lo poco
En que estimo los blasones,
Noblezas y pretensiones
Que llama honra el vulgo loco,
Yo quedara disculpado
Y tuviera su grandeza
Más envidia á mi pobreza
Que yo á su soberbio estado;
Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene:
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos.
(La elevacion por la virtud).

—

—Mi opuesto rico, mujer
La causa de mi cuidado;
Él todo oro, ella mercado,
Y amor, comprar y vender.
(La lealtad contra la envidia).

—

—Que gozos que no aseguran

No se deben pretender,
Y hay cosas que al parecer
Deleitan, pero no duran.
Luz de relámpago breve,
Sol y flores por Febrero,
Amistad de pasajero,
Bebida en Julio de nieve,
Y presuncion de belleza
Que al espejo se ha mirado,
Son como amor de soldado
Que se acaba cuando empieza.

(La lealtad contra la envidia).

—

—Privilegiada crecia
De amor la honesta beldad
Que amé, pero en esta edad
Con ellas nace y se cria.
Creer que hay plaza vacía
En bellezas con sazon,
Es ignorante opinion.
Pretendan amantes tiernos
En damas como en gobiernos
La futura sucesion.

(La lealtad contra la envidia).

—

—Mi honestidad defendí,
Bien que mi dueño intentó
Con regalos y ternezas
Obligarme á sus finezas.
—Si un año te *finezó*
Serás racimo en la parra,
Que aunque á la apariencia sano
Llega un tordo y pica un grano.
Llega un paje y otro agarra;
Y el matrimonio, espantajo,
Por más que en su guarda vele,
De puro picado suele
Hallar sólo el escobajo.
(La lealtad contra la envidia).

—

—No sabré yo her buen casado.
—Ya que en eso hemos tocado,
Hombre que está sin mujer,
Maroto, no es hombre entero,
Pues le falta la mitad.
—¿La mitad? ¿Cómo?
—Escuchad:
¿De nuestro padre el primero
No dice el cura que á Eva
Durmiendo un dia sacó?

—De sus huesos la formó.
—Luego la mitad le lleva.
—No me casaré aunque pueda
Con mujer que en eso dá,
Que al hombre le quitará
La otra mitad que le queda.
Y á fé que es cosa inhumana,
Que formándose de un hueso
Tan firme, tan duro y tieso,
La mujer sea tan liviana.
Dadla á la buena ventura;
Que es, en fin, la más hermosa,
Si de carne peligrosa
Y si de hueso muy dura.
—No decís mal.
—Y aun por eso.
Las mujeres, Niso, son
De tan mala digestion
Cual no se digiere el hueso.
—Pues mi Laurencia no es tal,
Ni en liviana ó dura peca,
Que en lo amoroso es manteca,
Y en lo honrado, pedernal.
No hay en Aragon mujer
Que mejor os pueda estar,
Y si os la vengo á pintar

Yo sé que la heis de querer.
Sus años verdes y en flor,
Y su hermosura, en la aldea,
No hay borrico que la vea
Que no rebuzne de amor.
Es de una imágen su cara;
¿Con qué la lava dirás?
Con lleve el diablo lo más
Que un caldero de agua clara.
Los cabellos no dirán
Son que al sol causan vergüenza,
Y cuando en cola los trenza
A las rodillas la dán.
La frente bruñida y lisa,
Las cejas son de amor arcos,
Los ojos, si no son zarcos,
Provocan á amor y á risa.
Pues los carrillos, no hay mozo
Que no cante al descobrillos,
«Más valen vuestros carrillos
Que el carrillo de mi pozo.»
De las narices, no pocos
Han dicho «alegre estuviera
Laurencia, si amor me hiciera
De vuestras narices mocos.»
¿Pues qué la boca? aunque pasa

De raya, limpia y risueña,
Que no es bien que sea pequeña
La portada de la casa.
Los dientes altos y bajos,
En hilera y procesion,
Piñones mondados son
Ó á lo ménos dientes de ajos.
¿Qué diré de los hocicos?
Son que amapolas parecen
Cuando entre los trigos crecen;
¿Pues los dos hoyuelos chicos
Que hace en riéndose? El cielo.
A tener allá su cara,
En ellas creo que jugára
Con el amor al hoyuelo.
¿Pues la barba que otra cria
Mas abajo del cristal?
Con ella el mejor zagal
Barba á barba la hablaria.
Las tetas son naterones
Y los corpiños encellas
Que mamára amor en ellas
A no encubrir los pezones.
Las manos, que nunca adoba,
Más brancas fueran que el pecho
A no habellas callos hecho

Ya el cedazo, ya la escoba.
La cintura puede entrar
Aquí, y si amor navegara,
Mejor su estrecho pasára
Pardiez que el de Gibraltar.
Pues aquella redondez
Monte de nieve y cristal
Rodara encima el brial
Por ella amor cada vez.
Pues las piernas, si en el rio
Lava por que el cristal borre,
Corrido de vellas corre
Más apriesa y con más brio.
Los piés calzan once puntos
Cuando le aprieta el botin;
Mas sea ella honrada, en fin,
Que no mirarás en puntos.
Pintada os la tengo toda,
Puesto que mal y en bosquejo;
Lo demás allá os lo dejo
Para el dia de la boda. (1)

(La Dama del olivar)

—

(1) Hay sobra de *naturalismo* en esta pintura; pero todo está cubierto con el gracioso ropaje y las galas del ingenio de Tirso.

—Gallardo, ya estoy cansado
De tanta seda y brocado;
Las más graves son más feas;
Hermosura que en la tienda
Se vende, ¿quién la ha de amar?
—Si el afeite es rejalgar,
Bercebú, que las pretenda.
Tu opinion sigo en cuanto eso,
Que caras de soliman
La muerte á un hombre darán
Como píldora en un beso,
Por no vendello de valde;
Hermosura de retazos
De sastre, hecha á pedazos
De color y de albayalde
Con que jablegan sus casas
Como pared de meson,
Caras como colacion,
Cargadas de aceite y pasas.
—Y miel vírgen.
—Es verdad,
Conque engañarnos pretenden
Porque todas ellas venden
Postiza la puridad.
No hay tienda si vás á vella
Porque este discurso sigas.

Que en cintas, bandas ó ligas,
No halles carne de doncella.
Y pues en cintas la pinta
El interés, no me engaño
Cuando sospecho que ogaño
Se usan doncellas en cinta.
—Luego yo discreto soy
En buscar sin compostura
La natural hermosura
De Laurencia.
—Amigo soy
De amor que huele á tomillo,
Y más tomillo salcero,
Que es carne con sal, y quiero
Bien este plato sencillo;
Pero no has de encarecello
Con tanta exageracion,
Que es plata de salpicon
Aunque sabroso al comello,
Que despues huele á cebolla,
Mas diras que es polla bella
Y que por eso con ella
Quieres jugar á la polla.

(La Dama del olivar.)

—

—¿Echastes ogaño gansos?
—Veinte hay que gordos y mansos
La nieve en ellos se pinta.
—Dos de esos serán del cura.
—¿Diezma en todos?
—Como lleva
En toda cosecha nueva
De diez uno, de verdura,
De los pollos, los lechones,
La fruta, el pan y cebada,
¿No fuera cosa extremada
Que diezmara en las quistiones
Los males y calenturas?
¡Mala landre que le tome!
Como las maduras come
Comiera tambien las duras.
—Mas estad con él.
—Quisiera
Que de diez dias que he estado
En la cama desahuciado,
Uno al cura le cupiera.
Diez melecinas me echaron,
Una le vién de derecho.
—Ley fuera esa de provecho
Para el otro que azotaron,
Pues de quinientos tocinos

Cincuenta el cura llevara.
—Yo sé que á álguien le pesara
Á usarse esos desatinos;
Que nadie quisiera ser
Casado en tales porfías,
Porque de diez en diez dias
Le habrá de dar su mujer.
—¡Plugiera á Dios que él tuviera
Tres veces en cada mes
Esa carga, que despues,
Yo sé que el diezmo perdiera
De lo demás que le damos
Por no sufrir tanta pena.
—¿Hay plomo, hay costas de arena
Como aqueste que llevamos
Acuestas con las mujeres?
—¿Y nosotras que sufrimos?
Que hechas esclavas vivimos
Aguándonos los placeres.
Nosotras, de hijos cargadas,
Ya callando, ya meciendo,
Mil dolores padeciendo
Nueve meses de preñadas:
Siempre con temor y susto
De que el parto nos asombre
Dejándonos cualquier hombre

La pena, y llevando el gusto.

(La Dama del olivar.)

—

—La miel de un panal sabroso,
Si se corrompe, en acíbar
Convierte su dulce almibar:
Del vino más generoso
Sale el vinagre mejor;
Y á este modo, Don Guillen,
Se engendra el mayor desden
Del más firme y puro amor.

(La Dama del olivar.)

—

—Que los maridos al uso,
Y más si son cortesanos,
No tienen ojos ni manos,
Que el oro vendas les puso.

(La Dama del olivar.)

—

—Los amigos de importancia
Que se precian de leales,
En los bienes y en los males
Van á pérdida y ganancia.

(Celos con celos se curan.)

—Pero ¿con quién le darás
Celos, rabiosos venenos?
—Con hombre que valga ménos,
Para que lo sienta más. (1)

(Celos con celos se curan.)

—

—Amante que fué querido
Y ruega menospreciado,
Muestra dá de afeminado
Cuando se humilla ofendido.

(Celos con celos se curan.)

—

—En la mesa del amor
Los celos son el salero;
Que, para ser verdadero,
Ellos han de dar favor.
Pero advertid que es error
Echar mucha al que es sencillo;
Con la punta del cuchillo
Toma sal el cortesano,
Porque, con toda la mano,

(1) No puede darse un pensamiento más bella y sencillamente expresado, tratándose de quien procura vengar el dolor de los celos.

No es templallo, es desabrillo.
(Celos con celos se curan.)

—

—Diz que en Madrid enseñaba
Cierto verdugo su oficio,
No sé á qué aprendiz novicio,
Y viendo que no acertaba
(Puesto sobre un espantajo
De paja) aquellas acciones
Infames de sus liciones,
Se echó la escalera abajo
Diciéndole: «Andad, señor,
Y pues estais desahuciado
Para oficio de hombre honrado,
Estudiar para doctor.»
(El amor médico.)

—

—Tuvo un pobre una postema,
Dicen que oculta en un lado,
Y estaba desesperado
De ver la ignorante flema
Con que el doctor le decia:
«En no yéndoos á la mano
En beber, morios, hermano,

Porque esa es hidropesía.»
Ordenóle una receta,
Y cuando le llegó á dar
La pluma para firmar,
La mula que era algo inquieta
Asentóle la herradura
(Emplasto, dijera yo)
En el lado, y reventó
La postema ya madura.
Con que, cesando el dolor,
Dijo mirándola abierta:
«En postemas más acierta
La mula que no el doctor.»

(El amor médico.)

—

—¿Eres dama motilona
De la hermana compañera?
¿Fregatriz ó de labor?
No quiero decir doncella,
Que esta es moneda de plata,
Y como el vellon la premia,
Apenas sale del cuño,
Cuando afirman que se trueca.

(El amor médico.)

—

—¿Cómo, amor, te llaman ciego
Si te engendras de mirar?
¿Por qué tiemblas al hablar
Si te dan nombre de fuego?
¿Por qué quitas el sosiego
Si el mundo paz te ha llamado?
¿Cómo eres rey sin estado?
¿Cómo Dios y estás desnudo?
¿Cómo elocuente, si mudo?
¿Cómo cobarde, si osado?

(El Amor médico.)

—

—La pátria más natural
Es aquella que recibe
Con amor al extranjero;
Que si todos cuantos viven
Son de la vida correos,
La posada donde asisten
Con más agasajo, es pátria
Mas digna de que se estime.

(El Amor médico.)

—

—Esa prueba es escusada,
No hay para que hacerla intentes,

Que aunque veas alaballa,
Ni la verdad posada halla
Ni la pobreza parientes.

(El Amor mèdico.)

—

—¿Siempre os habemos de dar?
¿No habrá una mujer que quiera
De valde? ¿Es amor gotera
Que nunca tien de parar?

(El Amor médico.)

—

—Suegra y nuera, perro y gato
No comen bien en un plato.

(El Amor médico.)

—

—Hicieron, Tello, los cielos
Dos amores; al mayor
Llaman comunmente Amor,
Y al segundo llaman Celos.
—Cuando niño, me contaba
Mi madre que quiso hacer
Hombres el diablo, por ver
Si los del cielo imitaba,

Y que le salieron monas,
Con que temor me ponia
Todas las veces que via
Querer imitar personas.
Y así dijeras mejor,
Por la envidia y sus desvelos,
Que no son amor los celos,
Sino monas del amor.

(Siempre ayuda la verdad.)

—

—¿Quires ver cuán venturoso
Soy? Pues escucha.—Una siesta
Soñaba que me habia hallado
Tres bolsas y dos talegas
De doblones á dos caras;
Tendilos sobre una mesa
Y cuando empecé á contarlos
Al primero me despiertan,
Dejándome de la galla
Sin permitirme siquiera
Que entresueños recrease
Mi codicia con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban
(Sacándome á la vergüenza
Por las calles de la córte)

Cuatrocientos de la penca.
Iba yo cari-vinagre
Llorado de verduleras,
Entre escribas y embarados,
Las espaldas verengenas:
Y á cada *Esta es la justicia*,
Me pespuntaba el gurrea
Los ribetes cuatro á cuatro,
Cual Dios le dé la manteca.
Considera tú qué tal
Iria mi reverencia,
Que vive Dios que escocian
Como si fueran de veras.
Pues fué mi ventura tanta,
Para que envidia la tengas,
Que hasta el último pencazo
No desperté; de manera
Que, cuando sueño doblones,
Al primero me despiertan,
Y cuando azotes, me obligan
Que hasta el cuatrocientos duerma.

(Amar por señas.)

—

Si vos el hechizador
Lo sentis como lo habrais,

A buen puesto vos llegais,
Que á la fé que os tengo amor.
No lo saben sermonear
Los de acá tan á lo miel,
Quizás lo hace el buriel,
Ó el carrasqueño manjar:
Mas vos, aunque cari-chato,
En cada ojo socarron
Tenedes, si hechizos son,
Dos varas de garabato.'
Yo sirvo al mejor serrano
Que toda la Limia tien;
Es rico, y home de bien
Y cinco ducados gano.
Siete dá á cada baquero,
Si él os recibe y conoce,
Siete y cinco serán doce,
Juntaremos el dinero,
Haremos hucha yo y vos,
Diez años le serviremos,
La alcancía quebraremos
A los diez años los dos:
A doce ducados son,
Diez años, si bien lo cuento,
Diez á doce, veinticiento,
Que será lindo pellon.

Compraremos bacorriños,
Que los gallegos son bravos,
Un prado en que sembrar navos,
Diez cabras y dos rociños.
Cogeremos, ya el centeno
Ya la boróa, ya el millo,
Buen pan éste, aunque amarillo.
Sano el otro, aunque moreno;
Gallinas, que con su gallo
Nos saquen cada año pollos,
Manteca de vaca en rollos,
Seis castaños, un carballo,
Una becerra y un buey,
Y, los diez años pasados,
Podrá envidiarnos casados
El conde de Monterey.
—¿Diez años?
—Pues ¿por qué no?
—Diez años, y sin rascar,
Diez años, será rabiar.
—Mondaré nísperos yo.
—¿Cómo te llamas?
—Dominga.
—Mi fiesta de guardar eres;
Si á lo prestado me quieres,
Tu esclavo soy, ata y pringa.

Ya estarás golosmeada,
Mas dudar en esto es yerro
Pasarte la cruz del ferro
Que vendrás desejaldrada;
¿No has querido á nadie?

—¿Yo?

Soy por vida de mi padre
Tan vírgen como mi madre
Me parió.

—Deja el parió
Y á lo postrero te allega;
Pues yo me sé, aunque porfías,
Que son muchas gollerías
Pedir doncellez gallega.

(Mari-Hernandez la gallega.)

—

No hay criatura sin amor,
Ni amor sin celos perfecto,
Ni celos libres de engaños,
Ni engaños sin fundamento.

(Mari-Hernandez la gallega.)

—

—Yo sé de cierto señor
Algo regalado y tierno,

Que acostándose el invierno
Despues que el calentador
La cama le sazonaba,
Se levantaba en camisa
Y, dando causa á la risa,
Desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente
Y juzgaba á desvarío
Que tiritase de frío
Y diese diente con diente
Quien abrigarse podia;
Mas él, despues de haber dado
Sus paseos, casi helado
Á la cama se volvia
Diciendo: «Para estimar
El calor que ahora adquiero,
Es necesario primero
El frio experimentar.»

(La fingida Arcadia.)

—

—Á cierto rey adulaba
Un privado, ó necio ó loco;
Era cojo el rey un poco,
Y el otro le remedaba.
Cojo, estando sano, andaba:

Imitaron sus antojos
Los demás, y, dando de ojos
Cuantos iban á palacio,
Llenaron en breve espacio
Toda la corte de cojos.

(La fingida Arcadia.)

—

—Diz que hay ángeles en cinta
En ese lugar, señor;
Como está Madrid sin cerca,
Á todo gusto dá entrada;
Nombre hay de Puerta-Cerrada,
Mas pásala quien se acerca.
Doncella y corte son cosas
Que indican contradiccion.
—¿Malicioso?
—Y con razon:
Las ciruelas más sabrosas
Mientras en su flor están,
En el árbol se aseguran;
Pero al momento maduran,
Que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa
Ciruela en el árbol es,
Y á veces de treinta y tres

Es con flor ciruela-pasa.
Pero en Madrid no hay ninguna
Que sea lo que parece,
Porque, en naciendo, se mece
En un coche en vez de cuna.
Y así á marearse basta
Cochizando dia y noche;
Que, en fin, doncellas en coche
Son ciruelas en banasta. (1)

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

—¡Oh pié digno de un chapin
Que por lo corto das cinco,
Mejor fueras para brinco
De un letrado camarin!
¡Válgame el cielo! ¿Que esté
En tan chico pedestal
Todo un cuerpo? No hará mal
De aqueste pié un punta pié:
Compraràle yo á ser Fúcar,
Celebrárale poeta;

(1) Las punzadas satíricas contra el afan de coche que aquejaba á las damas de aquel tiempo, se encuentran en todos los autores de comedias del siglo de oro, tan parecido al nuestro.

Quité escarpin y calceta
Y ví un juguete de azúcar,
Una manteca soriana,
Un bollo de manjar blanco,
Y dije: ¡Oh quién fuera banco
De este pié, cada mañana!
Tan igual, tan ampollado,
Tan tierno, con tanto aliño,
Tan melindroso, tan niño,
Y, en fin, tan desjuanetado,
Que empezando su retrato
En el alma mi aficion,
Se calzó mi corazon
Como si fuera zapato.

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

—La majestad se acompaña
Siempre de la adulacion;
No sé qué tiene con ellos
La verdad, que huyendo de ellos
Tan raras las veces son
Que sigue la autoridad
De majestades servidas,
Que un rey, si no por oidas,
No conoce la verdad.

(Enemigo el primer consejo.)

—Los dineros
Son los parientes mejores.
Nunca en parientes me fundo,
Por negarte, negarán
Que no descienden de Adan:
No hay tal pariente en el mundo
Como el dinero en la mano,
Éste es pariente de veras
Que lo demás es quimeras,
Este es padre, primo, hermano.

(La villana de la Sagra.)

—

—¿Tú que te comes los hombres,
Temes una bestia?
—Sí,
Por más que de eso te asombres;
Reñir con dos ó con tres
Hombres, muchas veces es
Honra y no temeridad,
Porque con facilidad
Por valiente ó por cortés
Se libra, y más cuando alcanza
La experiencia de las tretas
Con que nos dejó Carranza (1)

(1) Carranza, era un maestro de armas y tirador muy diestro, algunas otras veces citado en las comedias del teatro antiguo por galanes y graciosos.

Lineas oblícuas y retas,
Dando ciencia á la venganza.
Puede un hombre si acosado
Riñendo, de otro se vé,
Decir: «Yo he experimentado
»Que vive en vuesa mercé
»Todo el valor abreviado:
»Por servillo y aplacalle.
»Ni rondaré aquesta calle
»Ni hablaré á doña Mencía,
»Y si de la amistad mia
»Gusta, vendré á acompañalle
»Desde hoy.» Y si es caballero
Oblígale el buen hablar;
Si es capeador, el dinero:
Si es valenton, el quedar
Por más valiente y más fiero:
En fin, siempre hay esperanza
Por más enojo y venganza
Que al más colerico obligue,
Si es hombre que se mitigue
Con dineros ó crianza...
Pero un toro, cuando deja
La capa que despedaza
Y á las espaldas aqueja
Al dueño, dándole caza,

Llega tú, y dile á la oreja:
«Señor toro, la nobleza
»Ilustra la fortaleza;
»Corte la cólera un poco,
»Que es propio del necio y loco
»El dar siempre de cabeza.»
Y verás cómo repara
Si tu amistad le prometes,
Y luego vuelves la cara
Abriéndote dos ojetes
Por detrás, de media vara.

(Marta la piadosa.)

—

—Besando á vuestras mercedes...
—¿Qué?
—Las manos.
—Socarron,
Flemáticas manos son,
Pues en el beso te quedes.
—Pues en cualquiera suceso
¿Qué venta puedo yo hallar
Donde me pueda quedar
Con más gusto que en un beso?

(Marta la piadosa.)

—

—Siempre fueron los peligros
Del amor y la amistad
Piedra toque que descubre
El oro que vale más.

(Palabras y plumas)

—

—Dicen que en tiempos pasados
Seguro el leon dormia,
Viéndose en la posesion
Pacífica de su imperío;
Juzgaron á vituperio
Los lobos que ansí el leon
En los dos mundos tuviese
Dominio tan absoluto
Sin que se escapase bruto
Que su nombre no temiese.
Y haciendo entre todos liga
Como durmiendo le vieron,
Sus estados repartieron,
(Tanto la ambicion instiga).
Y consultando sus robos
Afirman, mas será error,
Que alguno que era pastor
Se coligó con los lobos.
Por cuatro partes marcharon

Y fué accion poco bizarra;
El leon que los sintió
Dió un bramido, bostezó
Y enseñóles una garra,
Con que el ánimo perdido
No hay quien del temor no muera.
Si despertara ¿qué hiciera
Quien mata con un bramido?

(Desde Toledo á Madrid.)

—

—Las desdichas nunca vienen
Una á una, que los males
Se precian de acometer
En cuadrillas como alarbes.

(Amar por arte mayor.)

—

—Lo que no cuesta deseos
No lo estima el gusto en nada,
Que á las fáciles empresas
Siempre sigue la mudanza.

(La Romera de Santiago)

—

En el apetito
Que no es legítimo amor,
Suele el arrepentimiento
Seguir á la posesion.
(La Romera de Santiago.)

—

—Acudió á cierta pendencia
De noche un juez, y uno de ellos
Le hirió, queriendo prendellos,
Sin que de esta resistencia
Se descubriese al autor.
El sastre nuestro vecino,
(Que si ya no es con el vino
Nunca ha sído esgrimidor),
Estando en su casa quieto
Fué sin culpa denunciado
De un enemigo taimado;
Prendiéronle, y en efecto,
La furia del juez fué tal,
Que sin formalle proceso
Ni averiguar el suceso,
Sobre el usado animal
Entre la una y las dos
Le hizo dar aquella noche
Un jubon, cual él se abroche

En galeras, ruego á Dios.
Como era entonces tan tarde
Cual ó cual tuvo noticia
Del rigor de la justicia.
Pero el otro, haciendo alarde
De su injuriada inocencia,
Del juez se querelló
Y ante el consejo probó
Que cuando la resistencia
Sucedió, estaba acostado;
Conque, mandó el presidente
En fé de estar inocente
Y el juez haber mal andado,
Restituirle la honra;
Y así por las calles reales
Con trompetas y atabales
De la pasada deshonra
Se purga con gorra y calza
En medio de dos señores
Donde de sus valedores
La chusma toda le ensalza.
Y cada cual admirado
Como no sabe quién es
Pregunta: ¿Cual de los tres
Es, compadre, el azotado?
Y respóndele, *el de en medio;*

De modo que ya la fama
El azotado lo llama.
Miren qué gentil remedio
De honrarle en mitad del dia
Si de noche le afrentaron,
Y de los que lo asentaron,
Cual ó cual el mal sabia.
Hánle honrado en fin los jueces
Y agora pasa esta calle,
Mas yo digo que el honralle
Es afrentalle dos veces.
Pues despues de paseado
Y soldado su desastre,
No le llamarán el sastre
Sino sólo *el azotado*.

(El Celoso prudente.)

—

Que siendo mujer
Bien pudiera adivinar
Que reviento por saber,
Y en sabiendo, por hablar.

(El Celoso prudente.)

—

Bien llamarte fuego intenta

Amor, quien tus ansias siente,
Porque el fuego que está ausente
Ni le abrasa, ni calienta.

(El Celoso prudente.)

—

—Estate dos horas quedo.
No muestres que te apasionas,
Las mujeres y las monas
No han de conocer el miedo,
Que, conociéndole, muerden.

(El Celoso prudente.)

—

Hace entender la doncella
A su noble padre, viejo,
Que toma acero en abril,
Y sale vivo el acero.
Hace entender la soltera
Que tiene treinta requiebros
Que son todos primos suyos,
Y creénlo todos ellos.
Hace la viuda creer
Con más tocas que un armenio
Que es bayeta lo que viste,
Y es oro todo el manteo.

¿Y no quieres tú creer
Lo que todos están viendo?
Acaba ya, que es locura
Negar lo que ven los ciegos.
(La Mujer por fuerza.)

—

—Yo fuí ayer,
(Escuchad un cuento extraño)
En busca de cierto amigo
Aposentado en la plaza,
Esa que el aire embaraza
De su soberbia testigo,
Usurpando á su elemento
El lugar con edificios
De esta Babilonia indicios,
Pues hurta la esfera al viento.
Pregunté en la tienda: «¿Aquí
Vive Don Juan de Bastida?»
Y dijo: «No oí en mi vida
Tal nombre:» al cuarto subí
Primero, y en una boda
Vi una sala que entre fiestas
Hombres y damas compuestas
Estaba ocupada toda.
Pregunté por mi Don Juan,

Y díjome un gentilhombre:
«No hay ninguno de ese nombre
De cuantos en casa están.»
Llegué al segundo, trasunto
Del llanto y de la tristeza,
Y de una enlutada pieza
Vi cargar con un difunto.
Al son de responso y llanto
Que á dos viejas escuché,
Por mi Don Juan pregunté,
Respondióme una entre tantos:
«No sé que tal hombre viva
En esta casa, señor.»
Subí huyendo del dolor
Funesto al de más arriba,
Y hallé una mujer de parto
Dando gritos la parida,
Y á Don Juan de la Bastida
Plácemes, que en aquel cuarto
Habia un año que vivia
Con hijos y con mujer:
De modo que llegué á ver
En una casa en un dia
Bodas, entierros y partos,
Llantos, risas, lutos, galas,
En tres inmediatas salas,

Y otros tres contíguos cuartos,
Sin que unos de otros supiesen
Ni dentro una habitacion
Les diese esta confusion
Lugar que se conociesen.

(La Celosa de sí misma.)

—

—Una dama en apariencia
Pasaba por una calle,
Hallándose airosa y tiesa
Más que un alcalde de corte.
Enamoróse de verla
Un galan por las espaldas,
Porque el talle y gentileza
Con que jugaba el chapin
Y tremolaba la seda,
Cuando ménos prometia
Una española Belerma;
Adelantó gusto y pasos,
Y, volviendo la cabeza,
Vió un ángel de Monicongo
Con una cara pantera.
Santiguóse el hombre y dijo:
¡Jesús! ¿Delante tan fiera
Y tan hermosa detrás?

Y respondióle la negra:
«Si parécele miror
Espaldas que delantera
Y trancera estar hermosa,
Bese vuesarcé trancera.»
(La Celosa de si misma.)

—

—No me espanto: todo aquello
Que está en ageno poder,
Tiene el gusto por más bello,
Y el valor suele perder
En llegando á poseello.
Juzgaste ayer á tu esposo
Por prenda agena, y así
Te pareció mas hermoso;
Viene á ser tu dueño aqui
Y júzgasle ya enfadoso.
(La Celosa de si misma.)

—

—Porque es la mujer en suma
Como pájaro liviano,
Que, en abriéndola la mano,
Vuela y si deja algo es pluma.
(El Caballero de Gracia.)

—Dicen que en cierta nacion
Era por rey adorado
Aquel que acuestas tenia
La cosa de mayor peso,
Saliendo con el suceso
Quien más tiempo lo sufria.
Una vez se convocó
El pueblo á elegir cabeza:
Y hubo quien tal fortaleza
Entre los demás mostró,
Que un ébano entero tuvo
Dia y medio, sin que hubiese
Quien competir se atreviese
Con él; y al tiempo que estuvo
Casi el reino en su poder
Y el pueblo le engrandecia,
Otro salió que traia
Acuestas á su mujer;
Y la gente convocada
En su favor sentenció,
Que con la mujer no halló
Otra cosa más pesada.

(El Caballero de Gracia.)

—

—.........En Roma vió

A un pastor Octaviano
Que sólo le distinguió
De él trage y hablar villano;
Tan su simil, que hechos jueces
Los ojos, dijo: «¿Tu madre
(Ya que así te me pareces)
Estuvo aquí?—No: mi padre
(Respondió) sí, muchas veces.»

(La Ventura con el nombre.)

—

Dotes que maridos compran
Les obligan como esclavos
A indignidades de honor,
Por ser maridos comprados. (1)

(El mayor desengaño.)

—

—El que en los príncipes fia
Y á la cumbre del poder
Por el favor va subiendo,
Mire cómo asienta el pié.
Por escaleras de vidrio
Sube el privado más fiel

(1) En esto de compra y venta de joyas del honor, es más siglo de *oro* el nuestro que el de Tirso.

Y es fácil, cuando descienda,
Ó deslizar ó romper.
(El mayor desengaño.)

—

—Ruega, regala humillado
Si el desden quieres vencer:
Que no es árbol la mujer
Que ha de dar fruto forzado.
(El mayor desengaño.)

—

—Que era la envidia leí
De la condicion del pulpo,
Que se está royendo á sí.
(Santa Juana.)

—

—Toro se llama la cama
Del matrimonio, en latin,
Etimología ruin
Sacará de ella la fama.
(El Aquiles.)

—

—Bien le quiero,
Mas que es tambien considero

Determinacion cruel,
Ser su esposa, *porque están*
En estado arrepentido
Cuantas han hecho marido
Del que ántes fué su galan.
Y recélome, en efeto,
Que el galan, cuando se casa,
Como ya sabe la casa,
Entra perdiendo el respeto.

(Quien no cae no se levanta)

—

—Viene Fray Domingo á casa
Y endiósala de manera,
Que si el mundo fué de cera,
Para Dios es ya de masa.
Su padre está tan contento
Como ántes estaba triste,
Sayal y estameña viste,
Yerbas son nuestro sustento,
Que carne no es ya comida
Que dé á nuestra mesa ayuda.
—Opilóse con la cruda
Y págalo la cocida.

(Quien no cae no se levanta.)

—

—Calle el alma lo que siente
Porque sienta lo que calla,
Que amor que palabras halla
Tan falso es como elocuente.

(La vida de Herodes.)

—

—¿Para qué era menester
Potro, cordel y testigos,
Ni mayores enemigos
Que el secreto y la mujer?
¿No veis que en las más calladas
Cuando se ven en aprieto,
Es mal de madre el secreto
Que las hace dar arcadas?

(La vida de Herodes.)

—

—... Dos caras
Suelen dar á la mujer,
Una hermosa y otra fea;
La hermosa es cuando compuesta
Hace al gusto plato y fiesta
Y los sentidos recrea:
Pero cuando se levanta
Dicen que pone temor,

Que una cara en borrador
No enamora, sino espanta.

(La República al revés.)

—

—El primer amante has sido
Que, dando alcance á la presa,
Se levanta de la mesa
Con hambre, habiendo comido;
Que la costumbre de amar
Agora, si tienes cuenta,
Es de postillon en venta
Beber un trago, y picar.

(La prudencia en la mujer.)

—

—Entre el amor y el desden
Más la ciencia se conserva,
Porque Vénus y Minerva
Jamás se llevaron bien:
Ojos que hermosuras ven
Contra pasiones confusas
No hallan á su daño excusas,
Pues su ocupacion distinta
Deshonesta á Vénus pinta
Y vírgenes á las musas.

(La prudencia en la mujer.)

—Penélope (porque ausente
Su consorte, los veinte años
Entretuvo con engaños
Tanto amante pretendiente)
Como no necesitaba
De la tela que tegia,
Si de noche deshacia
Lo que de dia labraba,
No fué mucha sutileza
(Cuando la necesidad
No apretaba en su lealtad
Cordeles á la pobreza)
La de su ardid ingenioso,
Ni gran cosa deshacella
No habiendo de comer de ella;
Dejóla rica su esposo;
Que para obligarla basta
Y sobra; el milagro fuera
Hallarla cuando volviera
Perseguida, pobre y casta.

(La firmeza en la hermosura.)

—

Ámala, sirve y regala;
Con celos no la des pena;
Que no hay mujer que sea buena

Si vé que piensan que es mala! (1)
(El condenado por desconfiado.)

—

—Con aquel me he de casar
Que con mayor agudeza
Me escribiese su papel
De los dos.
—Ponle el laurel,
Mas no sobre la cabeza.
Que aunque victoria señala.
Y fué blason excelente,
Cosa de rama en la frente.
Aun en profecía es mala.
(Santo y sastre.)

—

—Nunca aspira á ser leon
El cordero.
—¡Qué discreto!
—El bruto que con su piél
Una vez se disfrazó,
Causa de su afrenta dió

(1) Pensamiento de profundísima intencion, que ha servido de tema á libros enteros en nuestra época, en que tanto se ha escrito y se escribe acerca de la mujer.

Á los que burlaron de él.
La ocasion de estar perdido
El mundo, es porque cualquiera
No contento con su esfera
Se eleva desvanecido.
Viste seda el oficial
Porque anhela á ciudadano:
Y este con la hacienda vano
Ser quiere al hidalgo igual:
El hidalgo, caballero,
Y el caballero, marqués,
Éste príncipe, y despues
El príncipe, rey severo:
El rey, hasta emperador
No para siempre anhelando,
Y así se van despeñando,
Desde el esclavo al señor.
Si el hijo del jornalero
En la hacienda se ocupara,
El oficial trabajara,
Y, contento el caballero
Con lo que el cielo le ha dado,
No saliera de compás
Pretendiendo valer más,
Todo anduviera ordenado.
Yo, en fin, que en mi esfera estoy,

Ansí mi oficio entretuve,
Padre que fué sastre tuve,
Sastre nací, y sastre soy.

(Santo y sastre.)

—

Un rústico oyó unos versos
En que un poeta alababa
La corte donde habitaba,
Y entre atributos diversos
Que daba á sus damas, era
Decir que cuantas vivian
En ella perlas tenian
Por dientes. Y de manera
Se le encajó ser verdad,
Que dejando casa é hijos,
Malbarató unos cortijos
Y parte de una heredad;
Y creyendo estas novelas
Dijo que iba, á su mujer,
Á la corte á enriquecer,
Siendo en ella saca-muelas.
Porque si doliendo un diente
Y en sacándole era perla.
No era difícil hacerla
Una cacica de Oriente:

Pues llenando una tinaja
De dientes-perlas podia
Vendiéndolas en Turquía,
Tener más oro que paja.
Dió en esto, y en lances pocos
Tan rematado quedó,
Que el poeta le llevó
Á la casa de los locos.

(Quien no cae no se levanta.)

—

Terribles sois las mujeres,
Pues á la sombra imitais,
Y como ella, cuando amais,
Leves del que os sigue huis,
Al que os desprecia seguis,
Al que os adora engañais.

(Palabras y plumas.)

—

Cumplirá el amo su antojo,
Si está preñado por ella;
Pues porque puede comella,
Amor se la echó en remojo.
Cual huevo fué su hermosura,
Como él, por agua pasada:

Pero virgen tan aguada,
Dudo yo que venga pura.

(Palabras y plumas.)

—

Juntáronse ayer en casa
De Débora seis doctores
(Que ha dias que está muy mala)
Para consultar entre ellos
La enfermedad y aplicarla
Algun remedio eficaz.
Apartarónse á una sala.
Echando la gente de ella.
Dióle gana á una criada
(Que bastaba ser mujer)
De escuchar lo que trataban:
Y cuando tuvó por cierto
Que del mal filosofaran
De la enferma y experiencias
Acerca de él relataran.
Oyó preguntar al uno:
—Señor doctor, ¿qué ganancia
Sacará vuesa merced
Una con otra semana?—
Respondió:—Cincuenta escudos.
Con que he comprado una granja,

Veinte aranzadas de viñas,
Y un soto en que tengo vacas.
Pero no me descontenta
El buen gusto de las casas
Que tuvo vuesa merced.—
Dijo otro:—Son celebradas:
No sé qué hacer del dinero
Que gano. ¡Cosa extremada
Es ver que sin ser verdugos,
Porque matamos, nos pagan!—
—Dejad eso,—replicó
Otro,—y decid de qué traza
Os fué en el juego de anoche.
—Perdí: son suertes voltarias.
—Pero ¿teneis muchos libros?
—Doscientos cuerpos no basta.
Con cuatro dedos de polvo,
Que ni ellos hablan palabra.
Ni yo las que encierran miro.
Ostentacion é ignorancia
Nos han dado de comer.
Que no hojeo si no son
Pechugas de pavos blancas.
Lomos de gazapos tiernos.
Y con pimienta y naranja
Perdiz, pichon y vaquita.—

—Ansí á la ternera llaman
Los hipócritas al uso.
Pero lo parlado basta.
—Vamos á ver nuestra enferma,
Que estará muy confiada
En nuestra consulta.—Fueron,
Y dijo el de mayor barba:
—Lo que se saca de aquí
Es que al momento se haga
Una fiscacion de piernas,
Y por todas las espaldas
Le echéis catorce ventosas.
Las tres ó cuatro sajadas.
Pónganla en el corazon
Un socrocio, y fomentada
Con manteca de azahar,
Tenga en el cielo esperanza,
Que la consulta de hoy
La ha de dar muy presto sana. (1)

(La Venganza de Tamar.)

—

Un filósofo enseñaba

(1) No son los médicos los ménos perseguidos por la sátira de los poetas de aquel tiempo, y á Tirso sólo aventaja Quevedo en maldecir de los cursantes de la ciencia de Hipócrates.

Su facultad, satisfecho
Que por sus letras ganaba
Juntamente honra y provecho.
Al que estudiado no habia,
Con un precio moderado
A su escuela le admitia:
Pero el que estaba enseñado
Y algunas letras tenia,
Dos precios habia de darle
Si su oyente habia de ser.
Uno por desenseñarle
(Que sobre ageno saber
No queria licion darle)
Y otro por volver de nuevo
A hacelle en su escuela sábio.

(El Pretendiente al revés.)

—

¡Ah mujeres, mónstruos fieros!
¿Con qué traicion no saldreis,
Si áun los maridos haceis
De vuestro gusto terceros?

(El Pretendiente al revés.)

—

No son los hombres de ahora

De tan sanas intenciones,
Que en vez de murmuraciones,
Se hagan lenguas cada hora
En alabar excelencias
De quien no interesan nada,
Pues áun de la más honrada,
Sacan falsas consecuencias.

(La Villana de Vallecas.)

—

—Si pudiéramos comer
Desdichas tuyas y mias,
No echáramos el dinero
Menos, porque con mandar
A la huéspeda guisar
Cuatro desdichas, primero
Que aquellas se digirieran
(Si hay para ellas digestion)
Porque hubiera provision,
Otras tantas acudieran,
Y comiéramos los dos
Desde hoy más nuestras desdichas.
—¿Tantas tengo?
—A ser salchichas,
A vernos viniera Dios.

(El castigo del pensé que.

......Anocheció;
Y yo despierta, á cierra ojos.
Y entre dos luces dormida,
El alma en él embebida,
La voluntad con antojos
Y á oscuras el aposento,
Pisando huevos entró;
Y entonces.... ¿Qué me sé yo?
¡Ay Dios! ¿Cómo se lo cuento?
Tanto supo acariciar,
Tanto vino á prometer....
Era hombre, en fin, yo mujer:
En algo habia de parar.
No resiste quien desea,
Y como me mostró amor,
Llegó... y pregue á Dios, señor...
—En fin....
—Que orégano sea.
(Mari-Hernandez.)

—

—En Portugal todo es sebo
Hasta quedarse en pábilo,
Todo *bota*, todo *lua*.
Todo *fidalgo valente*.
Paon minoso, faba quente.

Sardhina é manteiga crua.
No hay poderlos entender:
La olla llaman *panella*
Y á la ventana *fanella.*
Para darme de comer,
Dai-ca, me dijo una vieja
Tigelas; yo que entendí
Tijeras, unas le dí;
Y ella los guisados deja,
Diciendo que de Castilla
Un hombre la iba á matar.
Hasta que vine á sacar
Que *tigela* es escudilla.
Un viérnes le pregunté:
«¿Qué tengo que cenar yo?—
Cagados, —me respondió.—
«Cómalos vuesamercé,»
La dije, y pullas á un lado.
Que tiene muchas arrugas:
Y supe que eran tortugas
Los *cagados.*
—¡Buen guisado!
—La empajatriz mi señora,
Que es digna de todo amor,
Y me hace mucho favor,
Por no decir me enamora,

Da en hablar en lo seboso;
Porque en nuestra tierra es fama
Que en esta lengua una dama
Tiene aire garabatoso;
Y entre cosas peregrinas
Que suele mandarme hacer,
Tracei-me, me dijo ayer,
Do jardim umas boninas;
Olhai, *e un ramo de cravos.*
«¿Para qué diablos querrá,
Dije, si loca no está,
Olla, boñigas y clavos?
El tiempo anda enfermo, y este
Altera nuestra salud;
Deben de tener virtud,
Sin duda, contra la peste.»
Compré una olla vidriada,
Al campo salí, llenela
De clavos, emboñiguéla,
y llevándola tapada
Con la capa, la hallé hablando
Con su padre y mi señor
(No era muy fino el olor
Con que me iba perfumando).
Llegué y díjela al oido:
«Aqui aquel recado está;»

Y respondióme: *Dai-ca.*—
«¿Estás fuera de sentido,
Señora, que á esto me obligas?
Repliqué: ¡gentil humor!
¡Sacarle á un embajador
Un puchero de boñigas!»
Mandó que lo descubriese,
Y vino á causar su prisa
A unos asco y á otros risa,
Y á que mi amo se corriese,
Y tuviéramos mohinas.
¡Averigüe Garibay
Que es aquí «mirad» *olhai*,
Que las flores son *boninas*,
Y *cravos*, claveles son!
En fin, yo, que su humor sigo,
Porque se huelgue conmigo,
Paso plaza de bufon.

(El Amor médico.)

—

Semi-rubia de cabellos,
Frente desembarazada,
Cejas buenas, oji-negra
(Ya no se usan oji-zarcas)
Puesto que eran más ojetes

Que ojales las luminarias
Por lo pequeño y redondo,
Que en las fermosas se rasgan.
Las mejillas, por extremos,
Ni bien mármol, ni bien grana.
Mezcla si, de las dos sierras,
La Bermeja y la Nevada.
En proporcion las narices,
Ni judaizantes, ni chatas,
Ni nabo por corpulentas,
Ni alezna por afiladas.
Buenos lábios, malos dientes,
Porque áun cuando era su tez blanca
A caballo unos sobre otros,
Tanti-cuanti moriscaban.
La garganta, cuelli-erguida,
Cándida, gruesa, torneada,
Y tal que hiciera yo un Júdas,
A haber saúcos gargantas.
Las manos, no hay que pedir
En ellas, porque no daban,
Puesto que ambas recebian,
Y eran muy hermosas ambas.
Privilegiado de cuartos
El tallazo: más avara
En las obras, que en el cuerpo....

Lo demás, el argonauta
De tal golfo, que lo pinte,
Si hay quien tenga dicha tanta
Que mida con la esperiencia
Los grados del dicho mapa.

(Amar por señas.)

—

—Son,
Cuando se ven en estrecho
El amor y la fortuna,
Más activos y eficaces:
Si en ellos discursos haces,
No saldrás con medra alguna.
Todo hombre considerado
Luce sus intentos tarde:
Peca el sábio de cobarde,
Y de atrevido el soldado.
Si Alejandro reparara
En imposibles, no fuera
Señor del mundo, ni hiciera
A tantos peligros cara.
Colon, á no atropellar
Estorbos de dia en dia,
No añadiera monarquía
A España, de tanto mar.

Ni sabe amar el prudente
Ni vence el considerado
Ni admite razon de estado
El celoso, ni el valiente.

(Desde Toledo á Madrid.)

—

—¡Ah fortuna! Bien te pintan
Con el rostro de mujer,
Con un pié sobre una rueda,
Y en el viento el otro pié.
Viste alas, calza plumas,
Todo es volar y correr;
Tu palacio está en el aire
Y el supremo chapitel
Cercan planetas que son
Arcos errantes: tu ser
La misma mudanza ha sido:
Lo que estable y firme fué,
No es tuyo; y son los trofeos
De tu casa de placer,
No testas de incultas fieras,
No garras de aves que ven
El imperio de los vientos,
Sino cabezas que ayer
Eran envidia del mundo.

Y hoy dan lástima tambien.
¡Felice sólo aquel
Que vé con proporcion la voz del Rey,
Ni cerca que le abrase, como suele.
Ni lejos, que le olvide, ó que le yele!

(Cautela contra cautela.)

—

—Así dijo un hombre tuerto,
Que en la guerra le dejaron
Buido de un ojo: pedia
A un príncipe, á quien servia
Una bandera: pasaron
Meses y años sin que dél
Se doliese, aunque premiaban
Otros muchos, que llevaban
Mas favores que papel:
Gastó su pobre caudal,
Y á vueltas dél la paciencia:
Alcanzó una vez licencia,
Y dándole un memorial,
Dijo: «Señor, ¿quién pensara
Que á venderse la bandera
Que pido, no se me diera
Por un ojo de la cara?
Estaba yo consolado

De saber, ¡qué nécio antojo!
Que se compraban á ojo,
Viendo que uno me ha costado.
Mas, pues en fin se me veda,
Déme, si premiarme trata,
Un real para otro de plata,
Y ojo al ojo que me queda.

(En Madrid y en mi casa.)

—

—Como pobre se sustente:
Que no tiene de igualarse,
Dando ocasion á la gula,
Un asno, con una mula.
La paja ha de compararse
En las bestias, con el pan.
La cebada con el queso;
Y ya sabeis, segun eso,
Que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensais vos que España
Vá, señor, tan decaida?
Porque el vestido y comida
Su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
Comiera como quien es,
El marqués como marqués.

Como pobre el oficial,
Vistiérase el zapatero
Como pide el cordoban,
Sin romper el gorgorán
Quien tiene el caudal de cuero.
No gastara la mulata
Manto fino de Sevilla,
Ni cubriera la visilla
El medio chapin de plata.
Si el que pasteliza en pelo
Sale á costa del gigote,
El domingo de picote,
Y el viernes de terciopelo:
Cena el zumador besugo,
Y el sastre come lamprea,
Y hay quien en la corte vea
Como á un señor al verdugo.
¿Qué perdicion no se aguarda
De nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla
Y el jumento vista albarda.
Coma aquél un celemin,
Y un cuartillo á esotro den:
Porque el jumento no es bien
Que le igualen al rocin.

(La Huerta de Juan Fernandez.

—Perdonadme esta simpleza.
¿Por qué hizo naturaleza
El tabí, la seda, el paño,
La holanda, el cambray y estopa
Distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista,
Segun su estado, la ropa.
Dentro de una misma especie
Hallareis que el Universo
Hizo su manjar diverso,
De que cada cual se precie.
El racimo moscatel
Y albillo que al noble pinta;
Las cepas jaen y tinta
Para el que rompe buriel.
El noble melocoton
Que deleita al caballero,
Con el durazno grosero
Para los que no lo son.
La amacena (1) regalada,
Que el delicado conozca,
La chabacana, más tosca,
Para el pobre dedicada.
Ofrece una misma granja,

(1) La ciruela damascena.

En fé desta distincion,
Para el príncipe el limon.
Para el no tal, la naranja.
En el campo y el vergel
La primavera arrebola,
Para el pastor la amapola,
Para la dama el clavel.
El jazmin que al muro sobre
Al rico aroma derrama,
Al oficial la retama.
Tomillo y romero al pobre.
Pues ¿por qué, ¡cuerpo de tal!
Si hizo el cielo distincion
Del abadejo y salmon,
No comerá el oficial
Aquel que importa á su esfera
Y al pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,
¿Ha de gastarse en ternera?
Están los hombres perdidos.
No lo entiendo, vive Dios.

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

Epílogo de los tiempos,
Almacen de las arrugas,

Archivo de las edades
Y taller de las astucias:
Inmemorial poseedora
De una vida que madruga
Desde el tiempo de Noé
Á ser de todas injuria,
Azote de los demonios,
Polilla de sepulturas,
Salteadora de ahorcados,
Y contra los niños bruja.
Con tu larga senectud,
Que aún no te parece mucha.
Sara se murió en agraz,
Matusalem en la cuna.
Si resignara la parca
El oficio que ejecuta,
Por inexorable fueras
La primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
Te toca ser sustituta,
Pues congregacion de tabas
En tu pellejo se junta.
¿Qué será verte en un cerco
Cuando al cocito conjuras,
Sin zapatos, patizamba,
Sin tocados, pelirucia?

Con el acebo en la mano
Que descerraja espeluncas.
Que divierte al can-cervero
Y el Irlejetonte enturbia.
Cuyo mandato obedece
Toda la canalla inmunda
Como á miembro de su centro.
Como á dueño de sus furias?
¿Qué será verte de noche.
Cuando á las doce, desnuda
Para pisar esos aires
Te vales de las unturas:
Y penetrando bodegas,
Brincando de cuba en cuba
Tanto chupas los licores
Como á los muchachos chupas,
Hasta que en sólio azufrado
El torpe cabron adulas,
Besándole aquellas partes
Tan cursadas como sucias?
Y ¡quién te viera, oh vestigio!
Solícita como muda
Desvalijar de las horcas
Los que el verdugo columpia:
Pues aún en bocas cerradas
No tienen muelas seguras

Que para tus intenciones
De sus quijadas las hurtas!
Tú forjas las tempestades,
Tú los elementos turbas,
Tú los granizos congelas
Y tú desatas las pluvias.
Á fuerza de tus conjuros
El día claro se enluta,
Y en las más peladas peñas
Haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas
No me ofende ni me injuria
Tanto, como ver en tí
Que eres habladora suma;
Que el truhan más aplaudido
Y la monja ménos zurda
Será mudo en tu presencia
Y ella será tartamuda.
Á usarlo continuamente
Diera á tu falta disculpa;
Mas en mi daño callada,
¿Quién ha de haber que lo sufra?
Pues el silencio destierra
Esa lengua vagamunda,
No en ocasion de hacer mal
Seas Pitágora segura.

Solo para locutorios
Donde se guardan clausuras,
Se remite á los oidos
El hacer papel de escucha:
Y la virtud del silencio
No es bien que se te atribuya.
Cuando, por curiosidad,
Veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
Tenerle siempre procura;
No desentierres secretos
Que nobles pechos ocultan;
Pena que si los revela
Tu lengua vil y perjura
De la manera que suele,
Vendiendo por vino supia,
Tremendo castigo aguarda
Que ya mi rigor te anuncia,
Sin que puedan defenderte
Los de la precita turba.
Con legiones de muchachos
Que es la más inquieta chusma,
Me vengaré de tus yerros
Y castigaré tus culpas.

(Los cigarrales de Toledo,

MORETO

¿Viste una breva en la cima
De una higuera, y los muchachos,
Que en alcanzarla porfian,
Piedras la tiran á pares.
Y aunque á alguna se resista,
Al cabo de aporeada,
Con las piedras que la tiran,
Viene á caer más madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa y muy alta;
Tú tus pedradas la tiras,
Los otros tiran las suyas:
Luego, por más que resista,
Ha de venir á caer,
De una y otra á la porfía,
Mas madura que una breva.
Mas cuidado á la caida,
Que el cogerla es lo que importa;

Que ella caerá como hay viñas. (1)
(El desden con el desden.)

—

Llamó al amor
Avenóes hernia, un humor
Que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
Traicion, tiranía villana,
Y sólo el tiempo le sana,
Suplicaciones y aloja.
Amor es quita-razon,
Quita-sueño, quita-bien,
Quita-pelillos tambien,
Que hará calvo á un motilon.
Y las que él obliga á amar,
Todas acaban en quita.
Francisquita, Mariquita,
Por ser todas al quitar.
(El desden con el desden.)

(1) Moreto pocas veces aparece original en sus producciones, y *Los milagros del desprecio* de Tirso sirvió de espejo á *El desden con el desden*, la obra maestra de aquel autor que, ya que no creador, era un modelo de discrecion y de arte, hasta el punto de perfeccionar en el plan y el desarrollo, los asuntos que le ofrecian los génios de más alto vuelo que le habian precedido en el teatro.

»Irene, si en tus cautelas
»Ni en tu amor ni en tus papeles
»Yo me meto,
»Tus desprecios y majuelas,
»Y danzas de cascabeles,
»¿A qué efeto?
»Más, porque lo que condena
»Tu presuncion sepas, quiero
»Retratarte;
»Aunque soy un majadero,
»Pues me ha de costar la pena
»De mirarte.
»Tu pelo áun es más que pelo,
»Que es terciopelo, y acaso
»Por postizo,
»Con ser ello fondo en raso,
»A costa de tu desvelo
»Lo haces rizo.
»Tu frente..... (Aquí tengo miedo,
»Que tiene grandes bajadas
»Y subidas)
»Es muy buena para enredo,
»Porque toda ella es entradas
»Y salidas.
»De tus cejas no he de hablar
»Porque áun no te las ha hallado

»Mi desvelo;
»Con que no tendrás cuidado
»De que las puedas tocar
»Ni en un pelo.
»Tus ojos (¡qué raro caso!)
»Naturaleza compuso
»Con gran maña;
»Mas lo hizo medio al uso,
»Pues los guarneció de raso
»Sin pestaña.
»No es plata tu narizita
»Ni azucena, ni otra cosa
»Que lo valga;
»Mas es una chata, chita,
»Y si se precia de hermosa,
»Dí que salga.
»Tu boca para una dicha
»Es muy buena, pues no es poca,
»Aunque amarga;
»Y para mayor desdicha,
»Tu vida es como tu boca,
»Por lo larga.
»Tu cuello de atrás mirado.
»Aunque no mata alevoso,
»Es Bellido;
»Mas Bellido vergonzoso,

»Pues mirar no se ha dejado,
»De encogido;
»Siendo así todo esto, allano.
»Que aunque te haces imposible,
»Si se apura,
»Ni es el caballo troyano
»Ni la puente de Mantible
»Tu hermosura.
»Siendo así, desprecia más;
»Que si por este camino
»Hay dinero,
»Con tu desden y tocino
»Y alcamonias pondrás
»El puchero.»

(El poder de la Amistad.)

—

—Yo, señor, no faltaría;
Mas harto ya de reir,
De estos médicos sufrir
No puedo la bobería;
Porque yo, señor, no sé
Dónde hay tanto desatino
Como dicen de contino.
—¿En qué?
—Yo te lo diré.

Entran todos de consumo,
Y el pulso le van tomando;
Hoy las cejas arqueando
Se estuvo dos horas uno.
Á éste que más se atribula,
Pregunté: «¿Qué hay?» Respondió:
«No lo alcanzo,» y dije yo;
«Pues pique más á la mula.»
Frunciόse y torció el hocico:
Y yo, para rematarle,
Dije: «¿Cómo ha de alcanzarle,
Si va tras él un borrico?»
Otro llega, al pulso toca
Y se arrasca de admirado.
Y tras, de haberse rascado,
Lo mete el dedo en la boca.
Otro á la orina se apresta,
Y á gestos interrumpido,
Miró y dijo: «No ha cocido.»
Dije yo: «Es dia de fiesta.»
Y viendo su desatino,
Para otra vez que viniera,
Escondiendo la vasera,
Al orinal eché vino.
Como el vino era real,
De mosquitos se llenó,

Vino él luego y le pidió,
Y tomando el orinal,
Suspenso saliva traga,
Viendo en él tanto mosquito.
Y acordándose de Egito,
Dijo: «Aqueste mal es plaga.»
«Médico tan moscatel,
Dije yo, ¿á que viene aquí,
Si esto ignora?» Y me bebí
La plaga delante dél.
Pero no es nada la orina
Con verlos hechos orates
En junta; más disparates
No dijo Juan de la Encina (1).
Júntanse todos, y luego
Sobre si el pulso indicó
Si hay fiebre en la arteria ó nó,
Se hacen pedazos, en griego.
Lo que uno habla otro trabuca
Y cuando arde la opinion.

(1) Suponemos que aludirá al poeta de ese nombre, que floreció á fines del siglo XV y principios del XVI, y digno de más respeto del que Moreto muestra, pues Encina fué sin duda el primero que dió sencilla y naturalmente alguna forma á las producciones del ingenio dramático, siendo además un poeta lírico dulce y delicado y autor de un arte poética que enaltece su nombre.

Otro empata la cuestion,
Con que todo lo bazuca.
Crecen los grito atroces,
Y cuando anda el morbo insano,
Otro, medio cirujano,
Se arrima al que dá más voces.
Otro calla y dá atencion:
Otro no es contra ninguno,
Todo lo aprueba, y si alguno
Sale con una opinion,
Él dice, pese ó no pese,
«Yo soy de ese parecer;»
Dice otro: «no puede ser;»
Y él dice: «Tambien soy de ese.»
Y cuando por varios modos
Los cascos se están quebrando,
El que no habla está callando
Más desatinos que todos.
Y despues que á troche y moche
Se han hartado de gritar,
Lo que resulta es mandar
Que no cene aquesta noche.
Yo dije á gritos: «Señores,
Pues estar malo ¿es pecar?
¿Sois, mandándolo ayunar,
Médicos ó confesores?

(Antioco y Seleuco.)

—Tú, Señora, ¿no vás á prevenirte?
Mira que hay dos mil cosas en las bodas,
Y has de llevarlas prevenidas todas.
—Y ¿qué son?
—Una novia ha de ir turbada,
Derrengándose al modo de cansada;
Llevar la vista gorda, y de este modo,
Como que nada vé, mirarlo todo.
En cada pié moviendo una muralla,
Que parezca que van á ajusticialla.
Si la dijeran algo, el abanico
Es respuesta, tapándose el hocico;
No escupir; si hay halida, dentro chupa;
Que no hay doncella que la boda escupa.
Tierna de ojos, como hervor de olla;
Y si no hay llanto, darse con cebolla;
Y en viendo al cura, reclinando el moño
Quedar más colorada que un madroño;
Y ostentando decoro para el necio,
Fingir suspiro y resollar muy recio:
Y porque el auditorio más se aturda,
Trocar las manos y alargar la zurda.
Decir el si quedito y entre dientes,
Que apenas le perciban los oyentes;
Porque si luego el novio no le agrada,
Pueda decir despues que fué forzada.

Y con esto, y volver suspensa y muda,
Aunque esté más alegre que una viuda,
Cumple todas las leyes de la fiesta,
Y vá el novio diciendo: «¡Qué modesta!»
Pero, si no le agrada su consorcio,
A dos meses le dá con el divorcio.

(Antioco y Seleuco.)

—

Mujeres hay de tal masa,
Que les diera, con cadena,
Menos susto un alma en pena
Que su esposo entrando en casa;
Y viendo que es mal forzoso,
A puro fingir de miel
Pasa á traguitos la hiel
Del hígado de su esposo.
Más remedios no han fingido
Las viejas para la cara,
Que ella al venir tiene para
Las caras de su marido.
Si es triste, dice: «¿qué tienes,
Dueño mio? ¿Qué dolor,
Pues no te alegra mi amor?
¡Ay, Dios, qué triste que vienes!
Hijo mio, así no estés:

Mira que me das pesar.»
Y si le viera ahorcar
Le tirara de los piés.
Si le vé venir severo
Dice: «Bien mío, ¡tú airado!
No quiero estés enojado:
Ea, digo que no quiero;
Templa ese enojo cruel»
Y al cuello le echa los brazos,
Y para apretar los lazos,
Imagina que es cordel.
Y fingiéndole un puchero,
Le enternece y le reporta,
Que para comerle, importa
Saber manir el carnero:
Y tras esto, tanto espera
En el fin de su dolor,
Que le parece mejor
Un hijo que una follera

(La Fuerza de ley.)

—

Mira, señor;
Un hombre se iba azotando,
Por la calle iba corriendo,
Y en cuanta taberna hallaba.

Mientras bebo no me doy.»

(San Franco de Sena.)

—

Esto de la indinacion
Tiene varios pareceres:
¿No has visto muchas mujeres
Perdidas por un capon?
Si reparas á los ojos,
Los de malos piés adoran;
Las preñadas se enamoran
De los que tienen antojos;
Las muchachas, de un muchacho;
De un zaino las cejijuntas,
Y una mujer que hacía puntas
Se enamoró de un gabacho.

(Trampa adelante.)

—

Uno que á su dama hablaba
A escuras, y no la vía
Mirando por celosía,
Que era tuerta imaginaba.
Del defecto hizo aprehension.
Y mirándola otro dia,
Vió que dos ojos tenía

Hacía estacion, y se estaba
Un cuarto de hora bebiendo.
Dijole uno: «Mirad que hoy
Beber tanto es desvarío.»
Y él respondió: «Señor mio,
Con hermosa perfeccion.
Desagradole la cara,
Y dijo por el antojo;
«Si usted se sacara un ojo
Fuera mucho más hermosa.»
(Lo que puede la aprension.)

—

—Señor, cosa es muy posible
Ser rica, bella y discreta;
Pero ser rica y poeta,
Vive Dios, que es imposible.
—¿Por qué?
—¿Eso dudas?
—Si dudo.
—Pués, ¿hay hombre á quien dé el cielo
Con gracia aqueste desvelo,
Que no esté siempre desnudo?
Y esto es forzoso, señor:
Porque la poesía es cosa
Que, aunque es virtud y gustosa.

Nunca ha tenido valor.
Es flor desta humanidad,
Y como una flor, en fin,
Sirve de adorno al jardin
Mas no de necesidad.
Adornan las flores bellas;
Y al que en un jardin las mira,
Como hermosas las admira,
Pero no cena con ellas.
Y el que un jardin entra á ver,
Más presto se irá á buscar
Espárragos que cenar
Que las flores para oler.
Demás desto, la fortuna
Parte igualmente sus dones,
Y no dá sus perfecciones
Al que le quiso dar una.
El bien con el mal mezcló;
Nadie á otro envidiará
Si sabe el hueso que dá
Con la carne que le dió.
Al entendido da ócio
Y pobreza; al que da precio
De hacienda siempre es un necio,
Mas no para su negocio.
La hermosa es boba y pesada;

La fea discreta y graciosa:
Y tal vez es melindrosa
La aguileña desgraciada.
Y si una llega á tener
Hermosura y discrecion,
Le dá una mala eleccion.
Con que se lo echa á perder.
Y esto tan claro se nota,
Que de esto salió el refrán
De que «al ruin puerco le dán
Siempre la mejor bellota.»
Y yo en todas siempre advierto
Que al galan discreto, airoso,
Déjanlo por un roñoso,
Necio, zambo, zurdo y tuerto.
Y en fin, en todo hay su peso,
Porque en la mejor fortuna
Verás lo que en la aceituna,
Que en la mayor hay más hueso.
Poesía y riqueza ingrata
Siempre trocaron los frenos,
Y no hallarás versos buenos
Hechos con bujías de plata:
Con candil sí: que es civil
La musa para la vena:
Solo la poesía es buena

Hecha á moco de candil.
(No puede ser.)

—

Iba camino un abad.
Muy gordo y muy reverendo;
Llegando á un rio, intentó
Pasar el vado, y saliendo
Un pastor, le dijo: «Advierta
Que ayer se ahogó un pasajero
Porque erró el vado.» El abad
Preguntó al pastor tosiendo:
«¿Cuánto hay desde aquí á la puente?»
«Dos leguas y media pienso.»
Dijo el pastor. Y el abad
Le respondió entre un regüeldo:
«Si el que se ahogó hubiera ido
Por la puente, que está lejos,
Desde ayer acá ya hubiera
Pasado el rio.» Y el freno
Torciendo á la mula, dijo:
«Por la puente, que está seco.»
(No puede ser...)

—

—Y en fin, ¿qué quieres ahora?

—Sér tuyo.
—¿Y qué me darás?
Concierto ante todas cosas,
En seis años un vestido:
Por pascua, un jubon. la roba
Otra parcia la basquiña.
Otra, el guarda piés en otra;
Otra el calzado, otra el manto
Para que las tape todas.
—Pues ¿no es mejor todo junto?
—Guarda; que las hembras todas.
En pescándole á uno cuanto
Puede dar, dicen arroga.
—¡Ay, que seré yo tu esclava
Si me das vestido!
—¡Ay, boba!
Que he leido yo á Quevedo
Y sé que las socarronas
Son como el perro.
—Pues, ¿qué
Tiene el perro?
—Punto en boca.
Un perro junto á una mesa
Con vista está tan devota,
Que le cuenta los bocados
A su amo, y si le arroja

Un bocado, se le engulle
Sin mascar, y luego torna
A su atencion de hito en hito.
Échale otro, y de la forma
Se lo traga que el primero,
Y vuelve luego á la nota;
Que dándole poco á poco
Se está la comida toda
Sin faltar de allí un instante.
Mas si el amo está de gorja
Y le arroja un panecillo,
Entre los dientes le toma,
Y dando un brinco se zafa,
Y en todo el día no torna.

(Primero es la honra.)

—

Bien al Amor los primeros
Pintan desnudo en la fama,
Pues por regalar su dama
Se quedan todos en cueros.

(Industrias contra finezas.)

—

¿Qué es amor?
En el mundo es un licor

Que hace lo mismo que el vino:
Pues cuantos aman, entiendo
Que están borrachos, á igual;
Y con su dama, es un mal
Que se les quita durmiendo.

(Industrias contra finezas.)

—

Yo sigo un pleito en la audiencia
De amor, que me ha condenado,
Y viéndome sentenciado,
No apelo de la sentencia;
Morir y tener paciencia
Es la apelacion que sigo,
Porque si la contradigo,
Mal me podré defender,
Si en mi razon puede ser
Solo el silencio testigo.
Si declaro la razon
Que tengo para tenella,
Le hará mayor la querella
Y más mi condenacion.
Pues si los remedios son
Para dar más sentimiento,
Buscar, señora, no intento
Más remedio que morir.

Pues si alguno ha de salir
Ha de ser de mi tormento.
Yo he merecido mi mal,
Pues sabiendo que no es nuevo,
A pleitos de amor me atrevo,
Siendo mi estrella el fiscal.
De su destino fatal
Lleno está el pecho, é intento,
Necio, enmendar mi tormento,
Pues dentro de mi dolor
Quiero que quepa el favor,
Y áun no cabe lo que siento.
Siendo así que me condena
Más mi suerte que el rigor,
Será doblarme el dolor
Buscar alivio á mi pena.
Y pues muero en la cadena
A que yo mismo me obligo,
Yo me voy, y no prosigo
En explicarme, por ver
Que me doy más á entender
En todo lo que no digo.

(Industrias contra finezas.)

—

De frailes acompañado

Pasaba un entierro un día,
Y uno á quien le parecía
El entierro autorizado,
A un fraile con inquietud
«¿Quién ha muerto?» preguntó,
Y el fraile le respondió:
«El que vá en el ataud.»

(Industrias contra finezas.)

—

Pobre soy, este castillo
Con esa verde alquería
Y un pecho noble y sencillo
Es toda la hacienda mia,
Que á vuestras plantas humillo.
Tomad aquí posesion
De un reino mejor que Hungría:
Palacio es mi corazon;
Y si quereis galería,
Tiene mi imaginacion
Pinturas de original;
Mis pensamientos os dén
Con distincion cada cual,
Fábulas los de mi bien,
Historias los de mi mal.
Para el adorno interior

Colgadura es la esperanza,
Porque defienda el rigor
Del frio de la tardanza
En el invierno de amor.
Damas en las flores bellas
De ese jardin tendreis, y ellas
Mejor harán su arrebol,
Pues siendo su reina el sol,
Pensarán que son estrellas.
Las aves con rudo acento
Os cantarán sin cuidado,
Porque es inútil intento
Que sea mas concertado
Lo que ha de llevarse el viento.
Allí tendréis una fuente
Para tocador y espejo,
Cuyo cristal trasparente
Dará al rostro juntamente
La enmienda con el consejo.
No habrá lisonjas, ni engaños
Que os causen melancolías,
Ni otros domésticos daños;
Las horas tendréis por dias,
Los días tendréis por años.
No como allá, donde se halla
La razon tan pervertida

Por no saber gobernalla,
Que llaman corta la vida,
Y buscan en qué pasalla.
Guardas serán mis cuidados;
De mis finezas críados
Haréis, y en sus ejercicios
Tendrán todos los oficios
Los títulos señalados.
Esta la casa ha de ser
Que aquí os habrá de asistir,
Porque no es más mi poder;
Y mirad que he menester
Iros agora á servir.
(Industrias contra finezas.)

—

Desafió á otro un portugués,
Y le esperaba en un monte,
Que el subir á su horizonte
Cansara á un gato montés.
Llegó allá el desafiado
Muerto del paso prolijo,
Y en viendo al contrario, dijo,
Molido y desalentado:
«Yo no me puedo mover;
¿Para qué me llamó aquí?»

Y él respondió: «Porque asi
Teño menos que facer.»
Tú no has dormido, á mi ver,
Por venir temprano acá;
Pues si vienes muerto ya,
¿Qué tendrá el otro que hacer?

(El Caballero.)

—

Después de un año de ausencia
Y mil siglos de temor,
Vuelvo á tus ojos, señora,
No el que fuí, sino el que soy;
No á ponderar la fineza
De mi errado corazon,
Que abrevió el camino en alas
De su mentido favor;
Ni á quejarme de haber visto
Otro máz feliz que yo;
Que olvidarme por el digno
No es culpa sino eleccion.
No vengo, pues, á quejarme,
Que he menester mi pasion
Para morir, y en la queja
Se desvanece el dolor.
Solo á darte el parabien

Vengo aqui del nuevo amor;
Que siendo suyo, es preciso
Ser digno de tu atencion.
Yo le ví anoche, y al verle
Me precipitó el furor,
Que al estrenar una hoja,
No es mucho errar una voz.
Mas depues, volviendo en mí,
Conocí que querer yo
Dejarte sin alvedrío
Fuera tirana razon.
Lo que fuera justa queja,
Fuera fingir el favor,
Si habiendo de amar á uno,
Nos engañaras á dos.
Esto en tí no lo presumo;
Que es tal mi veneracion,
Que imagino mi desdicha
Por no presumir tu error.
Lo que he visto, y lo que creo
Es, que si mi dicha es flor,
Murió al faltar de tus ojos,
Por el ausencia del sol.
Con la gala de tu gracia
Pude merecer tu amor:
Perdida, pero sin culpa;

Fué desdicha, agravio nó:
Que la gracia que me hacía
Digno de tu estimacion,
Fué gracia, y puede negarla
La deidad que me la dió.
Mi sentimiento y mi queja
Solo á mi estrella lo dóy;
Que quedar sin queja un triste
Fuera esceso del rigor.
Y pues para mi tormento
Tengo bastante razon,
Pues no puedo de quejoso,
De infeliz á morir voy.
Yo moriré, dueño..... ¡Ay cielos!
¿Dueño dije? Sin mí estoy:
Dueño mío iba á decir:
Fué osadía. Pero no,
Que si ya para adorarte
No he menester tu favor,
Aunque la ultrajes, no puedes
Estorbar mi adoracion.
Yo moriré; y por si acaso
Fué industria en tu indignacion
Levantarme para hacer
Mi precipicio mayor,
Yo te lograré la industria;

Y verás en mi afliccion
Que muero de mi fineza
Primero que del dolor.
Y con esto, adios, señora,
Que ya que el alma la vió,
Quiero morir, mas no oir
La sentencia de tu voz.

(El Caballero.)

—

Mira: en un lugar pequeño
Habia cinco enamorados.
Fuése su dama y turbados,
Viendo que no la encontraban,
Unos de otros sospechaban;
Y luego el caso sabido
Hallaron que se había ido
Con otro que no pensaban.

(El Caballero.)

—

Al hidrópico retrata
Mi afecto con su belleza,
Donde es la sed mi firmeza,
Y ella el agua que me mata.
Miro su hermosura ingrata,

Y al beber el desengaño,
Templo la sed, mas el daño
Se aumenta en mal tan aleve,
Porque mientras más se bebe,
Crece la sed del engaño.
El comun ejemplo mira
De la simple mariposa,
Que de la llama amorosa
Ronda el rayo; la luz gira,
A lograr en ella aspira
El alivio de su amor,
Y le quita su rigor
Las alas para vivir;
Pero ¿qué importa morir
Donde es tan dulce el amor?
Y en su hermosísimo encanto
Hallo el fuego de sus ojos,
Donde á templar sus enojos
Sale el cristal de su llanto.
No admira que busque tanto
Aquella agua en que me anego,
Aquella luz en que ciego,
Si voy con mi fé amorosa
Hidrópico y mariposa
De aquel cristal y aquel fuego.

(El Caballero).

Un vizcaino insufrible
Por una calle iba andando,
Y en una reja parando,
Se dió un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
Volvió á la reja culpada,
Y le dió tan gran puñada,
Que se destroncó la mano.
Irritóse, y á dos brazos
Tomó, sacando la espada,
Y allí á pura cuchillada
La hizo en la reja pedazos.
Mas creyéndose vengado,
Partió, diciendo á su modo:
«¿Manos rompes, quiebras codo?
Pues toma lo que has llevado.»

(El Caballero.)

—

¡Que haya hombre que tenga aliento
De enamorar en ayunas!
Yo no he acertado requiebro
En mi vida, hasta tomar
Aguardiente por lo menos.

(El parecido en la Corte.)

—

Lastimado él de tu olvido,
Dolor que el alma le apunta,
De médicos hizo junta
En casa de un conocido.
Para relator á mí
Del caso allá me llevó;
Entré en la tal casa yo,
Y dando con ellos, ví
Tres hombres en un salon,
Rucios, pues ya encanecían,
Cuyas barbas parecían
Cortaduras de turron.
Propuesto el caso despacio
De tu olvido, el parecer
De uno fué: «No puede ser;»
Y otro dijo: «*Est implicatio.*
—¿Como *implicatio*?» á los dos
Dijo el viejo puesto en medio,
«Usted mire si hay remedio;
Que ello es verdad, juro á Dios,
Y háganle alguna receta.»
«*Hoc*, dijo uno, *est insanío.*»
Yo dije: «ni es Ananío,
Ni Azaría, ni profeta.»
Dijo otro desde el cadalso:
«Tal mal no es posible que haya;

Si hubíera demencia, vaya;
Mas *sine dementia* es falso:»
Otro (aquí mi risa viene),
Muy panzudo, entre los dos.
Dijo: entre regüeldo y tos:
«En aprendiendo, ¿retiene?
—No, señor, respondí yo:
Que aun á veces se ha olvidado
De mí, que soy su criado.»
Él las cejas estiró,
Y dijo: «Échenle en las ollas
Más verdura, y desde aquí
Coma leche; «y respondí:
«No la come sinó en pollas.»
Fueron los tres con licencia
A consulta, esto fué vicio;
Que al verlos perder el juicio
Perdió el viejo la paciencia;
Y arrojando un juramento,
Dijo: «Váyanse á una noria;
¿Cómo han de curar memoria
Hombres sin entendimiento!»

(El Parecido en la Corte.)

—

Entre el corazon flechado

Y la memoria perdida
Una cuestion se ha formado;
Él te quiere, ella te olvida,
Con que la lid se ha trabado.
El corazon dice, pues,
Que hay un medio que es remedio;
Y ella le arguye despues:
«Si un medio el remedio es,
Dí, *¿por qué no dás un medio?*»
El medio es que el corazon
Que eres mi hermana se acuerda
Mas siendo della esta accion,
La memoria, que te pierde,
Lo dá luego esta razon:
«No es necio para tu fuego
Que yo lo llegue á acordar,
Pues si te quito el sosiego,
Has menester otro luego
Que remedie tu pesar.»
Viendo el daño la razon
De fuego tan encendido
En tan injusta pasion,
Siendo culpado el olvido,
Riñe solo el corazon.
Él dijo: «Yo ¿qué he de hacer?
La memoria has de culpar;

Que temiéndome ofender,
Pensó que, para querer,
Era el remedio olvidar.»
La razon condenó luego
Que la memoria en la fragua.
A costa de mi sosiego,
Eche del acuerdo el agua
Para apagar este fuego.
Si ejecutase este medio,
Fuera mi salud notoria:
Mas fáltame la memoria,
Y *olvidóseme el remedio.*

(El Parecido en la Corte.)

—

¿Qué es lo que dices, mujer?
Siendo tuyo ese favor,
¿Qué resistencia has de hacer?
¿A tí no te está mejor
Lo que es mejorar de ser?
¿A hacerte yo esposa mia
Te resistes? ¿Pues qué habrá
Desde el que suya te hacia,
Hasta Don Tello García,
El rico hombre de Alcalá!
¿Dueño de cuanto poseo

No te viene á hacer mi amor?
Que cuando ese campo veo,
Diez leguas al rededor
Por nada ageno paseo.
¿No miras cumbres y llanos
Que en sembrados diferentes
Para enriquecerme ufanos,
Me crece el oro en los granos
La plata de sus corrientes?
Del sol contra los rigores,
Que sale flechando ardores,
¿No miras montes y prados
Por el estío nevados
De mis ganados menores?
Que juzgan, segun violentos
Bajan la tarde sedientos
Al valle, donde agua tienen,
Que en mariposa se vienen
Abajo los elementos.
Villas, lugares, castillos
Tengo tantos, que al mandallos,
Me embarazo con oillos;
Que el número, al referillos,
Bastaba para vasallos.
Y estas grandezas, no dadas
Por merced de ningun rey,

Sino con sangre ganadas,
En aumento de la ley,
De los moros á lanzadas.
La renta de esta riqueza
Con que yo nada codicio
En mi pródiga largueza,
Sobra para mi grandeza
Y basta á mi desperdicio.
Y aunque es tanta maravilla
Mi poder, mi sangre pasa
A más triunfos, que en Castilla
Vió ricos-hombres mi casa
Antes que reyes su villa.
Tu ignorancia esto desprecia;
Mira si con causa poca
La razon, que es quien lo aprecia,
Te llama al dejarlo, nécia,
Y al no procurarlo, loca,

(El Valiente Justiciero.)

—

—¿Y don Diego?
—Ese es un cuento
Sin fin, pero con principio;
Que es lindo el don Diego, y tiene
Mas que de Diego, de lindo.

Él es tan rara persona,
Que como se anda vestido,
Puede en una mogiganga
Ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero
Se vé en su talle y su brío;
Porque el arte suyo es arte
De marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
Que al andar sale de quicio,
Porque anda descoyuntado
Del tormento del vestido.
De curioso y aseado
Tiene bastantes indicios,
Porque aunque de trage no,
De sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso parece
Ateista, y lo colijo
De que, segun él discurre,
No espera el dia del juicio.
A dos palabras que hable,
Le entenderás todo el hilo
Del talento; que él es necio.
Pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes
De quién es, y de su estilo,

Te pintaré la mañana
Que con él hoy he tenido.
Yo entré allá, y le ví en la cama,
De la frente al colodrillo
Ceñido de un tocador,
Que pensé que era judío.
Era el cabello, hecho trenzas,
Llin de caballo morcillo,
Aunque la comparacion
De ruin á rocin ha sido:
Con su bigotera puesta
Estaba el mozo jarifo,
Como mulo de arriero,
Con jáquinas de camino;
Las manos en unos guantes
De perro, que por aviso
Del uso de los que dá,
Las aforró de su oficio.
Deste modo de la cama
Salió á vestirse á las cinco;
Y en ajustarse las ligas
Llegó á las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo,
Y en memorias de Narciso
Le dió las once en la luna,
Y en daga y espada y tiros.

Capa, vueltas y valona
Dió las dos, y después dijo:
«Dios me vuelva á Búrgos, donde
Sin ir á visitas vivo;
Que para mí es una muerte
Cuando de priesa me visto.
Mozo, ¿dónde habrá ahora misa?»
Y el mozo humilde le dijo:
«A las dos dadas, señor,
No hay misa sinó en el libro.»
Y él respondió muy contento:
«No importa, que yo he cumplido
Con hacer la diligencia.
Vamos á ver á mi tio.»
Este es el novio, señora,
Que de Búrgos te ha venido,
Tal, que primero que al novio
Esperara yo á un novillo.

(El Lindo don Diego.)

—

¿Hay más necia bobería?
Pues dime: ansias, celos, quejas,
Retiros, desden, caricias,
Promesas falsas, embustes,

Suposiciones, porfías,
¿Qué son sinó aceites, untos,
Aguas, emplastos, y tiznas
De la botica de amor,
Que á sus achaques aplica?
Si amor es enfermedad,
¿No ha de tener medicina?
Su dotor es el ingenio.
Su platicante la vista:
Cirujano la esperiencia,
Boticario la malicia,
Y en su botica hay de todo,
Como en las demás boticas;
Ménos que no gasta simples,
Porque es experiencia fija
Que los achaques de amor
Sólo en los simples peligran.

(Yo por vos y vos por otro.)

—

Ya veo que es desa suerte
En sus efectos amor;
En su mar nunca hay bonanza;
El que más tranquilo y quieto
Le navega, va sujeto

Al riesgo de la mudanza.
El que del favor guiado
Huye, cuando quiere bien,
Del escollo del desden,
Dá en el bajo del enfado.
El que se ve más querido,
De su tibieza adolece;
El que de fino padece,
Llora el dolor de su olvido.
Al que sin estos desvelos
Navega prósperamente,
Sobresalta de repente
La tormenta de los celos.
No hay bien sin sombra de daño;
Y de tanto peligrar,
Vienen todos á parar
Al puerto del desengaño.

(Yo por vos y vos por otro.)

—

Un novio, señor,
Tenia á la gente cansada
En hablar de su mujer;
Llegó el día del placer
Y halló á la novia preñada.

Quedó mudo, y deste hechizo
Parió la mujer de Brás
Un niño, que hablaba mas
Que el padre que no le hizo.
«¿Por qué de tu esposa bella
No hablas ya?» le preguntó
Un amigo; y respondió:
«Porque hay otros que hablan della.»
(El defensor de su agravio.)

—

«Vén, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida»
Muerte, si el dolor fatal
Cesa en tí, ven á mi llanto
Presta y escondida, tanto
Como me vino mi mal.
Escondida, porque igual
Sea el alivio á la herida;
Tan presto, porque la vida
Durará, si él es molesto;
Y si no puedes tan presto,
Vén, muerte, tan escondida.

Si viendo tu planta helada
Dentro de mi pecho, infiero
Que el contento de que muero
Te ha de resistir la entrada.
Mas si tan disimulada
Vienes, que entras sin sentir,
No podrá. Y pues resistir
Cuando estés dentro no puedo,
Pisa en mi, dolor, tan quedo
Que no te sienta venir.
Y si quiere tu rigor
Saber por qué te deseo,
Cuando tu semblante feo
Dá á la vida tanto horror,
Ven á acabar mi dolor:
Que tú sabrás al venir
Por qué no quiero vivir:
Pues si el morir es placer,
Al partir yo, vendrá á ser
Porque el placer de morir.
Y si al cesar mi tormento
Cuando á tu espada muriere,
Vieres que el contento quiere
Entrar en mi sentimiento:
Mata tambien al contento
Con el golpe de la herida

(Que él si has de ser mi homicida,
Primero ha de defender),
Porque aquel mismo placer
No me vuelva á dar la vida.

(El defensor de su agravio.)

—

Que esto es lo mesmo
Que pasa cuando prestado
Van dos á pedir dinero.
Uno con necesidad
Y otro por algun suceso.
Sin ella, el que no la tiene,
Llega y pide con despejo:
«Présteme usted veinte escudos;»
De modo que no dá tiempo
A decir más de «Aquí están.»
El pobre llega diciendo:
«Señor, yo os vengo á pedir,
Porque estoy con un aprieto
Muy grande (que yo seré
Muy puntual en volvérselos)
Cien reales que he menester:»
Y mientras dijo todo esto.
El otro pensó la excusa:

Con que se vuelve sin ellos.
(El mejor amigo el rey.)

—

Paciencia es mejor mostrar,
Téngala, si al fin se alegra
Un yerno con una suegra,
Que la pretende heredar.
Téngala un tonto muy rico,
Por más que á pullas le abrasen,
Pues para que no le pasen
Trae pellejo de borrico.
Téngala un judío que fía
Su dinero á un familiar
Que no paga, y le va á dar
La disculpa cada día.
Mas no hagamos de ella alarde
Nosotros, que hemos quedado
Como tabla de pescado
Sábado santo en la tarde.
(El mejor amigo el rey.)

—

Un viudo y un casado.

Compadres, cuyas mujeres,
Vestían algo más ancho
De lo que era menester,
Saliendo una tarde al campo
A divertirse, cantó
Sobre ellos, entre unos ramos
(No es casi nada), un cuquillo;
¡Miren qué hermoso canario!
Díjole el viudo al otro,
Sonriéndole á lo falso:
«Compadre, mirad que os trae
Bulas aquel comisario.»
Donaire fué peligroso,
Porque respondió el casado:
«Tambien las trae de difuntos,
Y podemos ir entrambos.»

(La traicion vengada.)

—

Vaya un ejemplo. En mi tierra
Habia una doncellita
Opilada, con gran riesgo,
De puro comer ceniza.
Sus padres la reservaban
Del brasero y la cocina.

De suerte que cuando ella
La daba alcance, embutía
Ceniza al sabor del hurto
Como si fueran mellizas.
Llegó del caso á la muerte;
Y el dotor que la asistía,
Para curarla, fingió
Que su muerte era precisa
Si de ceniza un brasero
No comiese cada dia.
Ella pidió luego á gritos
Tan sabrosa medicina.
Trajéronla un gran brasero,
Y al comenzar á embestilla,
Como ya allí le faltaba
El sabor de prohibida
(Que á nuestro ruin apetito
Da razon la culpa misma).
A cada bocado della
La hallaba más desabrida.
Viendo que obraba el remedio,
La daba el doctor gran prisa,
Diciendo: «Señora, coma,
Que eso la importa la vida.»
Y ella, harta ya, entre los dedos
Repasaba la ceniza,

Y á fuer de tomar tabaco,
Con cada polvo escupía.
Porfiábale el doctor
Y ella del todo rendida,
Dijo: «Señor, yo no puedo:
Quítenla allá, muera ó viva.»
Y desde allí le quedó
Tanto horror á la codicia,
Que, de quince dias ántes,
Pensando que ya venía,
Lloraba en Carnestolendas
El Miércoles de ceniza.

(Yo por vos y vos por otro.)

ROJAS

Más precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el alcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdíces,
Y, codicioso en la empresa,
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo,
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro, y anhelando
Mirar mis perros, buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz que los provoca:
Y traer las que palpitan

A mis manos, que las quitan
Con su gusto de su boca;
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo:
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa.
Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas ó tres
Pastilla de lumbre es
Y canela del Brasil;
Y entregársela á Teresa
Que con vinagre y aceite
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa.
Donde, en servicio de Dios,
Una yo y otra mi esposa
Nos comemos, que no hay cosa
Como á dos perdices, dos;
Y levantando una presa
Dársela á Teresa, más
Porque tenga envidia Bras
Que por dársela á Teresa:

Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido,
Y oir por tono el crugido
De los dientes y los huesos;
Y en el cristal trasparente
Brindar, y con mano franca
Hacer la razon mi Blanca
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa dando
Gracias á quien nos envia
El sustento cada dia,
Varias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar.
Que en más estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar (1).

(Del rey abajo ninguno.)

—

(1) Ni el mismo Tirso habia brillado más que Rojas en galas descriptivas, como lo acredita esta popularísima relacion de *García del Castañar*, drama interesante que en la escena contemporánea sigue manteniendo vivo el culto hácia los grandes ingenios del siglo de oro.

Rojas se distinguió mucho por su estilo, un tanto exagerado á veces, separándose de la naturalidad y sencillez de Alarcon y Moreto, y creando una escuela á que puso sello de perfeccion luego D. Pedro Calderon de la Barca.

¿Y qué teneis que nos dar?
—¿Para qué saberlo quieren?
Comerán lo que les dieren,
Pues que no lo han de pagar,
O quedaránse en ayunas;
Mas nunca faltan, señores,
En casa de labradores
Queso, arrope y aceitunas;
Y blanco pan les prometo
Que amasamos yo y Teresa,
Que pan blanco y limpia mesa
Abren las ganas á un muerto;
Tambien hay de las tempranas
Uvas de un majuelo mio,
Y en blanca miel de rocío,
Berengenas toledanas;
Perdices en escabeche,
Y de un jabalí, aunque fea.
Una cabeza en jalea
Porque toda se aproveche;
Cocido en vino un jamon,
Y un chorizo que provoque
A que con el vino aloque
Hagan todos la razon;
Dos ánades, y cecinas
Cuantas los montes ofrecen.

Cuyas hebras no parecen
Deshojadas clavellinas,
Que cuando vienen á estar
Cada una de por sí,
Como seda carmesí
Se pueden al torno hilar.

(Del rey abajo ninguno.)

—

Puede ser que éste lo sea,
Pero no hay marido bueno;
Ver cómo se hacen temer
A los enojos menores,
Y aquel hacerse señores
De su perpétua mujer;
Aquella templaza rara
Y aquella vida tan fria,
Donde no hay un «alma mia»
Por un ojo de la cara;
Aquella vida tambien
Sin cuidado ni desvelos;
Aquel amor tan sin celos,
Los celos tan sin desden;
La seguridad prolija,
Y las tibiezas tan grandes,
Que pone un requiebro en Flandes

Quien llama á su mujer «hija.»
¡A bien haya un amador
Destos que se casan ahora,
Que está diciendo que adora
Aunque nunca tenga amor.
Bien haya un galan, en fin,
Que culto á todo vocablo
Aunque una mujer sea diablo
Dice que es un serafin;
Luego que es mejor se infiere
(Haya embuste ó ademan),
Aunque más finja un galan
Que un marido, aunque más quiere.
—Lo contrario he de creer
De lo que arguyendo estás,
Y de mi atencion verás
Que el marido y la mujer
Que se han de tener, no ignoro,
En tálamo repetido,
Respeto ella á su marido,
Y él á su mujer decoro.
Y éste callando querer,
Mayor voluntad se nombre,
Que no ha de tratar un hombre
Como á dama á su mujer;
Y así mi opinion verás

De mi argumento evidente,
Ménos habla quien más siente.
Más quiere quien calla más,
No esa llama solicito
Todo lenguas al arder.
Porque un amor bachiller.
Tiene indicios de apetito.
Y así tu opinion sentencio
A mi enojo ó mi rigor.
Que ántes es seña de amor
La cautela del silencío.
Dígalo el discurso sábio.
Si más tu opinion me apura,
Que no es grande calentura
La que se permite al lábio;
La oculta es la que es mayor,
Su dolor el más molesto,
Y aquel amor que es honesto
Es el que es perfecto amor;
No aquel amor siempre ingrato,
Todo sombras, todo antojos,
Que éste nació de los ojos,
Y aquél se engendra del trato.
—Luego más se hace estimar,
Porque mi fé se asegure,
Amor que es fuerza que dure,

Que amor que se ha de acabar.
(Entre bobos anda el juego.)

—

Si las congeturas ven,
Divina Isabel, yo os veo;
Más sois vos, que vuestra fama;
Mal haya el que, lisonjero,
Yendo á pintaros perfecta,
Aún no os retrató en bosquejo.
Hermoso enigma de nieve,
Que el rostro habeis encubierto
Para que no os adivinen
Ni los ojos ni el ingenio;
Geroglífico difícil,
Pues cuando voy á entenderos,
Cuanto solicito en voces
Tanto acobardo en silencios:
Permitid vuestra hermosura...
Mas no hagais tal, que más quiero
Ver esa pintura en sombras
Que haber de envidiarla en léjos;
Claro cielo, sol y rayo
Que está esa nube tegiendo,
Venid á Toledo á ser
El más adorado objeto

Que supo lograr Cupido
En los brazos de Himeneo.
La voz de don Lúcas habla
En mi voz, yo soy quien ciego
A ser intérprete vine
De aquel amor extranjero;
Y pues sois rayo, alumbrad
Entre sombras y reflejos;
Pues sois cielo y sol, usad
De vuestros claros efectos;
Geroglífico, explicaos;
Enigma, dad á entenderos,
Pues, descubriéndoos, sereis
Con una causa y á un tiempo,
El geroglífico, el rayo,
El sol, la enigma y el cielo (1).

(Entre bobos anda el juego.)

—

(1) Esta palabrería, follaje de brillante colorido, constituye un culteranismo, que no es precisamente el que introdujo Góngora en la lírica (como dice muy bien el señor Gil y Zárate), y antes que Góngora, Alonso de Ledesma. Y esa afectacion en la forma, era tan de gusto del público de entónces, que Calderon, más tarde, no quiso, ó no pudo, prescindir de ella, y la refinó con las galas de su imaginacion soberana.

Era del claro Julio ardiente dia:
Manzanares al soto presidia,
Y en clase, que la arena ha fabricado,
Lecciones de cristal dictaba al prado;
Cuando al morir la luz del sol ardiente,
Solicito bañarme en su corriente;
En un caballo sendas examino,
Y á la Casa de Campo me destino.
Llego á su verde falda,
Elijo fértil sitio de esmeralda,
Del caballo me apeo,
Creo la amenidad, el cristal creo.
Y apenas con pereza diligente
La templanza averiguo á la corriente,
Cuando alegres tambien como veloces,
A un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,
Y solo la logré con el oido;
Piso por las orillas, y tan quedo,
Que pensé que pisaba con el miedo;
Mas la voz me encamina y más me llama,
Voy apartando la una y otra rama,
Y en el tivio cristal de la ribera
A una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua, hermoso y bello,
Fuera el rostro, y en roscas el cabello;

Deshonesto el cristal que la gozaba,
De vanidad al soto la enseñaba;
Mas, si de amante el soto la queria,
Por gozársela él toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
Verla por los cristales trasparentes,
Y al dedicar mis ojos á mi pena,
Estaba, al movimiento de la arena,
Ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
«¿Quién con esta deidad no ha de estar ciego?»
Turbio el cristal estaba,
Y cuanto más la arena le enturbiaba,
Mejor la ví, que al no ver la corriente,
Sólo era su deidad lo trasparente;
No el rio, que al gozar tanta hermosura,
Él es quien se bañaba en su blancura.
Cubria, para ser segundo velo,
Túnica de Cambray todo su cielo,
Y sólo un pié movia el cristal blando,
Sin duda imaginó que iba pisando.
Pero cuando, sin verse, se mostraba,
Un plumaje del agua levantaba,
Del curso propio con que se movia:
Víale entre el cristal, y no le vía,
Que distinguir no supo mi albedrío
Ni cuándo era su pié, ni cuándo el rio.

Procuraban ladrones mis enojos
Robar sus perfecciones con los ojos,
Cuando en pié se levanta toda hielo,
Cubre el cristal lo que descubre el velo:
Recátome en las ramas dilatadas,
Prevenidas la esperan sus criadas:
Dícenla todas que á la orilla pase,
Y nada se dejó que yo robase;
Y en fin, al recogerla,
Tiritando salió perla con perla;
Y yo dije abrasado:
«¡Oh! qué bien me parece el fuego helado!»
Sale á la orilla, donde verla creo,
Pónenseme delante y no la veo:
Enjúgala el alhago prevenido
La nieve que ella habia derretido;
Cuando un toro con ira y osadía
(Que era dia de fiestas este dia)
Desciende de Madrid al rio; y luego
Más irritado, si, que no más ciego,
Quiere cruel é impío
De coraje beberse todo el rio:
Bebe la blanca nieve,
Bebe más, y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
Parte á vengar su injuria por el soto.

Las cortinas de ramas desabrocha,
Sacude con la coz á la garrocha,
Y á mi hermosa deidad vencer procura,
Que se quiso estrenar en la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con recelo,
Y ella se honesta con segundo velo;
Que aunque el temor la halló desprevenida,
Quiso más el recato que la vida.
Yo, que miro irritarse el toro airado,
De amor y de piedad á un tiempo armado,
Indigno la pasion, librarla espero;
Y dándole advertencias al acero,
(Osadía y pasion á un tiempo junta)
El corazon le paso con la punta,
Con tan felice suerte,
Que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce que á mi amor debe la vida,
Honestamente la hallo agradecida;
Ménos, viéndola más, mi amor mitigo,
Entra dentro del coche, y yo la sigo;
Cierra luego la noche:
Entre otros, con lo oscuro, pierdo el coche;
Búscala y no la encuentra mi cuidado:
Vóyme á Toledo, donde enamorado
Le dijo mis finezas con enojos
A aquel retrato que copié en los ojos.

Quéjome sólo al viento;
Procúrame mi primo un casamiento;
La ejecucion de sus preceptos huyo:
Voy á Madrid á efectuar el suyo;
Vuelvo con Isabel (nunca volviera!)
Cubre el rostro Isabel (nunca le viera!)
Pues dice mi esperanza, hoy más perdida,
Que es Isabel á la que dí la vida
Por valor, y por suerte,
Que es Isabel la que me dá la muerte.
Y en fin, amante sí, y no satisfecho,
De la sombra esta noche me aprovecho:
A vengar con mis voces este agravio,
Salga esta calentura por el lábio:
Sepa Isabel de mi cruel tormento,
Asusten mis suspiros todo el viento;
Sean ahora que Isabel me deja,
Intérpretes m s voces de mi queja;
Suceda todo un mal á todo un daño,
Válgame un riesgo todo un desengaño;
Ahora la he de hablar, verla porfío,
Déjame que use bien de mi albedrío:
Deja que á hablarla llegue,
Para que esta tormenta se sosiegue;
Déjame que la ob'igue,
Para que este cuidado se mitigue,

Y porque al referir pena tan fiera,
Mi gloria dure y mi tormento muera.
(Entre bobos anda el juego.)

—

—Don Lúcas del Cigarral,
Cuyo apellido moderno
No es por su casa, que es
Por un cigarral que ha hecho,
Es un caballero flaco,
Desvahido, macilento,
Muy cortísimo de talle
Y larguísimo de cuerpo:
Las manos de hombre ordinario,
Los piés un poquillo luengos,
Muy bajos de empeine y anchos,
Con sus juanetes y pedros:
Zambo un poco, calvo un poco,
Dos pocos verdimoreno,
Tres pocos desaliñado,
Y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
Como dice aquel proverbio,
No sólo espanta sus males,
Pero espanta los ajenos.
Si acaso duerme la siesta

Dá un ronquido tan horrendo,
Que duerme en su cigarral
Y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante
Y bebe como un tudesco;
Pregunta como un señor
Y habla como un heredero.
A cada palabra que habla
Aplica dos ó tres cuentos;
Verdad es que son muy largos,
Mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga
Que ha estado; ninguno ha hecho
Cosa que le cuente á él
Que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
A Sevilla, dice luego:
«Yo las corrí hasta el Perú,
Con estar el mar en medio.»
Si hablan de espadas, él sólo
Es quien más entiende de esto,
Y á toda espada sin marca
La aplica luego el maestro.
Tiene escritas cien comedias
Y cerradas con su sello,
Para, si tuviere hija,

Dárselas en dote luego.
Pero ya que no es galan,
Mal poeta, peor ingenio,
Mal músico, mentiroso,
Preguntador sobre nécio;
Tiene una gracia no más,
Que, con esta, le podremos
Perdoner esotras faltas;
Que es tan mísero y estrecho,
Que no dará, lo que ya
Me entenderán los atentos.
Estas, damas, son sus partes
Contadas de verbo ad verbum;
Esta es la carta que os traigo,
Y este el informe que he hecho.
Quererle es tan cargo de alma
Como lo será de cuerpo;
Partiros, no hareis muy bien;
Casaros, no os lo aconsejo;
Meteros monja, es cordura;
Apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro;
Discreta sois, no lo niego:
Y así estimaos como hermosa,
Y, pues sois discreta, os ruego
Que, ántes que os vais á casar.

Mireis lo que haceis primero.
(Entre bobos anda el juego.)

—

—Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan lijero,
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.
(El más impropio verdugo.)

—

Pero habeis de estarme atento
A mi labia prevenida,
Pues de paso con su vida
Os pintaré su aposento.
Nuestro estudiante, amo mio,
Y seis que con él están,
Vive pegado al dean,
Junto á la Puerta del rio,
Que para sus malas mañas,
Es barrio de mejor modo;
Tiene el aposento todo
Colgado de telarañas,
A donde pudieras ver
De cordeles y de pino
Una cama de camino

Como mula de alquiler;
Y advierto que no te espante
Verla tan mal comparada,
Pues sobre ser alquilada
Se derrienga cada instante.
No hay más pintura y retrato
En su aposento infiel
Quo una espada y un broquel
Y un candil de garabato.
Hay, por si comer previene,
(Porque hay dias que se trae)
Una mesa que se cae
Y una silla que se tiene.
Compró, por si acaso hiela,
De paño una mala capa;
Tiene un espejo sin tapa,
Y un cepillo que se pela.
Tan vieja guitarra en ser
Toca, en muchas ocasiones,
Que á no ser por los bordones
No se pudiera tener.
Tiene un arca infame luego
Pegada junto á la cama,
Muy maldita para dama
Porque se abre á cada ruego.
—¿En qué entienden, os pregunto,

Él y otros seis de Madrid
Que viven juntos?
—Oid
Lo que hacen, punto por punto.
Para limpiar la persona,
Servirse con opinion,
Cada uno tiene un gorron,
Y todos una gorrona;
Y no pienses que es delito
Cometido al pundonor,
Porque su amor no es amor,
Que es meramente apetito.
Que se levanta sabrás
A escuelas con atencion,
Y no á estudiar la licion
Sinó á estorbar los demás.
Tanto, que en mil ocasiones
De todos sus compañeros
Va derramando tinteros
Para borrar las lecciones.
Va luego (no miento cierto)
Que esta es su costumbre y su
Maña, al mono de Tolú
A comer huesos de muerto:
Y ciertamente que es gloria
Verle cuán hábil y atento

Los come de entendimiento
Y los paga de memoria.
A su hora señalada
A comer la olla contina
Va con hambre estudiantina,
Que la canina no es nada.
Comen todos en un plato,
Y aguardando á que él empiece,
Cuando ellos comen parece
Que lo comen de barato.
Cencerrea la guitarra,
Va á jugar zaino y cruel
Espada, daga y broquel,
Despues á tirar la barra.
Y mientras la noche espera,
Juega con mucha quietud
Los tres juegos de virtud:
Dados, pintas y primera.
Si juega y pierde, al instante
Vuelve con resolucion
Todo el juego en colacion,
Pues se acaba en Alicante.
De noche se va al mercado,
Si no hay otro mal que hacer,
En otro trago, á correr
Asadores de adobado.

Luego á ver amigos pasa
A escudriñar y á inquirir
Dónde habrá algo que reñir,
Si no lo hay, se viene á casa.
Quiérese luego acostar,
Hágole blanda la cama,
Dá treinta voces al ama
Que le suba de cenar.
Llegan los tres mentecatos
Con un respeto que admira;
Si alguien come más, le tira
Los libros, porque no hay platos.
Rezar, áun no sabe tanto,
Reñir, es cosa precisa,
Estudiar, cosa de risa,
Hacer mal, cosa de llanto.
En la copia puedes ver
Que mi lengua te pintó,
El hijo que te costó
Tanto trabajo de hacer.

(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Un dia al amanecer
Dijo un tuerto á un corcovado:
Muy de mañana ha cargado

Vuesarced al parecer.
—Ya se vé que es de mañana.
Dijo el corcovado al tuerto,
Pues que vuesarced no ha abierto
Más de esa media ventana.
(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Escribió un hombre á Zamora:
Tres os he escrito con ésta,
Y no he tenido respuesta
Si no es de dos hasta agora.
(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Calvo!
—A fé
Que diera por serlo un ojo.
—Calvo!
—Si ser calvo igualo
Con el bien ménos ajeno.
—¿Pues qué hay en los calvos bueno?
—¿Pues qué hay en los calvos malo?
Tu sinrazon sé convida,
Y no los quieras culpar:
Dime, ¿habrás visto ahorcar

A un hombre calvo en tu vida?
Si sacan á un azotado
A visitarle el embés,
Lo ordinario verás que es
Un picarote cerrado.
Que se arrepintió repara
Un calvo que á Dios negó;
Mas Judas que le vendió
Tuvo un copete de á vara.
Que puede ponerse arguyo
El calvo en su calavera
El cabello de cualquiera
Y estotros no más del suyo.
Cuando á un santo que se salva
Pinta cualquiera pintor,
Para darle más primor
Le pinta con tanta calva;
Y con cuidado y desvelo
Al contrario has de mirar,
Que si á un diablo han de pintar,
Le pintan con tanto pelo.

(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Saber quiero en conclusion,
¿Por qué en celos y amor tanto,

Se cree mejor al llanto
Que se cree á la razon?
—Con una evidencia admira
La respuesta en puridad;
El alma es una verdad,
Y el cuerpo es una mentira.
Él se vé, y ella, invisible,
Se deja amar, mas no ver;
Él falible puede ser,
Y ella ha de ser infalible.
De manera que, en tal calma,
Aunque obligue otra pasion,
Como las lágrimas son
La retórica del alma,
Y en dos líneas ó mitades
Habla en corrientes conceptos
El alma á aquellos efectos
Que es fuerza que sean verdades.
La lengua puede moverse
De amor, fingiendo el encanto,
Mas no cuando quiere el llanto
Puede á los ojos verterse.
Luego si distingo yo
Que entre el dudar y el sentir
Suele la lengua fingir,
Y nunca el llanto fingió;

¿Quién podrá, aunque tenga enojos,
Dejar, con indigna mengua,
Por las dudas de la lengua
Las verdades de los ojos?
(No hay amigo para amigo.)

—

No es nada, el señor Moscon,
Porque sepan lo que pasa,
Está ya en campaña rasa
A cumplir su obligacion.
Enviéle un bravo papel
A Fernandillo esta tarde,
Para que en San Blás me aguarde,
Y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
Pues su muerte es evidente;
Un hombre ha de ser valiente,
Pero ha de ser muy piadoso.
Él morirá mal logrado,
Y perdonarle quisiera,
Porque esta fué la primera
Bofetada que habia dado.
Pero segun la asentaba
En la parte que caía,
Me pareció á mí que habia

Mil años que abofeteaba.
(No hay amigo para amigo.)

—

Contra el dios Baco cometió un pecado
La mona; pero Baco muy airado,
Desde su trono, donde monas salva,
La mona condenó á que fuese calva;
Mas apeló la mona la sentencia
Al dios Júpiter, y él con más clemencia
Licencia dió á la mona que pusiera
La calva en cualquier parte que quisiera:
Mas ella, la sentencia confirmada,
Llamándose infeliz y desdichada,
Tanto en su mismo enojo se atropella,
Que iba buscando en sí donde ponella;
Y, en fin, por no ponérsela en la frente
La puso en el lugar más indecente.
Considera tú, pues, repara ahora,
Que el castigo en la mona se mejora,
Pues lo que el calvo trae en la mollera,
La mona lo trae puesto en la trasera.
(No hay amigo para amigo.)

—

Quien vive de sólo un mal

¡En qué de cuidados muere!
Quien de muchos males vive
¡Qué dello anima su muerte!
No hay bien como muchos males,
Porque un mal sólo es de suerte
Que por ser uno no más,
Sólo á aquel el alma atiende;
Pero el alma en muchos males
Se consuela ó se divierte.

(Casarse por vengarse.)

—

Muchos son, amiga mia,
Los piratas y cosarios
Que en corso de mi belleza
Surcan el golfo del Prado.
Apénas del puerto mio
Las dos áncoras levanto,
Y la nao de mi hermosura
Se pone vergas en alto,
Cuando cercando mi coche
(Que es mi nave) á un tiempo hallo
Que hacen señal que me rinda
Las naves de pié de palo.
Las naves de España allí
Disparan por el costado

Versos que me dan asombro
Y no me dan sobresalto.
Mas como saben que soy
Nave zorrera, disparo
Un pido, con que echo á fondo
A un tiempo todas las naos.
Y si algun navío rindo,
Me le llevo remolcando
A la isla Confitería
En el golfo de Leplanto.
Si algun cosario perdido
(De aquellos que yo he robado)
Se quiere abrigar conmigo,
De mi bandera le aparto:
Que el grande golfo de Avido
Sólo es para los Leandros.
Si algun bergantin encuentro
De bergantes y taimados,
Que á vela y remo procuran
Darme caza, me adelanto
Hácia la playa Viteli,
Adonde al piloto llamo,
Y digo: ¿hay bajos aquí?
¿Surgiré en este playazo?
Bajos hay (responden luego),
Pero como estos corsarios

No pueden sondar la playa,
Peligran luego en los bajos.
(Abre el ojo.)

—

Mejor es un miserable
Que tenga y no quiera darnos,
Que no, aunque nos quiera dar,
Quien no tiene, aunque sea franco;
Que aquel puede dar, si quiere,
U de fino ú de obligado;
Y éste, obligado ni fino
No dará sin poder darlo.
Y comunmente se dice,
Que los hombres que son sanos
Mueren del primer achaque;
Así los que son cuitados,
Cuanto guardan de un ahorro
Han de vomitar de un gasto.
(Abre el ojo.)

—

Vete sólo, y que se vaya
El padrino que él trujere.
¡Lo que me pudre y me mata
El que usen llevar padrinos!

¿Que se esté un hombre en su casa,
Con su quietud, con sus hijos
Y su mujer, y que haya
Quien diga: Venios conmigo,
Que á reñir voy á campaña,
Que hago confianza de vos?
Ladron, haz de tí confianza,
Y riñe tú tu pendencia,
Pues eres tú quien la causa.
Llevar á uno por padrino
A una boda, áun eso vaya,
Aunque tambien es pendencia.
Hacerle á un hombre que salga
Por padrino de un bateo,
Vaya con Dios, aunque gasta
Una vela y un mantillo,
Y un pomo de agua de ámbar,
Los derechos de la iglesia,
La comadre y la criada
Que lleve el niño, sin otras
Menudencias de otra data;
Pero que llamen padrino
Al que va de mala gana
Con la cólera del otro
A irse á matar á estocadas,
Es cosa que ha de pudrirme;

Pero lo que más me mata,
No es que haya tontos que llamen,
Es que haya locos que vayan.

(Abre el ojo.)

—

Hombre que se ha enamorado
No más que por la pintura,
Porque á castigar se empiece
Su amorosa desvergüenza,
Ser sacada á la vergüenza
Del desengaño merece.
Dime, señor, por tu vida,
Engáñete ó no el primor,
¿Ha de pintarte el pintor
Si es tu mujer presumida,
Si es necia ó es recatada?
¿Advertiráte fiel
Muy solícito el pincel
Si es súcia ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(Por más que avise elegante),
Si tiene dientes delante,
Si guarda corcova atrás?
¿Advertiráte el retrato
Con curiosa perfeccion

Lo que hay en su inclinacion,
Lo que halarás en su trato?
Porque esto sólo ha de ser,
Aunque más quieras culpar,
Lo que se ha de examinar
En una propia mujer.
Pues si no has averiguado
(De tus celos enemigo),
Nada de esto que te digo,
¿De qué te has enamorado?
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

El que oculta un accidente
Ó ya de honor ú de afrenta,
Le llora cuando le cuenta
Y calla cuando le siente;
Y es que entonces más ardiente
Se remueve aquel ardor,
Si calla, cesa el dolor.
¿Luego has experimentado
Que le hace menor callado,
Y hablado se hace mayor?
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

Despues de Dios, bodegon.
Luego dirán, que es deshonra
Comerlo allí sin sabor;
¡Bendito seais, vos, Señor,
Que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual
Por más me vengo á tener,
Porque yo más quiero ser
Pícaro que cardenal.
Esto tengo por más bueno
Que ser señor y áun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
Que, como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser más profundo,
Y yo me entro á discurrir,
¿Por qué á mí me ha de podrir
Que se use honra en el mundo?
Porque uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos),
En mi cara cinco dedos,
¿Lo tengo yo de matar?
Pues respóndanme, ¿por qué?

Si hay barbero que me pone,
Cuando afeitarme dispone,
Como á un san Bartolomé:
Y llega con su navaja
Que sabe Dios dónde ha andado.
Y, en fin, despues de afeitado
Me toma el rostro y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones.
¿Por qué en otras ocasiones
Hay duelo é indignacion?
¿No es mejor un bofeton
Que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan?
¿Que sea el mentir afrenta?
¿Que no importa que yo mienta
Y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afan?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, áun los palos, vaya,
Que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
Con el puntillo de honor,
Dime, tonto, ¿no es peor
Ser muerto que abofeteado?
¡Y que á la muerte tan ciertos
Vayan porque el duelo acaben!

Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

Vino la señora noche
Muy preciadita de madre
De las sombras, más cerrada
Que colegio de estudiantes:
Y á este cuarto principal
He bajado en este instante
De don Juan y su criado
Las camas; aquí no hay nada
Que me escuche, aunque doña Ana
Y mi señora no saben,
En ese jardin ocultas,
Los intentos de su padre:
Más há de una hora que están
Hablando; plegue á Dios que hablen
Más que soldado que viene
De los Estados de Flándes.
Yo solamente no tengo
A quien le cuente mis males;
Pues vaya de soliloquio,
Que en cuantas comedias se hacen
No he visto que las criadas

Lleguen á soliloquiarse.
Este criado, este hombron
De linda presencia y talle
Me aficiona por lo tosco
Y pica por lo arrogante.
He dado en pensar que es
Desgarrado, y algo jaque,
Y los bravos solamente
Son los que me satisfacen.
Lleve el diablo las mujeres
Que quieren lindos bergantes;
¿Para qué es bueno un tacaño
Que se esté mirando el talle
Desde el alba hasta la noche,
Que presume que te hace
El amor de merced, sólo
En permitir que le hables?
No es mejor un bravo, que entra
Muy zaino, y dice:—¿Qué haces?
—¿Que quiere que haga á las diez
De la noche yo? Esperarle.
—¿No he dicho que no me esperes?
—¿Pues qué he de hacer?—Acostarse.
Y luego al punto me pega,
Juntico de los gaznates,
Seis manotadas—¿Que nó?—

¿Él habia de tocarme
En el pelo de la ropa?
—¿Oye?—Bien oigo.—Que calle
Le digo.—No he de callar;
En mi casa estoy, infame.
—Mire no demos al diablo
De comer.—Con lo que él trae,
Ni de cenar le darémos.—
Y, en fin, con lindo donaire,
En bofetadas y coces
Me da seis pares de pares.
Esta es vida y este es hombre;
Pasemos más adelante;
Llama un melífluo á la puerta.
—¿Quién llana? ¿quién es?—Yo, abre.—
Entra, y lo primero es
Irse al espejo á mirarse.
Llégase luego la dama,
Y si ella quiere abrazarle,
Dice:—Mira esa valona,
No sea que me la ajes;—
¡Que haya quien quiera á estos mándrias!
¡Que haya mujer que los hable!
Pudiendo cualquiera dama
Tener, si quiere buscarle,
No lindo que las requiebre.

Sinó hombre que la maltrate;
Que si he de hablar la verdad,
Las bofetadas me saben
(Si son á tiempo) mejor
Que gallinas y faisanes.
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

¿No quieres tú que me asombre
Si en la vida ha visto un hombre,
Que no le parezca bien?
El chico, por lo donoso;
El grande, por lo entallado;
El puerco, por descuidado;
El limpio, por cuidadoso;
Porque guarda, el miserable:
Por arrojado, el valiente:
Al que habla, por elocuente:
Al que calla, por loable;
Al cobarde, por templado;
Al hablador, por chistoso:
Al tibio, por vergonzoso;
Por discreto, al mesurado:
Al vano, por presuncion:
Por constante, al importuno;
Jamás ha visto hombre alguno

Que no le cobre aficion.

(Lo que son mujeres.)

—

¿No hay algunas que se afeitan?
¿Otras no hay que hablan fruncido?
¿Otras no hacen reverencias
De saltillo? ¿No hay algunas
Que hablan culto? ¿No hay doncellas
Que la noche de San Juan
Escuchan lo que es vergüenza?
¿Hago yo estas candideces?
¿Incurro yo en falta dellas?
Querer á hombres es falta
De mujeres. Que yo tenga,
A donde hay otras con tantas,
Una, es algo llevadera.
Ser inclinada á los hombres
Ni es liviandad ni flaqueza;
Este es un buen natural,
Y aunque algunos riesgos tenga
De pesarle á una mujer
Que no la tienen ni quieran,
Aunque pesa el desden tanto,
Vale el amor lo que pesa.

(Lo que son mujeres.

Señora mia, no quiera
Yo para propia mujer
Una mujer muy hermosa:
Porque siempre pensaré
Que aunque ella mirar no quiera,
Habrá quien la quiera ver.
El matrimonio se toma
Para el descanso, no es
Para cuidado; yo quiero
Traer, para mi traer,
Mujer de casa, ni fea
De manera que yo esté
Solicitando vecinas,
Ni hermosa tanto, que den
En mirarla mis vecinos;
Porque mi propia ha de ser
Para el gusto algo que fea.
Tambien hermosa algo qué.
Que yo solamente busco
Mujer para mi mujer.

(Lo que son mujeres.)

FIN

EN PRENSA

GALAS DEL INGENIO...—Rojas.

— — Contemporáneos de Lo-pe de Vega.

GALERIA HUMORISTICA—Cuentos para reir

— —Ellas y Ellos.

CASTELAR ....—Ensayos literarios.

OBRAS PUBLICADAS

MACE................—Historia de un bocado de pan.—8.º ....

VOLLET...............—Guía práctica para conservar y recobrar la salud.—8

MERLIN..............—Gran libro de los oráculos.—8.º............

RASPAIL.............—Manual de la salud. edicion.—8.º............. .. .

SACO..................—El teatro por dentro... 12

CORSINI..............—La luna de miel.—8.º..... 4

CASTELAR...........—Recuerdos y Esperanzas.—Dos tomos.—8.º......... 24

LOPEZ BAGO.........—Los amores.—4.º........... 24

CARRILLO ALBORNOZ.—El diablo mundo. continuacion del de Espronceda. Nueva edicion adicionada con láminas.. 24

RAULAND............—El libro de los esposos 20

CURTIS...............—De la virilidad, etc....... 14

— — Guía médica del matrimonio.—8.º................ 8

PAUL DE KOCK.......—Coleccion de sus obras en tomos en 8.º á.................... 4

BLASCO...............—Los curas en camisa, 2.ª edicion 10

LABRA ....—La colonizacion en la Historia.—Dos tomos.—8.º. 24

LS.C
B9824g

Bustillo, Eduardo (ed.)
Galas del ingenio ...
2 vol.in 1.

486976

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

